

Aunque siga siendo
su hermano...



Magela Gracia

AUNQUE SIGA
SIENDO SU
HERMANO...

Magela Gracia

© de los textos: Magela Gracia

(magelagracia.com)

© del diseño de la portada: Pavel Del Pozo

(paveldelpozo@gmail.com)

© de fotografía de la portada: Yakutin

(@v.yakutin, vladimiryakutin.tumblr.com)

Modelo de la fotografía: Jiseth

(www.facebook.com/carol.jiseth.35)

Maquetación y edición del texto: Marcos

Fernández

1ª edición: Octubre 2015

ISBN: 978—84—608—3225—6

Depósito Legal:

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, al igual que su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier

forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

Hay veces que la vida te sorprende
con un regalo.

A mí me sorprendió con este libro a
principios del verano del 2015.

Necesitaba publicar una historia
para las vacaciones y esta historia
llevaba escrita y guardada en mi
ordenador unos cuantos años. No
exactamente igual, pero en esencia
la misma historia.

Una historia de pasiones
prohibidas...

Nunca pensé en que Bea y Víctor
fueran a tener tanta química, pero
de la noche a la mañana se

convirtió en una novela que apasionó a miles de lectores, que llegó a despertar la curiosidad de muchas personas, y que me hizo sonreír ante las casualidades de la vida.

Precisamente ellos dos —Víctor y Bea—, que al principio me hicieron daño por la forma en la que los imaginé, ahora llenaban horas y horas de palabras no escritas que tenía inmensas ganas de plasmar en un papel.

Porque la historia continuaba...

Este libro lo quiero dedicar especialmente a las chicas —y chicos— del

“Club de Lectura” que administra Pilar Aston Tello en Facebook, y a ella en especial, que me invitó a formar parte de una gran familia de lectores.

Gracias a tod@s las que leísteis el libro y os quedasteis con ganas de más. Me he reído mucho con todos vuestros comentarios, con todos vuestros correos y con vuestras ansias por saber cómo continuaba la historia.

Pues aquí está...

Porque Bea sigue deseando a

Víctor...

Aunque Siga Siendo Su Hermano...

En Las Palmas de Gran Canaria
A 23 de Septiembre de 2015

AGRADECIMIENTOS

Como siempre he de dar mucho las gracias, porque sacar un libro de autoedición a la venta no es un trabajo sencillo. Para mí, que soy enfermera, cada libro que termino me hace darme cuenta de lo complicado que es muchas veces este mundo que apenas empiezo a conocer.

Porque no es sólo escribir...

Es conseguir que alguien lo lea.

Y ese alguien eres tú, que tras terminar de escribir la última palabra de la última página tuviste que esperar hasta que Marcos Fernández diera el visto bueno y editara el libro, y a que Pavel del Pozo hiciera la portada con una maravillosa foto de Yakutin usando como modelo a la guapísima Jiseth. Todo ese trabajo que está detrás ahora nos lo recompensas tú leyendo, y por eso he de estar muy agradecida.

Porque yo sólo escribo historias...

Para que lleguen hacen falta

personas.

Y estoy rodeada de gente
maravillosa.

A todos... mil gracias.

ÍNDICE

¿De dónde viene esta historia?

PRÓLOGO

Primera parte. La polla que había decidido ignorar

Segunda parte. La polla a la que creí haber ganado

Tercera parte. La polla que había ido a buscarme

Cuarta parte. La polla que no me dejaba dormir

Quinta parte. La polla que se iba a sentar a mi lado

Sexta parte. La polla que tampoco me dejó almorzar

Séptima parte Dos pollas...

Octava parte. Dos pollas alfa

Novena parte. La polla que sopló las velas

Décima parte. La nueva polla

Undécima parte. La polla que de pronto se instaló en casa

Duodécima parte. Otra noche en vela... por una polla

Decimotercera parte. La

polla enfundada en un traje a medida

Decimocuarta parte.

Fantasías realizadas por una polla

Decimoquinta parte. Una polla dominante

Decimosexta parte. La polla que quiso vestirme

Decimoséptima parte. La polla que me dejó sin habla

Decimoctava parte. La polla que nunca tuve que haber deseado

Decimonovena parte. Una
polla que no esperaba...

Duodécima parte. La polla
que fue descubierta

Y ahora... ¿QUÉ?

Muchas más historias...

La Otra. Historia De La Amante

Una Mancha En La Cama

Acerca de Magela Gracia

**Siempre vas a querer
lo que no puedes tener...**

¿De dónde viene esta historia?

Mi cuerpo se incorporó de la silla como si en vez de tenderme la mano Víctor me hubiera dado una patada en el culo. Me arreglé un poco el pequeño pantalón blanco, di un par de besos a mis amigas, que se quedaron con cara de pasmadas al entender que me iba con ellos, y me colgué del brazo de Víctor.

— ¿No podemos ir contigo?

—La pregunta no me cogió de improviso, ya que después de ver el comportamiento de las cinco chicas que me acompañaban esa noche al llegar los amigos de mi querido compañero de casa, estaba claro que iban a querer acompañarnos.

En especial, una de ellas se había quedado como una lela mirando a Oziel, y mientras le daba dos besos en ambas mejillas creo que no dejó de bombardearlo con los ojos. Se había quedado completamente enganchada a la sonrisa libertina del joven abogado y estaba claro

que si les decía de acompañarme saltarían de la silla en un momento.

Exactamente como había hecho yo...

— No depende de mí... Yo voy de invitada—. También podía haberle dicho que seguramente si le pedía a Víctor que ellas vinieran conmigo no iba a poner ninguna pega, ya que todas éramos ya mujeres adultas (o eso ponía en nuestros carnets) y un par de mis amigas parecían haber despertado el interés de los otros dos amigos menos atractivos.

Pero la verdad era que no me interesaba interceder por ellas. Estaba allí de pie, sin saber muy bien cómo iba a terminar la noche, y no quería estar encontrando siempre las mismas caras babeantes cada vez que me diera la vuelta y las mirara.

Mi amiga, Lucy, me regaló su carita de perro abandonado, y tuve que contener una sonrisa para no parecer del todo malvada. Hasta hacía sólo unas cuantas semanas era yo la que ponía esa cara cuando veía a Víctor por los pasillos de casa.

Y la seguiría poniendo si no fuera porque ya no vivía en nuestra casa...

Me volví para acercarme al grupo de chicos, que ya había terminado de despedirse, y me topé con la sonrisa torcida de Víctor. Era ese tipo de gesto que no hacía presagiar nada bueno. Cuando quería, el hermano de Laura era de lo más perverso. Por desgracia, últimamente era poco perverso conmigo.

— Estaba pensando que ya que me lo vas a hacer pasar mal esta noche tal vez debamos

igualar el marcador...

Lo entendí sin tener que decirme más. Llevaba demasiado tiempo conviviendo con Víctor como para no saber a qué se refería. Probablemente ninguna de aquellas chicas le resultara atractiva, pero si le servían para que yo me centrara más en Oziel y lo apartara a él como objetivo principal tal vez le mereciera la pena perder una noche con una jovencita de dieciocho años...

... Que no era yo.

— ¡Sabes lo que me han hecho sufrir!

Víctor me tomó del pómulo, acariciándolo con suavidad. Apartó un mechón de cabello y lo colocó detrás de mi oreja. Se mordió el labio inferior mientras se inclinaba para poder susurrarme su respuesta.

— Sé lo que me has hecho sufrir tú a mí...

Horrible respuesta.

Era cierto que me había pasado todo el verano tentando al hermano de Laura, pero no conseguía resignarme a que nuestro encuentro aquella noche fuera a quedar simplemente en eso, un escarceo sexual más para él. Víctor me había

mantenido encendida durante más de un año sin él saberlo. Había pasado demasiadas noches en vela, tenido demasiadas fantasías en las que me recogía en el instituto delante de todas mis compañeras y me plantaba el beso más obsceno que por entonces podía imaginar.

Ese beso que luego me dio en la entrada de casa, tras partirle la nariz a Oziel de un puñetazo.

No me resignaba a perderme esos besos, sus manos recorriendo mi cuerpo para desnudarme o su lengua pronunciando mi nombre mientras me llenaba de su carne

venosa y endurecida. No quería imaginarme cómo podía ser el sexo con otro hombre porque seguía obsesionada con él.

Y eso era exactamente lo que trataba de evitar Víctor. Quería que cayera en manos de Oziel para que dejara de pensar en él de esa forma.

Supuse que, desde luego, era la mejor opción de todas.

¿Qué le habría contado a su amigo? ¿Se habría atrevido a decirle que me había follado en su dormitorio aquella noche, con algo de alcohol en la sangre? Precisamente nos habíamos apropiado de la botella

de ginebra de mi padre para envalentonarnos, tanto él como yo. ¿Le habría pedido que le hiciera el favor de seducirme para que yo dejara de acosarlo?

Miré a Oziel y lo descubrí observándome de reojo, como si sopesara el tipo de relación que nos unía a Víctor y a mí. Le sonreí, tímidamente, sintiendo algo de vergüenza ante lo que podía saber sobre nosotros. Todavía resonaba en mi cabeza la última frase del hermano de mi amiga mientras me fijaba en la sonrisa de canalla del abogado. Había estado acosando a Víctor, y él quería que pasara

página. Oziel era, si cabía, incluso más guapo que mi querido ex compañero de casa. Probablemente fuera igual de bueno en la cama, aunque eso no podía, ni mucho menos, afirmarlo. Me sentía mal pensando en Oziel de esa forma, precisamente porque aún conservaba alguna esperanza de que Víctor volviera a meterme la polla en la boca. Al final iba a ser verdad que estaba un poco enamorada de él, aunque en mi fuero interno lo negaba con todas mis fuerzas. Tenía que ser sólo deseo. Si me colgaba de ese modo de Víctor iba a pasarlo francamente

mal.

Aunque ya no tenía claro si peor de lo que ya lo había pasado...

¿Eso era lo que debía hacer?
¿Poner tierra de por medio, fijarme en otro hombre tan válido como Víctor para tratar de superar mi obsesión por el hermano de mi mejor amiga?

¿Era lo que quería Víctor?

Hizo un gesto a mis amigas, invitándolas a acompañarnos.

Ya estaba hecho.

Ellas se lanzaron a dejar pagadas las copas que había encima de la mesa, rebuscando en los

minúsculos bolsos las monedas del cambio de la ronda anterior. Los cubatas se quedaron casi intactos en los vasos de cristal, mientras se prestaban unas a otras algo de dinero para poder saldar la cuenta cuanto antes.

— ¿Vas a tirarte a alguna?

Víctor gruñó por lo bajo, sabiendo que no era correcto que yo siguiera utilizando ese tipo de lenguaje con él, pero resignado a que se hubiera instalado esa intimidad entre ambos.

— Si me obligas a hacerlo, sí.

Me dolió su respuesta, aunque me imagino que ya me la esperaba tras tomarse la licencia de invitarlas a venir con nosotros.

— ¿Y cómo debo actuar para que no lo hagas?

Me miró a los ojos de forma muy seria, como si con aquella mirada quisiera hacerme entender lo que no querían decir sus labios. Víctor necesitaba poder mirar de frente a mis padres sin sentir que los había traicionado. Necesitaba poder ver a sus padres sin sentir vergüenza por haberse metido entre las piernas de una chica de la misma edad que su

hermana, y que precisamente era como de la familia. Quería poder volver a veranear todos juntos sin que yo anduviera todo el tiempo persiguiéndolo por los rincones, espiándolo en la ducha del chalet en el que solíamos hospedarnos en la playa, o tratando de bajarle el bañador en la piscina cuando no nos viera nadie.

Quería volver a mirar a su hermana sin sentirse culpable.

Quería volver a mirarme a los ojos sin necesidad de llevarse mis labios a la boca.

— Puede que si te veo

coquetear con Oziel se me pasen las ganas de llevar a alguna a mi coche —sugirió, no sin cierto dolor.

Supe que para Víctor tampoco era fácil, pero que había tomado la determinación de apartarse de mi camino, y que prefería que yo acabara en buenas manos si de una noche de sexo loco se trataba. No pretendía que me enamorara de Oziel, ni que iniciara una relación con un hombre de su misma edad.

Lo que necesitaba era que yo entendiera que había muchos más hombres en mi camino, y que iban a

ser mejor opción para mí.

— Te sacamos diez años... Si lo que quieres es sexo Oziel no va a enamorarse de ti, y seguro que te hará pasar un rato muy interesante.

Me habría encantado que dijera que lo que deseaba era hacerlo él, pero eso no iba a pasar.

— ¿Le has pedido que me folle?

Creo que se ruborizó al escucharme decir eso. Se rascó la cabeza como si no supiera dónde esconderse, deseando evaporarse.

— No. Pero sí le he

comentado que no sería tan mala idea que volviera a mirarte las tetas.

Lo dijo completamente sonrojado, y no supe decir si porque seguía avergonzado por haberle roto la nariz o por intentar que otro hombre me sedujera para él tener el camino más despejado a la hora de conseguir que lo olvidara. Levantó la mirada y sonrió, tratando de volver a su estado pícaro y sensual que tanto adoraba.

— ¿Y qué te contestó?

No tenía sentido seguir poniéndole las cosas difíciles a Víctor. Me

daba lástima verlo apabullado. Si nuestros caminos tenían que volver a cruzarse lo harían más adelante. Aquella noche yo quería volver a ser su amiga, y que las cosas funcionaran entre ambos como cuando yo ni pensaba en que Víctor tenía polla.

Se mordió el labio inferior, y me revolvió el cabello como cuando yo aún era una mocosa.

— Que tiene que enseñarte a beber un Gin Tonic...

Mis compañeras de facultad se agarraron a mis brazos y me apartaron de ellos. Víctor me había colocado entre Oziel y él para iniciar un tema de conversación superfluo, pero al menos estaba tratando de que yo rompiera el hielo y pudiera resultar interesante a sus ojos.

Pero que me arrastraran en aquel plan me arrebató el poco estilo de mujer adulta que estaba intentando mantener. Casi me tiran al suelo al tropezar sobre los zapatos de tacón que tan poco me ponía.

— ¡Habla! ¿Cuál de nosotras le gusta a Víctor?

Quise responderles de muy malas formas que era yo por la que estaba interesado pero me mordí la lengua antes de pronunciar palabra alguna. Me volví para mirarlos y los vi parados, observándonos, muertos de risa por su comportamiento pueril. Imaginé que aquel tipo de actitud no era de lo que más les interesaban a hombres de casi treinta años, pero allí me tenían, sumergida en un corrillo de voces chillonas, alteradas por las hormonas.

— No tengo ni idea de si le gusta alguna. Hace meses que se marchó de casa...

— ¿Y el otro? ¿El moreno? ¿Cómo se llama?

Seguía observando a los chicos. Oziel no me quitaba la vista de encima. Llevaba ese día una camisa azul con las mangas ajustadas a la altura de los codos y un pantalón de lino que le quedaba estupendamente bien enmarcando sus caderas.

Me ruboricé al darme cuenta de que debajo del pantalón no llevaba nada puesto.

— ¿Demasiado calor?

Cuando quise darme cuenta Oziel se reía de los colores que se habían apoderado de mi rostro. ¡Estaba quedando yo incluso peor que mis compañeras!

— Se llama Oziel, es abogado, y ese es para mí...

Lo dije con tanta seguridad que hasta a mí me resultó chocante. Acababa de decidir que no iba a dejar que ninguna pusiera sus ojos en él, y mucho menos sus garras. Podían intentarlo con Víctor, aunque estaba casi convencida de que no haría nada con ellas si yo dejaba de ir detrás de él. Algo me

decía que entendía perfectamente que me haría mucho daño si lo veía coquetear con otra.

Y no creía que Víctor fuera a hacerme daño a sabiendas.

— ¿Desde cuándo te gusta?
¿Le gustas a él? ¡Cuenta!

Lo cierto es que tuve ganas de responderles que acababa de decidir que iba a dejar que me invitara a un par de copas, y que ya veríamos cómo terminaba la noche. Me habría encantado verles las caras, ya que ninguna me conocía en mi faceta de flirteo. Apenas si me habían visto hablar de chicos un

par de veces, y nunca había mostrado interés por ninguno que ellas supieran.

No me había parecido correcto decirles que estaba loca por Víctor, aunque no les fuera a parecer mal al no conocer mi estrecha relación con su hermana, o con él desde mi más tierna infancia. Probablemente ellas no podrían entender que la relación que había mantenido con Víctor los últimos años había sido casi fraternal, y que me había costado mucho vencer esa barrera.

No digamos convencerlo a él...

Conseguí que entendieran que

debíamos unirnos al grupo para no parecer unas mocosas, pero hasta que yo no salí del corrillo y volví a mi puesto entre Víctor y Oziel no me siguieron. Comenzamos a caminar nuevamente, en dirección a una terraza de verano de la que hablaban muy bien pero que nosotras, al no tener ingresos económicos salvo las pagas de nuestros padres, teníamos vedada. Sólo la entrada ya costaba una fortuna.

Me hizo mucha gracia ver las caras de susto que pusieron mis compañeras cuando se enteraron de lo que tenían que pagar para

traspasar la puerta. Supe que iban a tener que hacer encaje de bolillos para llegar a final de mes tras aquel exceso, pero no estaban dispuestas a quedarse fuera, cuando ellos ya habían decidido en dónde querían pasar la noche.

Me encantó que Oziel y Víctor se disputaran el pagar el precio de la mía. Al final, entendiendo que no era apropiado que insistiera si lo que quería era poner distancia entre ambos, Víctor se hizo a un lado y tuve que agradecerle a Oziel que se ocupara de cargar con mi deuda.

— Sólo si me dejas

devolverte el favor cuando tenga trabajo —bromeé, al recibir el resguardo para poder entrar y salir del recinto.

— Ya veremos cómo pienso cobrármelo...

Su tono de voz fue completamente obsceno, pero su sonrisa era traviesa, y me picó un ojo al contestar, por lo que entendí que estaba bromeando.

Tristemente bromeaba...

“¿*Tristemente?*”

De pronto sonreí, disfrutando del momento. Había estado agobiada pensando en que lo que sentía por

Víctor podía ser algo más que simple deseo. No había experimentado nunca ese enamoramiento en el que se dejaba de comer, se perdía el sueño y sólo se pensaba en tener a la otra persona cerca, abrazándote y besándote. Yo nunca había pensado en Víctor prodigando palabras de cariño a mi oído.

Sólo lo deseaba...

Que de pronto pudiera sentir ese mismo impulso por otro hombre me encantó y horrorizó a la vez. ¿Era tan sencillo conducirme hacia otro punto de mira como decirme,

sencillamente, que mirara? Víctor me había dicho que mirara a Oziel. Mis amigas me habían dicho que mirara a Víctor... ¿Oziel qué me diría?

“Es de locos...”

Suspiré y dejé que el abogado pusiera una mano en la espalda para guiarme entre la marabunta. Decidí que iba a dejar de mirar a Víctor, y que esperaba que él no me diera motivos para mirarlo. Mis amigas habían sido asaltadas por los otros dos colegas de Oziel, Carlos y Javier, o Javier y Carlos. Si intentaba identificar a uno o a

otro no sabría dar el nombre acertado a ninguno de los dos. Nunca había hablado con ellos, nunca los había mirado más de dos segundos seguidos, y no tenía intención de empezar a conocerlos esa noche.

Llegamos a una zona atestada de la barra, donde las luces blancas y azules iluminaban una madera oscura, y a dos camareras de piel más oscura todavía. Las chicas iban ataviadas con unos mini vestidos blancos que las hacían parecer aún más negras de lo que eran. Eran el tipo de mujeres con las que los imaginaba tonteando, y no con unas

mocosas como nosotras.

— ¿Qué te apetece beber? —
me preguntó Oziel,
agachándose para alzar la voz
contra mi oído, tratando de
hacerse oír por encima de una
pegadiza canción de Taylor
Swift.

— ¿Qué me recomiendas? —
respondí, dejándolo llevar la
iniciativa, poniéndome de
puntillas para conseguir llegar
a su oído. Trastabillé y Oziel
me recogió entre sus brazos
contra su pecho. Se separó lo
justo para mirarme un poco por
encima de la línea de mis ojos,

sonriendo.

— Víctor me ha dicho que soléis beber ginebra...

Se me encendió el rostro, imaginando el tipo de conversación en el que habría salido aquel comentario. Ahora que Víctor y Oziel compartían piso probablemente acabarían muchas más noches hablando de sexo, de chicas, y de chicas borrachas que la mamaban de vicio. Me estremecí.

— ¿Frío?

Si Oziel se imaginaba el motivo de mi azoramiento no dio muestras de ello. Yo negué con la cabeza,

tratando de mantener la compostura.

— ¿Un Gin Tonic entonces?

Asentí, pensando que cualquier brebaje me sentaría de muerte en aquel momento. Oziel se acercó con agilidad a la barra, y comprobé que los cuatro chicos habían acudido a por copas. Mis amigas estaban muy cerca, sin perderlos de vista, como si temieran que la oportunidad de cazar a Víctor dependiera de que las viera cada vez que se diera la vuelta. Me dieron algo de pena, pues hasta hacía un par de meses yo me comportaba exactamente igual que ellas.

“Hasta ayer mismo, no seas mentirosa”.

Me aferré a mi pequeño bolsito, junté los tacones de los zapatos, y esperé a que Oziel regresara con las dos vistosas copas. En twitter había visto a mucha gente bromear sobre la cantidad de cosas que se les llegaba a poner a los Gin Tonics, comparándolos con sopas de vegetales donde casi todo valía. Los que trajo el abogado minutos más tarde bien habrían merecido un chiste.

— Una bebida muy fotogénica, sin duda alguna —

comenté, tratando de ser ingeniosa, usando un tuit que le había leído a un tuitero llamado @ferdeles, y que me había hecho recordar la cantidad de veces que yo había subido fotos de vistosos mojitos a mis redes sociales.

Conseguí que Oziel sonriera ante mi ocurrencia, y recé para que no siguiéramos ambos en twitter a los mismos personajes.

Al tercer Gin Tonic ya no recuerdo si seguía bailando cerca del reservado donde conseguimos sentarnos, si mis compañeras

seguían acosando a Víctor, o si alguna de ellas se había terminado liando con alguno de los otros dos.

Al cuarto lo que sí tengo claro es que había acudido muchas veces a los servicios.

Y que envalentonada también por el nivel de alcohol en sangre, le había pedido a Oziel que me besara. Poco recuerdo del rostro del abogado cuando le hice la petición, pero sí que tengo aún en la boca el sabor de sus labios, mezclado con el de las bebidas que ambos habíamos compartido. Sé que me aferró las nalgas cuando lo hizo, aunque no

pude disfrutarlo como hubiera querido. Sé que le pedí no hacer nada delante de Víctor, porque en mi fuero interno, y en mis creencias de mujer alcoholizada venida a más, pensé que le haría daño si me veía besar a otro.

— Víctor está loco por mí, ¿sabes? —le confesé a Oziel, con ese tono y agilidad de palabra que sólo una persona con cuatro copas podía usar. Supongo que tenía que verme bien ridícula, y hasta probablemente bizqueaba ya un poco. Ojalá recordara la cara que puso Oziel con la

declaración, pero no sé ni siquiera si lo miraba mientras lo hacía.

Sí tengo muy presente lo posesivo de su beso, lo exigente que fue, lo rápido que cubrió mi boca con la suya nada más pedírselo. Recuerdo su lengua compitiendo con la mía por el espacio, y sus dientes mordiendo mis labios.

— No vamos a ir a ningún sitio —respondió, revolviéndome el cabello, como cuando se topaba conmigo por el pasillo de casa —. A diferencia de a Víctor... a

mí no me gustan borrachas.

Más cara de tonta...

— Y ten presente una cosa —
terminó diciendo, rodeándome
por la cintura para atraerme
hasta su cuerpo—. El día que
caigas no va a ser porque tú me
lo pidas, o porque lo haya
sugerido Víctor. Será porque
yo así lo decida.

Al menos esa noche fui la envidia
de mis amigas, porque regresé a
casa cabreada, excitada, y
sintiéndome una mocosa. Lo bueno
era que Oziel tenía mi número de
teléfono, y había prometido que,

algún día y sin alcohol de por
medio... lo usaría.

PRÓLOGO

— No, no me ha gustado nada verte con él. He querido arrancarle la piel en más ocasiones de las que puedo contar...

Esa confesión que estaba como loca por escuchar de sus labios pero que no llegó a pronunciar mientras Víctor me llevaba a casa, sentada en el asiento que tantas veces me había acogido para llegar al instituto o la universidad. Había

bebido más de la cuenta, siempre invitada por Oziel, por lo que no estoy segura de si en ese último momento, en el que Víctor me dijo que me llevaba a casa, había habido enfrentamiento entre los dos amigos.

— Oziel me dijo que iba a llevarme...

Víctor no respondió, aunque tampoco era que esperara que lo hiciera. La última parte de la noche lo había encontrado taciturno, y en mi mente alcoholizada y alterada por mis hormonas imaginé que era precisamente porque no le hacía ni

pizca de gracia haberme puesto en las manos de un depredador como Oziel, aunque fuera la opción más sensata para ambos. Él pensaba que todos mis males se solucionarían con un buen polvo con otro hombre, que así dejaría de mojar las bragas por él y los dos podríamos recuperar nuestras vidas lo antes posible. Y en vez de dejar que la naturaleza siguiera su curso y yo tuviera relaciones sexuales con chicos normales de mi edad había maquinado que fuera su mejor amigo quien hiciera los honores. Tal vez creía que a mí lo que me iban era los hombres mayores con

experiencia, y que era mejor jugar sobre seguro en vez de tentar a la suerte, que cayera en manos inexpertas y se me antojara de por vida que lo necesitaba a él.

Era curioso cómo mi mente seguía trabajando a destajo, elucubrando teorías que por el alcohol creía que tenían una base bien sólida. Cualquier excusa me valía para justificar el distanciamiento de Víctor y que hubiera intentado liarme con un amigo suyo, cuando hacía nada casi podía decirse que no le permitía que me mirara.

También trataba de justificar que

me hubiera dejado manipular para que me fijara en otro hombre al que apenas conocía.

Era gracioso que sólo hubiera tenido que ponérmelo delante para que me fijara en lo atractivo que era Oziel. Lo cierto era que estaba dolida y resentida por el distanciamiento que había impuesto Víctor entre ambos tras nuestra única noche juntos, y la idea perversa de tratar de hacerle sentir celos había hecho que me pareciera la opción más interesante de la noche. Me había aburrido de perseguirlo en casa cuando venía a hacerme compañía en alguna que

otra cena, y la verdad era que la presencia de mis amigas había hecho que prefiriera chulear yendo del brazo de Oziel a ir babeando como ellas detrás de los culos de ambos amigos. Aunque no pudiera tener a Víctor sabía que me envidiarían igual si el abogado me hacía algo de caso, y me había aferrado a esa idea para tratar de ser algo más interesante de lo que me sentía en verdad.

“¡Qué demonios! ¡Pero si había conseguido un rato de lo más excitante con Víctor!”

Probablemente ninguna de ellas

había llegado a experimentar el morbo de hacerlo con un hombre experto e intenso en vez de con un chico de nuestra edad. Era de las cosas de las que, sin duda alguna, se presumía en voz alta, y ellas no habían comentado nunca nada al respecto. Por lo tanto, aunque hubiera sido tan solo una vez, había mantenido la mejor relación sexual de aquel grupo de adolescentes babeantes, y no tenía nada de lo que avergonzarme.

Mientras seguía elucubrando no me percaté de que estábamos llegando a casa, y que por alguna extraña razón Víctor conducía a una

velocidad inusualmente reducida. Podía ser que de pronto no se encontrara en condiciones de conducir y hubiera aminorado la marcha, pero no creía que se hubiera arriesgado a coger el coche y a llevarme a casa si había bebido. Si algo tenía claro era que el hermano de Laura era muy responsable, y el hecho de que hubiera caído un par de veces en la tentación de tomarse una copa con los amigos no hacía se volviera un imprudente al volante.

De todos modos no podía asegurar que Víctor no hubiera tomado algo de alcohol aquella noche ya que

había estado muy ocupada intentando aparentar que no me importaba nada lo que fuera a hacer con alguna de mis amigas, o con cualquier otra mujer que se le pusiera por delante. Al final lo había espiado más veces de las que me gustaba reconocer mientras compartía risas e insinuaciones con Oziel, para descubrirlo casi siempre rodeado de mujeres que apenas eran mujeres, y de sus dos amigos.

Por ello tomó más fuerza una segunda hipótesis: no quería que el viaje terminara.

Me latió con fuerza el corazón y los ojos se iluminaron como cuando había extendido la mano para hacerme la invitación a acompañarlos aquella noche.

Cuando detuvo el coche delante de la puerta del portal de nuestro edificio respiré hondo, expectante.

— Espero que te lo hayas pasado bien —comentó, mirando al frente, como si tuviera miedo de lo que podía pasar si cometía el error de mirarme a los ojos en un espacio tan íntimo y reducido.

— No ha estado mal. Oziel es

simpático y ha sido muy atento —comenté, tratando de ponerlo celoso—. ¿Qué tal te lo has pasado tú?

Víctor se rió con esa sonrisa torcida que tanto me gustaba.

— Tus amigas son insufribles...

Los dos estallamos en carcajadas.

— ¡Y que lo digas! Y eso que estas no son las del año pasado. A las del instituto había que echarles de comer aparte cuando empezaban a hablar de ti. Y ponerles un babero, ya de paso. Estas se

han comportado un poco.

— Pero sólo un poco... me confesó, guiñándome un ojo.

Miré mis manos, enlazadas sobre mi regazo, con ganas de extenderlas hacia su rostro y atraerlo hacia mi boca.

— ¿Te ha gustado verme con Oziel?

Mantuvo el silencio durante un minuto que se me antojó eterno y luego se revolvió el cabello como si de pronto tuviera urticaria.

— No...

Lo que antes era taquicardia derivó en parada cardíaca. Dejé de sentir

los latidos a la vez que me daba un vuelco el estómago. Jamás me había sentido tan poderosa, salvo aquel momento en el que Víctor había apoyado la frente en mi abdomen justo antes de quitarme la camiseta, en su dormitorio, cuando aún no sabía lo satisfactorio que podía ser aferrarme a sus caderas.

No pude reprimir una sonrisa.

— Pero aunque no me haya gustado sé que me acostumbraré. Si no es Oziel será otro. Cualquiera de tus compañeros de clase, o cualquier chico al que conozca

saliendo de copas como esta noche —comentó, como si fuera una verdad tan aplastante que no mereciera la pena rebatirla—. No soy hombre para ti, y cuanto antes lo aceptemos mejor para ambos.

Quise protestar pero sabía que en ese momento sería en vano. Víctor había aguantado estoicamente una larga noche viendo como los lazos seductores de su amigo se iban cerrando sobre mí sin que yo me opusiera y él dijera nada al respecto. Tenía que haber sido muy duro, no me resignaba a pensar que no lo había sido. Estaba claro que

no le agradaba para nada la idea aunque se había mantenido al margen, y que en el último minuto había preferido arrancarme de las zarpas del abogado para que no acabara en un hotel o en su piso compartido, desnuda y entregada. Lo había imaginado vigilándonos a ambos mientras Oziel iba y venía de la barra con copas cada vez más elaboradas. Deseaba con todas mis fuerzas que se hubiera sentido un miserable por haberse desprendido de mí de esa forma, como si fuera una mercancía que podía intercambiar con sus amigos.

Pero que Víctor no hubiera podido

resistir esa noche verme con Oziel no implicaba que no fuera a mirar hacia otro lado cualquier otro día... aunque maldijera en silencio y fuera a apagar su rabia dentro de la boca de una rubia de maquillaje corrido.

— Está bien, tú ganas —dije, siendo malvada. Supongo que a esas alturas estaba aprendiendo algo sobre el juego de la seducción, y si en algún momento había visto a Víctor furioso fue cuando me encontraron los cuatro amigos desnuda en el salón de casa. Los celos habían podido con él,

aunque podría ser posible que siguiera imaginándome unos sentimientos enfermizos donde él sólo había mostrado protección fraternal.

“¡Y una leche!”

Me miró levantando la cabeza, conteniendo el gesto. Se dibujaba una pregunta pero no quería pronunciarla. Ni falta que le hizo, que yo ya estaba preparada para seguir hablando. A partir de ese momento el hermano de Laura podía darse por perdido, porque no iba a tener compasión. Si alguna vez me había dado pena pensar en

lo mal que lo había debido de pasar por mi obstinación en una relación que para casi todo el mundo estaría mal vista —incluso durante bastante tiempo para nosotros dos también fue así, aunque a mí se me había pasado tras probar los placeres de su carne compacta entrando en mi boca— ya no iba a sentir más lástima. Nadie le estaba pidiendo que se presentara delante de nuestros padres y les confesara que me había desvirgado. Yo no le exigía una relación formal, con anillo y compromiso incluido. Ni siquiera le pedía que me cogiera de la mano si alguna vez conseguía

arrastrarlo al cine. Lo que pedía es que dejara de comportarse como el hermano que no era, para que se convirtiera en el amante que sí deseaba y podía ser. Era muy joven para estar pensando en complicarme tanto la vida, pero a esas alturas no me quedaba más remedio que reconocer que sentía algo muy intenso por aquel hombre, más allá de la pura atracción física, y que tenía ganas de dar rienda suelta a todas mis emociones para ver a dónde nos podían conducir.

Si Víctor se pensaba que aquello iba a terminar así se iba a dar cuenta de que ya no era tan niña. Y

yo tenía ganas para compartir con él si se le habían agotado después de separarme las piernas contra la pared de su antigua alcoba.

— Probaremos a ver si Oziel puede hacer que me olvide de tu polla...

Las palabras sonaron groseras, pero hablaba la rabia y el despecho, y ese plan que se estaba dibujando en mi mente hacía que no me importara serlo. Sabía que a nadie le gustaba ser sustituido, por mucho que se aparentara que era lo mejor para ambas partes. Iba a ser una pugna entretenida. Por un lado,

yo fingiendo que tenía ganas de olvidarlo, y por el otro, Víctor aparentando que quería ser olvidado. Las cartas estaban sobre la mesa. Ahora sólo había que averiguar quién se estaba pegando el mejor farol.

— Espero que lo haga...

Coherente, al menos, estaba siendo. El muy mal nacido podía hacerme hervir la piel hasta que me saliera humo por las orejas, y no estaba segura de si ya había llegado a mi punto de ebullición, pero al menos sentía los pómulos al rojo vivo.

— Pues espero que lo

disfrutes mientras observas...

Abrí la puerta del coche de un manotazo, sin fijarme si había algo con lo que pudiera chocar y dejar un bonito recuerdo de nuestra conversación en la chapa de su precioso vehículo. Por suerte se abrió de par en par sin encontrar ningún obstáculo. Estaba sacando una pierna y apoyándola en la acera cuando los brazos de Víctor volvieron a meterme dentro, tirando de mí hasta casi colocarme encima del freno de mano.

— Me haces hervir la sangre...

Y mientras pronunciaba esa última palabra cubrió mi boca con la suya, imperiosa y acosadora, buscando la respuesta que yo no tardé ni un instante en ofrecerle. Nuestras lenguas jugaron de una humedad a otra mientras el recuerdo de Oziel se hacía patente entre nosotros como una dolorosa realidad. Ambos sabíamos que aquel beso podía estar dándomelo el abogado, y ya no estaba del todo claro si ese momento llegaría o no.

Primera parte.

La polla que había decidido ignorar

Víctor desapareció una semana tras aquella noche. Por suerte estaba preparada y sabía que eso era lo que iba a pasar. Era como volver a vivir el distanciamiento al que me había sometido cada vez que me tuvo entre sus brazos. Había sido así desde el primer momento, como cuando me besó tras partirle la

nariz a Oziel, o cuando por fin conseguí que se metiera entre mis piernas...

Sí, había sido yo la que lo había logrado. De no ser por mi insistencia estaba segura de que Víctor no se hubiera atrevido jamás.

Él siempre huía tras cada uno de mis avances.

Ya apenas quedaba verano que disfrutar pero me empeñaba en vivir con normalidad mis últimos días de libertad antes de empezar otra vez con los estudios. Playa, algún que otro concierto, sesiones

de cine viendo cualquier cosa aunque fuera la película más mala que hubiera tenido la desgracia de visionar... Cualquier cosa me valía con tal de no estar en casa por las noches, a la hora de la cena, que era cuando se presentaba Víctor para hacerme compañía.

Me había propuesto no estar allí la siguiente vez que apareciera.

Tras una semana haciendo tiempo, llegando tremendamente tarde a casa, y tras agotar casi todos los recursos que me quedaban para no estar encerrada esperando entre esas cuatro paredes, me llamó.

Estaba leyendo en un parque cerca del centro, terminando de comer un sandwich vegetal que había comprado en uno de los puestos callejeros de la zona cuando sonó el teléfono. Lo tenía guardado en el bolsillo exterior de una mochila de tela vaquera que se había convertido en mi complemento imprescindible aquel último año, y cuando llegué a cogerlo la llamada se había cortado.

Pero en la pantalla brillaba el nombre de Víctor...

Me debatí entre devolverle la llamada o ignorarlo, pero no habían

pasado sino un par de segundos cuando la musiquilla estridente me libró de tomar una decisión. Víctor volvía a intentarlo.

Habría estado bien dejarlo sin respuesta una segunda vez, o incluso cortarle la llamada.

— ¡Qué sorpresa! —
respondí, descolgando al quinto tono, haciéndolo sufrir todo lo que pude antes de que volviera a finalizar la llamada—.
¿Recordabas mi número?

— ¿Dónde estás, Bea?

Me encantó notarlo molesto, que era precisamente lo que pretendía.

Cerré con cuidado el libro, marcando la página doblando una de las esquinas, sabiendo que precisamente a Víctor le molestaba enormemente ese gesto. No soportaba que se estropearan las hojas de los libros que leía, y en más de una ocasión me había reprendido por usar aquel método para encontrar la marca de lectura.

En mi décimo octavo cumpleaños me había regalado un original marcador de páginas que siempre llevaba conmigo y que había usado hasta aquella misma semana. Seguía teniéndolo en la mochila vaquera, pero esperaba que Víctor me

descubriera un día volviendo a las andadas y tuviera el valor de reprenderme nuevamente.

Buscaba el enfrentamiento.

Di un largo trago a la lata de refresco que tenía apoyada en un hueco ya perfectamente delimitado en el césped del parque y con la que trataba de ir bajando el sándwich que me estaba cenando.

— Tomándome una copa — respondí, después de tragar sonoramente, tratando de que me escuchara a través del micrófono del móvil.

— ¿Y ayer?

La pregunta me cogió por sorpresa. ¿Cómo sabía que ayer no había estado en casa?

— ¿Y a ti qué te importa?

— ¿Y antes de ayer?

Víctor sabía que no había cenado ninguna de las noches en casa y el descubrimiento hizo que revolotearan miles de abejorros dentro de mi estómago. No podían ser mariposas; esas hacían sentir bien, casi que te acariciaban para hacerte estremecer. Lo que me aguijoneaba el cuerpo era el sentirme tan estúpida. Por una vez Víctor sí había tenido la decencia

de dejarse ver y había aparecido por casa antes de lo que esperaba. Y yo había sido tan imbécil como para estar martirizándome siete noches con sus respectivas mañanas y tardes.

Un desastre...

— ¿Me espías? — fue todo lo que llegué a responder.

— Dime ahora mismo dónde estás, Bea. Voy a ir a buscarte.

Me entraron unas enormes ganas de responder y que apareciera a mi lado, me aferrara en un envolvente beso y me llevara casi a rastras hasta el coche. Tenía ganas de dejar

de esconderme de mi propia casa y del hombre del que estaba enamorada.

“¿Enamorada?”

Decidí que ya me encargaría de ese sentimiento más adelante. En ese momento, con Víctor al otro lado del teléfono, no era para nada buena idea.

Dejé pasar los segundos mordiéndome el labio inferior, conteniendo las ganas de responder de inmediato, sabiendo que a cada instante que dejaba pasar se ponía más y más nervioso. Lo sentí farfullar al otro lado del teléfono, y

paladeé el momento de triunfo al saber que estaba dispuesto a dejar lo que estuviera haciendo para venir a buscarme y reprenderme en persona.

— Ahora mismo no es buen momento...

Maldijo por lo bajo, pero luego ya se desahogó alzando mucho más la voz.

— ¿Por qué coño no es un buen momento, Bea?

Se mascaba la venganza...

Había sido tremendamente fácil.

Víctor no tenía nada que hacer; estaba perdido.

— No estoy sola.

Segunda parte.

La polla a la que creí haber ganado

Era muy tonta por pensar que podía ganarle la partida tan fácilmente a Víctor. Lo que saboreé aquella noche —tras la llamada de teléfono de Víctor desde mi casa— como un enorme triunfo se convirtió en un momento en la mayor de mis derrotas. Desde luego debía haber supuesto que con la edad que tenía

no iba a ser tan fácil manipularlo, pero precisamente mi falta de experiencia fue la que me hizo pensar que todo iba a ser mucho más sencillo.

Víctor me dijo que me divertiera.

Así de simple.

— Pásatelo bien.

Y cortó la comunicación.

El regocijo me duró lo que tardé en mirar, atónita, la pantalla del móvil con el mensaje “*Víctor ha colgado*”. Me recorrió un escalofrío que nada tenía de relación con la temperatura de la noche, y acto seguido me entraron

unas enormes ganas de romper a llorar.

Pero no lo hice.

Había sido yo la que pretendí hacerme la interesante e inaccesible para un hombre con muchas más tablas que yo. Me lo había buscado a pulso. ¡Con lo fácil que habría sido estar en casa todas aquellas noches en las que me había ido a buscar! ¿Cuántas veces habrían sido? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Habría aparecido justo al día siguiente de nuestro último encuentro?

¡Con lo fácil que habría sido decirle que fuera a buscarme!

Me lo imaginé abriendo la puerta del piso a la noche siguiente, con la boca ávida de mis besos y la entrepierna alborotada por culpa de lo que no pasó en su coche, pero que seguramente había imaginado al llegar a su cama. Yo había ocupado la mía exactamente de la misma forma tras nuestro encuentro con sus amigos y las mías, empapada por el asalto de Víctor cuando me iba a bajar y dejarlo solo en el interior del vehículo.

Porque después de decirme que le hacía hervir la sangre en verdad me demostró con actos que lo hacía.

Y Víctor, esa noche, tras verme coquetear con Oziel... hervía

Sus manos no habían perdido el tiempo y se habían escondido bajo la fresca tela que llevaba cubriendo los pechos, y los apresó con malicia mientras intentaba coger aire a través de su boca, aplastada contra la mía. Quise despojarlo de su ropa pero no me permitió jugar con los botones de la camisa. Quise abrirle la bragueta del pantalón vaquero pero fui demasiado torpe, y la estrechez de la tela contra su miembro endurecido no me facilitó para nada la tarea. Imagino que le resultaría

bastante cómica la situación y que se contuvo para no tener que apartarme las manos, al darse cuenta de que sería incapaz de liberar su polla de la prenda ajustada a sus carnes.

Volvía a demostrar mi falta de experiencia.

Él, sin embargo, no encontró obstáculo alguno para meter los dedos entre mis piernas y encontrar que estaba completamente mojada.

Fue en ese preciso momento cuando dejó de besarme, apoyó su frente contra la mía y, resoplando, me envió directamente a la cama.

Sin consuelo.

Sin los placeres que me había visto disfrutando tan solo unos instantes antes.

Sin él...

— Es tarde. A casa, señorita...

Lo había desafiado tanto con la mirada que supongo que tuvo que quedarle claro que aquella me la tendría que pagar. No podía destapar la caja y pretender que no se desparramara todo su contenido. Y yo estaba completamente desparramada en el sillón de su coche, jadeando, con la necesidad

de tenerlo dentro de aquella humedad que con un simple beso había provocado.

— No puedes...

Víctor arrancó el coche, se recolocó en su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. No me miró más. Perdió la vista en la oscura calle que se abría paso ante el parabrisas del coche. Una noche completamente igual a la anterior, de septiembre, con su asfalto negro oliendo a lo que siempre olían las calles cualquier noche. A lo que siempre olía la mía, y más cuando tenía que regresar sola a la cama.

Cansancio y olvido.

Nuevamente con rabia abrí la puerta del pasajero delantero y sin mediar una palabra más me bajé del vehículo y di un fuerte portazo como toda señal de indignación. No creo que Víctor me mirara al hacerlo, pero al menos quería dejarle claro con el sentido del oído que lo consideraba el mayor capullo de la historia. En la tapicería del asiento quedó la muestra de mi excitación, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme, y en aquel momento haberle manchado la tela al hombre por el que suspiraba —y más de

una vez jadeaba— era el menor de mis desvelos.

Busqué a tientas la llave del portal en el diminuto bolso, esperando escuchar el sonido del motor al alejarse calle abajo. Para que entraran las tres llaves que me hacían falta hasta llegar a mi cama había tenido que separarlas del llavero, ya que lo que llevaba en la mano se parecía más a una cartera, y si entraba el documento de identificación, algo de dinero y el teléfono móvil ya no había sitio para nada más. Pero Víctor permaneció al ralenti, como haría cualquier persona decente,

esperando a que me pusiera a salvo en el interior del portal.

Lo odié también por estar allí, tan caballeroso, mientras a mí lo que me apetecía era desmoronarme contra la puerta de cristal en cuanto estuviera dentro para llorar a gusto.

Por fin localicé la llave y me tragó la negrura un instante antes de que se encendieran las luces accionadas por el dispositivo de detección de movimiento de la escalera, y con la mayor dignidad de la que fui capaz llegué hasta el ascensor, pulsé el botón, y me escondí de su mirada en el interior del reducido

habitáculo.

No supe si Víctor estuvo mirando pero poco importaba cuando ya me sentía nuevamente una imbécil por pensar que doblegaría su voluntad simplemente con desearlo.

Por ello no había aparecido por casa en una semana a la hora de la cena. Por eso estaba aquella noche comiendo sola en la calle, haciendo tiempo, para que cuando él quisiera aparecer no me encontrara esperándolo.

Y por ello no me imaginé que precisamente él fuera a acercarse a buscarme tan pronto. Me había

acostumbrado a sus huidas.

Aquella noche, tras mentirle por teléfono, tardé más de una hora en reunir el valor necesario para encaminar mis pasos hasta mi casa. No quería topármelo allí, esperándome, para enfrentarme a su mirada inquisitiva.

O peor aún: a su completa indiferencia.

Giré la llave de la cerradura de seguridad pasadas las once de la noche. La casa permanecía en silencio y a oscuras, como siempre la encontraba desde que Víctor se había mudado a su propio piso

compartido. Encendí las luces y dejé la mochila y las llaves en el descansillo. Casi me arrastré hasta la cocina en busca de un poco de agua que llevarme al dormitorio. En la encimera de mármol encontré una palangana con agua y lo que me dio en la nariz que era detergente líquido. No recordaba haberla visto cuando me marché, pero tampoco era que pasara demasiado tiempo en la cocina teniendo en cuenta que nunca buscaba la comida que dejaba preparada mi madre. Con la botella de agua en la mano fui desnudándome por el camino hasta la cama, recogiendo las prendas del

suelo a medida que me las iba quitando. Al encender la luz de mi alcoba no reparé en el pequeño bulto que había en el centro de la cama, dejando sobre la colcha un cerco húmedo.

Fue al ir a retirar el cobertor cuando reparé en la prenda.

Eran las braguitas que Víctor había tomado de mi cajón de lencería.

Las había pasado por agua y detergente en la cocina para que no siguieran oliendo a él, y me las había devuelto de la forma más cobarde.

Y yo que pensaba que no se podía

ser más cruel...

Estaba claro que habíamos iniciado una guerra, y ya tenía la sensación de tenerla perdida.

Tercera parte.

La polla que había ido a buscarme

Le pegué un manotazo a las braguitas y fueron a estamparse con un ruido húmedo contra la pared donde se apoyaba la cama. La impotencia me llenó por dentro, con una rabia que estaba aprendiendo a paladear con demasiada frecuencia. Estaba muy enojada conmigo misma, pero sobre todo con Víctor.

Estaba tratando de hacerme daño a posta.

Y lo estaba consiguiendo...

Fui en busca de mi mochila y con el móvil en la mano no me detuve a pensar si lo que estaba a punto de hacer era o no conveniente. Lo que más me importaba en aquel momento era decirle —más bien escribirle con letras mayúsculas, como se gritaba por escrito— que ya que me las había robado y las había usado con su amiguita para limpiarle las babas —y otras cosas que no tenía ganas de recordar— que se podía meter las braguitas

por donde le cupieran.

Imposible olvidar lo otro que había limpiado Víctor con ellas... aunque no fuera a escribirlo.

— ¡Capullo!

“Podías haber sido más original. Al final te llevaste mis braguitas porque te apetecía y no porque yo te lo hubiera pedido. Te haces daño a ti mismo dejándolas aquí. Para mí no significan nada...”

Sabía que no resultaba creíble, que el mero hecho de escribirle y enviarle ese mensaje nada más llegar a casa desvelaba cómo me hacía sentir al imbécil de Víctor,

pero la rabia era muy mala consejera y a mí mis hormonas no me dejaban reposar las emociones antes de saltar en plan felino para atacar el cuello de mi presa. No era que me sintiera cazadora, porque imaginaba que cazar llevaba una estrategia. En verdad me sentía más como un elefante al que habían fustigado con algo muy doloroso en los cuartos traseros y salía en desbandada, pisoteando todo lo que encontraba a mi paso.

Lo que no tenía claro era si Víctor sería más rápido que un elefante.

Mandé el mensaje, arrojé el

teléfono sobre la cama —teniendo cuidado de no dejarlo sobre el cerco mojado para que no hubiera riesgo de que se estropeará— y encaminé mis pasos de animal embrutecido hasta la cocina. Allí recogí la palangana, tirando el agua donde seguro que se encontraban los restos de la lujuria de la noche de pasión de aquellos dos desvergonzados. Observé como el desagüe del fregadero desalojaba el contenido jabonoso con el característico torbellino de agua, ese en el que de pequeñas siempre metemos el dedo, asombrados de que no se nos moje cuando hay tanta

agua alrededor.

Cosas de niños.

Cualquier cosa nos sorprendía entonces y cualquier cosa me seguía sorprendiendo ahora, si me ponía a pensarlo fríamente. Me había creído más inteligente que aquel hombre que me sacaba muchos años de perrerías con mujeres mucho más expertas que yo. La verdad era que no me esperaba que tuviera intención de hacerme daño después de todo lo que habíamos pasado juntos. En verdad yo tampoco me imaginaba teniendo ganas de hacerlo enfurecer, pero la cosa se

nos había ido de las manos a los dos.

Habría sido mucho más fácil que nada de aquello hubiera pasado nunca...

¿Y si en vez de esconderme aquella semana lo hubiera estado esperando en el dormitorio, leyendo como una niña buena, destapada, esperando a que acudiera a arroparme?

¿A quién coño podía gustarle una niña buena?

A Víctor, desde luego, no...

Pero estar allí habría hecho que las veces que fue a buscarme no se sintiera frustrado. Tal vez un

abrazo, contestar a la pregunta de “por qué estábamos sintiendo esto” y un par de besos consoladores hubieran hecho todo el trabajo. Pero me había empeñado en saber manejar una situación que se me escapaba de las manos. No sabía lo que era la pasión y el deseo llevados hasta ese punto, y desde luego no sabía manejar mis sentimientos.

Guardé la palangana y el detergente, regresé con una chocolatina para complementar la cena ligera que me había tomado y rescaté el móvil de encima de la cama.

Había llegado la respuesta de Víctor en el whatsapp.

Víctor:

“Para mí siguen significando mucho, pero ya veo que no te interesa”.

“¿Que no me interesa? Llevaba intentando que te fijaras en mí un año.

¡Un año! ¿Sabes lo horrible que fue vivir contigo así y que no me hicieras caso?”

Víctor:

“Para mí no ha sido

mucho más fácil.

*Pero me alegro de que
hayas encontrado a
alguien. Te lo mereces”.*

*“¿Serás imbécil? ¿A quién
puedo haber encontrado?”*

Víctor:

*“¿A Oziel, por ejemplo?
No ha dormido en casa en
toda la semana”.*

¿Por eso estaba tan enfadado?
¿Porque se creía que me estaba
enrollando con su amigo? Reí, algo
ablandada por los sentimientos de
aquel grandullón que parecía estar
igual de perdido que yo. Hacía solo

una semana que me había ofrecido a su amigo como si pudiera disponer de mí. A veces eso me había hecho sentir bien aunque no supiera explicar muy bien el motivo. Pero otras me había sentido como la virgen de las películas antiguas que era entregada en sacrificio al Dios de alguna tribu perdida en los confines de una selva. Era ilógico que ahora le molestara que pudiera estar viéndome con Oziel, pero también era ilógico que fuera capaz de estar encaprichado de mí y que no pudiéramos encontrar la manera adulta de llevar el tema a buen puerto.

“No me estoy viendo con Oziel”.

Silencio administrativo.

Me estaba dando cuenta de que era muy fácil sacarme de mis casillas.

*“Ha sido muy cruel dejarme aquí
las braguitas...”*

Víctor:

*“Tenía que dejarte al
menos unas para
mañana...”*

Levanté la vista y vi la prenda mojada tirada en el suelo, donde había ido a parar tras el manotazo que le había pegado. En verdad tenía algo de sueño y estaba muy cansada, pero eso no explicaba que

no fuera capaz de entender esa última frase. Era sábado ya...

Los viernes siempre me ocurrían cosas francamente malas.

Pero yo tenía muchas bragas que poder ponerme mañana.

Con temblor en la mano fui hasta el cajón donde guardaba la ropa interior y sujeté el pequeño pomo con los dedos. No sé si tardé mucho o lo abrí nada más tenerlo a tiro. No recuerdo mucho más de aquella noche.

El cajón de mis braguitas estaba vacío...

Cuarta parte.

La polla que no me dejaba dormir

En señal de protesta estuve dos días sin ponerme bragas.

La sensación de rozar las nalgas con la tela de la falda al caminar me recordaba una y otra vez la desfachatez que había cometido Víctor llevándose todas mis prendas íntimas. No estaba acostumbrada a no usar ropa

interior, por lo que me miraba constantemente en los espejos para asegurarme de que no se notaba nada.

Aunque con Víctor fui mucho más descarada.

“Así he tenido que salir hoy a la calle”.

Ese fue el texto que acompañó a la fotografía que conseguí hacerle a mi culo reflejado en el espejo de mi cuarto, levantándome la falda. Quedaba muy descarado como declaración de intenciones, pero no se me ocurrió forma más gráfica de expresarle lo que pensaba de su

idea de robarme todas las braguitas.

No obtuve respuesta esa primera vez.

Pero me había propuesto mandarle una foto todos los días, sin ropa interior, aunque él no tuviera la decencia de responder a ninguna y fueran todas borradas de su teléfono móvil antes de que las descargara.

Esa noche, por supuesto, no conseguí dormir. Y la noche siguiente tampoco.

A mi mente acudían un sinfín de imágenes de aquel hombre

perverso. Entrando a hurtadillas en casa esperando encontrarme en el sofá, como tantas otras veces. Lanzando una palangana con rabia al interior del fregadero para llenarla de agua y luego arrojar la prenda manchada de semen. Dejando las braguitas en el centro de mi cama, eligiendo la forma en la que mejor quedaría para que se distinguiera bien. Abriendo mi cajón y metiendo toda mi ropa interior en una bolsa.

Llevándose a la nariz cada tela... antes de guardarla.

He de reconocer que me mojaba

con cada escena. Víctor ansioso por encontrarme, Víctor desilusionado. Víctor rabioso. Víctor vengativo.

Víctor lascivo...

A la segunda noche en vela supe que aquello me iba a costar más de un calentón. Tenía ganas de desahogarme pero no me apetecía hacerlo sin él. La verdad era bien triste. La ausencia de sus dedos buscando mis gemidos de placer hacían que cada vez que intentaba llevar los míos a mi entrepierna perdiera el interés.

Una tontería, lo sé. Pero no podía evitar sentirme de esa forma.

Las noches se hicieron, nuevamente, tremendamente largas y demasiado parecidas a las que tuve que sufrir cuando suspiraba por la polla de Víctor sin saber si alguna vez llegaría a disfrutarla. Casi iguales... salvo por la nimiedad de que ese hombre ya no dormía al otro lado de la pared.

Tenía que reconocerlo: lo echaba tremendamente de menos.

Era de los que disfrutaba leyendo hasta tarde. Me gustaba vigilar la hora a la que apagaba la luz, ya de madrugada. Por su mesilla de noche habían pasado tantos libros que

había perdido la cuenta. En alguna ocasión traté de leer alguno de los que terminaba pero la mayor parte de ellos no me llamaban demasiado la atención, y los pocos que sí pudieron despertar mi curiosidad me fueron vetados por Víctor cuando le pedí que me los prestara.

— Eres aún muy joven para leerte esto.

“Si yo te contara que me veo las pelis porno que guardas en tu ordenador...”

Incluso, cuando cumplí la mayoría de edad, siguió considerándome demasiado pequeña para según qué

literatura. Que fuera él quien me censurara las lecturas me pareció del todo patético por entonces. Mis padres nunca se habían preocupado por lo que leía o veía en la tele, pero era cierto que había delegado esa función en Víctor.

Y se tomaba su papel muy a pecho.

Aquellas noches en las que se marchaba con sus amigos también había llegado a leer algo de lo que me ocultaba en lo alto de su estantería, aunque tenía que reconocer que me llamaba por el momento más el tema visual que el aspecto literario de las cosas con

las que disfrutaba sexualmente el hermano de Laura. Apunté los títulos de las novelas y esperé tener la paciencia para retomarlas unos años más tarde, cuando dispusiera de mi propio apartamento y no tuviera miedo de que mi madre fuera a encontrarlas en mi cuarto.

A Víctor eso no parecía importarle demasiado.

¿Por qué no parecía estar mal visto que un hombre consumiera ese tipo de literatura?

Tal vez la cuestión no estaba en que Víctor fuera un hombre, sino que no era hijo de mis padres. ¿Podía

sentir vergüenza de que mi madre descubriera que leía literatura subida de tono?

“Ojalá sintiera la misma poca vergüenza al reconocerle a ellos que me deseaba...”

No roncaba. Se despertaba temprano y se acostaba tarde. Nos peleábamos por la posesión del cuarto de baño, y hasta alguna vez había bromeado con obligarlo a enseñarme a conducir cuando le regalaron su coche nuevo. Mis primeras copas, los cigarrillos que me encontró un día y que me tiró directamente a la basura. Las veces

que me descubrió mirándome y las veces que me vio desnuda, cuando yo aún no pensaba en él como en un hombre.

Y siempre estaba a la hora de la cena...

Lo echaba mucho de menos.

La foto del domingo, con una faldita blanca y una camiseta verde, obtuvo respuesta.

“Vas a ver la gracia que le va a hacer a tu madre cuando descubra que no hay ropa interior sucia tuya en la colada”.

¡Mierda!

Quise amenazarlo con contárselo

todo, que le diría incluso lo de las braguitas que había usado para limpiarle la boca a su amante borracha, pero los dos sabíamos que no me atrevería. ¿Qué excusa podía ponerle yo a mi madre si abría el cajón de mi ropa y lo encontraba vacío?

Era una verdadera pena que fuera domingo y no abrieran las tiendas.

“Te odio”.

Imagino que el mensaje lo leyó partiéndose de risa, en el sofá de su piso de soltero, con unos cortos pantalones de deporte y una camiseta ajustada, sin mangas, de

esas interiores que siempre había usado como toda ropa para estar dentro de casa.

Aquel día, mientras desayunaba, aparecieron mis padres por la puerta.

El domingo era el único día en que se permitían aparecer por allí los dos juntos. Dejaban la tienda en manos de un empleado que habían contratado hacía poco, gracias a que parecía que empezaba a irnos bien a nivel económico y se podían permitir tener a alguien veinticuatro horas para mantener abierto el negocio. Antes... era el único

“Veinticuatro horas” de la ciudad que cerraba en domingo.

— ¿Lista, cariño?

Terminaba de comer cuando salieron de su cuarto, elegantemente vestidos, como si tuvieran una cita.

— ¿Para qué?

Mi madre comprobó en el espejo que el maquillaje reparaba los estragos que las noches sin dormir habían causado a su piel de cuarenta y cinco años. Aquel día parecía algo más joven de lo habitual, pero todos sabíamos que en cuanto se pasara una toallita desmaquillante por la piel volvería

a aparentar más de cincuenta. Ella solía bromear con que el trabajo le estaba robando la juventud, pero nadie se atrevía a decirle que no era ninguna broma.

— Es el cumpleaños de Víctor. Hemos quedado con él para almorzar.

Quinta parte.

La polla que se iba a sentar a mi lado

Siendo vulgar a la hora de expresarlo, se me habrían caído las bragas al suelo si las hubiera llevado puestas. Me quedé rígida, como si de pronto me hubieran puesto a participar en ese juego infantil en el que te tienes que ir acercando poco a poco hasta la pared en la que cuenta de espaldas

un pobre infeliz, que se da la vuelta con la esperanza de que cuando se vuelva te cogerá en plena carrera hasta la meta, para “pillarte”.

Sí, una figura de cera.

Puede incluso que mucho más fea que una figura de cera, porque se me tenía que haber quedado una cara horrible para que mi madre me preguntara si me pasaba algo.

— No, tranquila. Estoy bien. Pero es que no me acordaba y ya he hecho otros planes.

¿Cómo se me podía haber pasado el cumpleaños de Víctor? ¿Acaso no lo tenía apuntado en la agenda del

móvil, para que me avisara con su alarma inoportuna a las doce de la noche?

Pues no, no lo había apuntado nunca. Siempre recordaba la fecha, y como Víctor había vivido hasta el inicio del verano con nosotros nunca tuve la necesidad de tener un chivato. Tampoco era fuésemos dados a los grandes festejos, pero al menos un almuerzo en familia sí nos permitíamos.

En familia...

Ese era el problema que tenía con Víctor. Era como de la familia...

— Pues vas a tener que

cancelar lo que tuvieras programado. Hay mesa reservada y nos esperan allí en una hora.

El verbo en plural me descolocó un poco, pero de inmediato me di cuenta de a qué se refería mi madre. La verdadera familia de Víctor había prometido tratar de estar presente en aquella ocasión, ya que él no se podía desplazar al haber encontrado trabajo. Incluso creí recordar que Laura me había dicho hacía un mes que si aprobaba las asignaturas que le quedaban pendientes también se vendría a hacernos la visita. ¿Cómo había

podido olvidar todo aquello?

Era imperdonable que me hubiera centrado tanto en mi no relación con Víctor como para dejar aparcada el resto de mi vida. Venía mi mejor amiga a la ciudad a pasar unos días y no había preparado nada. ¡Incluso estaba sin bragas!

Imperdonable...

Cuando conseguí reaccionar me apresuré a mandarle un mensaje a Víctor. Mi madre creyó que en verdad estaba deshaciendo los supuestos planes que me acababa de inventar, y que probablemente habría defendido con uñas y dientes

si no llega a ser porque tenía muchísimas ganas de ver a Laura. La perspectiva de pasar un almuerzo con mis padres y Víctor solamente no me hacía demasiada ilusión, ya que probablemente apenas me habría dirigido la palabra y me habría sentido invisible en aquella mesa, comiendo sin hambre, y teniendo que ocultar el verdadero apetito que sentía mi cuerpo por los encantos del arquitecto. No iba a ser nada fácil ocultar mi interés por él, pero teniendo a Laura al lado todo sería mucho más fácil.

“Considera mis braguitas como tu

regalo de cumpleaños. Por cierto... felicidades”.

Abrí de par en par las puertas de mi armario, buscando entre las prendas de nueva temporada que me había comprado en rebajas algo que fuera realmente favorecedor. Aquel año mi madre había considerado que era conveniente ampliar mi fondo de armario ya que iba a la universidad y mi cuerpo estaba cambiando por fin. Me había dejado tirar de su tarjeta de crédito para hacer un par de excesos en mi vestuario, ya que también estaba muy contenta por el resultado de mis notas en mi primer año de

carrera.

Por lo tanto, lo único que no podía ponerme eran bragas...

De resto había un par de camisetas escotadas que me quedaban de muerte, algunos pantalones cortos que me encantaba lucir con unos tacones, y tres faldas que iban a ser las que en verdad me dieran trabajo a la hora de elegir cuál ponerme...

Porque me tenía que poner falda si no llevaba bragas.

Y porque Víctor no podría dejar de pensar que debajo de la tela no llevaba nada puesto.

Tardé exactamente siete minutos en

volver a estar vestida, esta vez correctamente uniformada para causar sensación. Me dio igual que mi madre considerara que aquella camiseta enseñaba más de la cuenta. A esas alturas necesitaba quemar todas mis naves y enseñar un poco de carne no me iba a sentar nada mal.

No entendía la prisa que tenían mis padres por salir de casa pero al parecer éramos los encargados de ir a buscar la tarta de cumpleaños, ya que Víctor había ido directamente a la estación de tren a buscar a los suyos y la pastelería cerraba al mediodía. Todo el

mundo tenía en mente la importante cita del almuerzo y yo me había desconectado de la realidad por completo.

“Gracias por el regalo. Todo un detalle de tu parte”.

No le escribí un insulto porque se habría dado cuenta de que seguía molesta por culpa de su sinvergonzonería. Sabía que se estaba divirtiendo con aquello y prefería no darle más motivos para que se burlara de mis mensajes en el sofá de su piso, con su escueta ropa de estar por casa marcando su cuerpo atlético...

Tenía que dejar de pensar en esa imagen.

En aquel momento Víctor estaba en su coche en la estación de tren, esperando en su asiento perfectamente arreglado para la ocasión. Camisa, pantalón de vestir, zapatos de cordones que estaba deseando que salieran por la ventana para acto seguido hacer exactamente lo mismo con el cinturón y el resto de la indumentaria...

Vale, aquella imagen tampoco me ayudaba absolutamente nada.

Íbamos de camino a la pastelería,

rogando para que mi madre no fuera a hacer también algún comentario acerca de lo corta que era la falda y de lo poco que dejaba a la imaginación al llevar tan poca tela encima, cuando pensé que tal vez a Laura le apetecería quedarse en casa con nosotros ya que el cuarto que había ocupado Víctor estaba libre y hacía mucho tiempo que no teníamos momentos de intimidad cara a cara para hablar de nuestras cosas.

Le hice la observación a mi madre, pensando que a ella también le agradaría la idea de que tuviéramos algún tema de conversación en el

interior del coche y que no la cogiera de imprevisto haciendo peticiones incómodas que no pudiera rechazar delante de todos en el restaurante.

— Ya hemos hablado de eso con sus padres, Bea—. La voz de mi madre no sonó muy contenta, cosa que me sorprendió ya que sabía de buena tinta que adoraba a Laura y le encantaba tenerla en casa —. Pero ellos quieren pasar unos días en familia en la casa nueva de Víctor. Ella también hace bastante tiempo que no ve a su hermano. Recuerda que no

pudo venirse para la fiesta de graduación porque estaba con los exámenes finales.

Me dio pena pensar que Laura prefería pasar más tiempo con Víctor que conmigo, pero tuve que entender que era lo normal. Al final era su hermano, y yo había pasado a ser la amiga con la que de vez en cuando se conectaba a través de Skype para conversar sobre banalidades. Últimamente le contaba bien poco sobre mi vida. Tampoco era que pudiera estar diciéndole lo mucho que deseaba a su hermano. Por lo tanto, mientras ella me contaba lo feliz que era con

su nuevo novio yo sólo podía mirarla a través de la pantalla del ordenador con ojos envidiosos, pensando en lo que me gustaría poder contarle que hacía unas cuantas semanas había perdido la virginidad en el cuarto de Víctor... con Víctor.

Lo que me llevó a recordar que en la casa compartida del arquitecto sólo había dos habitaciones, y una de ellas la ocupaba Oziel.

Se lo hice notar a mi madre.

Entonces entendí por qué estaba molesta.

— Nos han pedido que por

unos días acojamos a Oziel en el antiguo cuarto de Víctor. Laura puede dormir en el sofá cama del salón, y Emma y Raúl dormirán en el de Oziel, que al parecer tiene cama de matrimonio...

Para terminar de liar aún más las cosas...

Sexta parte.

La polla que tampoco me dejó almorzar

Entendía perfectamente el malestar de mi madre en relación a aquella invasión de nuestra casa por un casi desconocido. Se me quedó la misma cara que a ella, de disgusto, al saber que al otro lado de la pared iba a tener al otro hombre que me había hecho temblar hacía sólo unas semanas.

¿Había sido idea de Víctor? ¿Podía ser tan maquiavélico a la hora de complicarme la vida que hubiera urdido aquella estrategia para que Oziel pudiera tener pleno acceso a mi cuerpo si yo decidía ceder? No podía ser cierto... Había sentido celos. ¡Me había arrancado de sus brazos aquella primera noche! Había acudido a buscarme a casa, y lo había sentido enfadado al preguntarme por teléfono dónde estaba.

Había sentido la rabia en sus palabras al preguntarme por mensaje si me estaba viendo con Oziel...

No. No podía ser cosa de él. Tal vez Oziel se había ofrecido para dejar intimidad a la familia de Víctor. Tal vez había sido idea de Raúl pedirle a Oziel que se trasladara unos días para poder pasar más tiempo con su hijo. Tal vez incluso podía haber sido idea de mi padre, que siempre se preocupaba demasiado intentando que sus amigos dispusieran de los momentos familiares que él no conseguía encontrar para la suya propia.

Tal vez...

Mi madre regresó al coche con una

enorme tarta de cumpleaños metida en una bonita caja de rayas rosas y blancas. Ideal para un arquitecto de veintinueve años, sin duda alguna. Al parecer el plan era almorzar en uno de los restaurantes preferidos de mis padres y luego ir a soplar las velas al piso compartido. Sentía curiosidad por verlo —muchísima curiosidad— pero desde que se había mudado y me había dejado sola en casa había fantaseado con que la primera vez que traspasara aquella puerta iba a ser de su mano, o en sus brazos, con nuestras bocas entrelazadas y nuestros dedos jugando con la ropa ajena.

Que en vez de ir directos al dormitorio de Víctor para estrenar su cama —también de matrimonio— fuera a cantarle el “Cumpleaños Feliz” rodeada de toda mi familia y la suya no entraba en la mejor de mis fantasías.

Ni en la peor tampoco... En ninguna, de hecho.

Me había imaginado llegando a su casa de improviso, con la cabeza llena de ideas que poner en práctica y la entrepierna deseosa de sus atenciones. Hacía casi dos meses que habíamos tenido nuestro encuentro y eran demasiadas noches

de hastío sin nada interesante que hacer como para que mi mente no se hubiera puesto a trabajar en ello. Deseaba que Víctor abriera la puerta con un pantalón vaquero a medio abrochar como todo vestuario, dejando a la vista la zona de vello púbico que tantas veces había espiado cuando entraba en la ducha. Sabía que le gustaba ejercitarse en casa, haciendo flexiones y abdominales matutinas cuando no estaba en época de exámenes. Imaginaba que ahora que ya era un hombre con trabajo habría adquirido otro tipo diferente de rutina, pero me daba igual si en vez

de encontrarme un abdomen con la musculatura bien marcada —que nunca le había visto, por cierto— encontraba uno duro y perlado de sudor tras una sesión de ejercicios.

Barba de tres días, pecho descubierto, cabello alborotado...

Definitivamente tenía que dejar de pensar en esas fantasías cuando no llevaba falda... y tenía a mis padres delante.

Costó bastante encontrar aparcamiento. Dimos unas diez vueltas a las manzanas que quedaban cerca del asador que tantas celebraciones de nuestras

familias había acogido. Era el típico local con ladrillo rojo visto forrando las paredes y el enorme horno de leña donde entraban sin cesar corderos y cochinitos de una pieza. Además hacían carne a la brasa en una parrilla que desde el comedor no se veía. No era que me encantara la carne poco hecha, al igual que no me gustaba ver a mi padre trocear un chuletón y que se desangrara al meterle el cuchillo, pero entendía que hubiera personas que disfrutaran de un filete poco hecho.

Yo me había aficionado con Víctor a los sándwiches y a las pizzas.

Comprábamos la masa fresca en el supermercado que había cerca de casa y nos deshacíamos de todas las pruebas antes de que llegara mi madre y descubriera los envoltorios de plástico en el cubo de la basura de reciclaje. Muchas noches habíamos bromeado con ir a la perrera a adoptar un perro para que pudiera comerse lo que dejaba mi madre en la cocina. Nos sabía mal tirar la comida a la basura para que no se diera cuenta de que no nos la comíamos, pero llevar algo con tan mal sabor a un albergue tampoco nos parecía adecuado.

— ¡Pobre perrito! Seguro que

acabaría fugándose de casa.

Era gracioso pasar por el supermercado a diario cuando regresábamos de clase, comprar lo imprescindible para hacer la cena y que no quedaran rastros luego en la nevera. Siempre podía haber pan y embutidos para una emergencia, pero mi madre sospecharía mucho si veía menguar los paquetes de plástico a diario.

— Pasamos del perro, entonces. ¿Los cerdos no comen de todo?

En ese punto Víctor y yo rompíamos a reír, inspeccionando

el caldero que siempre dejaba mi madre a la vista. Algunas veces el engrudo no se despegaba del cucharón con el que se suponía que había que servirlo y teníamos que golpearlo con fuerza contra el metal para poder desprenderlo.

Más de una vez nos habíamos manchado la ropa al hacerlo.

Y más de una vez lo había hecho a posta, para seguir a Víctor con la mirada mientras se quitaba la camiseta y la echaba dentro de la lavadora.

— Tu madre va a pensar que tengo temblor en las manos a la

hora de comer —bromeaba, ya que siempre que se manchaba lo hacía con comida...

... Y lo manchaba yo.

Llegamos a la puerta del restaurante cinco minutos tarde. Mi padre había recibido una llamada de Raúl avisando de que ellos acababan de entrar para ocupar la mesa y no perder la reserva. Mi madre llevaba la enorme tarta en alto, y se la dejó a uno de los camareros que más de diez tartas nuestras había guardado en la zona de refrigeración de la cocina.

Nuestra mesa estaba cerca de la

terrazza, a cubierto, ya que a ninguno le gustaba el calor de la ciudad en pleno septiembre. Desde la entrada pude contar a cinco personas sentadas, y a un camarero repartiendo jarras de cerveza.

Víctor estaba increíblemente guapo...

Caí en la cuenta de que cinco eran multitud pero pensé que tal vez Laura había traído a su flamante novio a la celebración del cumpleaños de su hermano. Lo que no podía imaginar es que al volverse descubriría que en verdad era Oziel el que estaba sentado al

lado de Víctor.

Y los dos no dejaron de mirarme mientras avanzaba hacia ellos, con la cara completamente roja y el cuerpo temblando como una hoja.

Séptima parte

Dos pollas...

Si ya era bastante malo tener que soportar aquel almuerzo sin inmutarme que Oziel también estuviera presente no hizo sino empeorar las cosas. Notar que los dos me miraban y se miraban el uno al otro con recelo sin que hubiera llegado a sentarme siquiera casi hizo que me temblaran las piernas hasta llegar a la mesa. Y digo casi porque me empeñé en no hacerlo,

porque si me desequilibraba y me caía al suelo con los tacones que estaba todavía aprendiendo a usar podía ser el mayor desastre de aquel día.

Lo de ir sin braguitas no había sido buena idea.

Dos besos de rigor al cumpleaños. Sólo tenía que darle dos castos besos en la mejilla, y por protocolo no establecido, después de que hubiera saludado a sus padres y a mi mejor amiga, a la que hacía un millar de años —bueno, no tantos— que no veía. Pero... ¿saludaba antes o después a Oziel?

— ¡Bea!

Gracias a Laura las formalidades quedaron por los suelos, y las dos las pisoteamos mientras nos fundíamos en un enorme abrazo nada fingido. Había saltado de la silla y corrido hasta mí. En verdad llevábamos mucho tiempo sin vernos las caras sin un ordenador de por medio y en ese momento que por fin podíamos contarnos las pecas la una a la otra parecía que nunca nos hubiésemos distanciado.

Era lo maravilloso de la verdadera amistad. Era difícil que se perdiera...

“Salvo si me empeño en follarme a su hermano”.

Probablemente si Laura llegaba a conocer la historia se llevaría las manos a la cabeza antes de que una de ellas la llevara directo a mi rostro para estamparme una sonora bofetada. Era algo que me atormentaba bastante más que el hecho de que se enteraran mis padres. Imagino que a Víctor le pasaba exactamente lo contrario. Temía mucho más lo que pensarán nuestros cuatro progenitores que lo que opinara su hermana pequeña de las mujeres que acababan en su cama —o contra la pared de su

cuarto—.

Me ruboricé recordando la escena... Menos mal que la cabeza de Laura impidió que el resto de los invitados pudiera verlo antes de que fuera capaz de controlar el rubor. De todos modos Víctor estaba entretenido siendo agasajado por mis padres, y él hacía los honores de presentar a Oziel para que no se fuera a meter un completo extraño en nuestra casa.

Demasiada atención les estaba prestando...

— ¡Tienes muchas cosas que contarme!

Y era verdad, pero no pensaba responderle que me iba a guardar las verdaderamente interesantes.

Por fin Laura me liberó y pude saludar a sus padres. Emma y Raúl se conservaban muchísimo mejor de lo que lo hacían los míos, pero entendía que ellos no pasaban jornadas maratónicas en el negocio familiar. Aquello de hacer turnos de casi veinte horas seguidas para sacar a flote un negocio había hecho que al mirarlos a los cuatro reunidos pensara que pertenecían a generaciones diferentes.

— Ya eres toda una mujer,

Bea. Los chicos tienen que estar haciendo cola para salir contigo —comentó la madre de Laura, apartándome un mechón de pelo del rostro y levantándome la barbilla, para descubrir que me había dejado una mancha de carmín en la mejilla. Con toda la naturalidad del mundo se mojó un dedo en saliva y me restregó la mancha, disimulando con ello el rubor que probablemente aún daba color a mi cara.

— ¡Dioses, espero que no! — exclamó mi madre—. Con uno en la puerta ya es suficiente.

Los adolescentes marcando territorio en las puertas tienen que ir dejando su aroma restregándose contra las esquinas, y no tengo tiempo para ir fregando suelos.

Ambas rieron, pero a mí se me fue la cabeza a la imagen de Víctor marcando mis braguitas cada vez que se masturbaba.

Todas...

— ¿Ya tienes novio, Bea? — preguntó Raúl, dándome un fuerte achuchón.

— Estoy en ello —respondí, sin tener muy claro si era buena

idea seguir con aquel juego. Había aprendido por las malas que tenía tendencia a salir escaldada cuando pretendía ponerme a la misma altura que Víctor. Tenerlo tan cerca hacía que me comportara de forma temeraria, y eso no iba a hacer el almuerzo nada fácil.

Por fin llegué hasta el arquitecto, que esperaba a un lado de la mesa escoltado por Oziel. Dudé entre saludar a uno u otro primero, pero el corazón le ganó el pulso a la razón y me vi siendo mucho más efusiva de lo que pretendía al abrazarlo.

Me encantó volver a estar con mi cuerpo en estrecho contacto con el suyo.

Sentí su respiración agitarse un momento antes de que, prudentemente, él me apartara de su abrazo para darme dos suaves besos en las mejillas.

También pude notar que empezaba a aflorar una deliciosa erección en sus pantalones.

— Creo que ya te felicité esta mañana —le dije, recomponiendo mi imagen de chica dura que acababa de perder al derretirme entre sus

brazos.

— Creo recordar que sí —
comentó, desenfadado—. Lo
que no recuerdo es que me
hayas comentado que andabas
buscando novio...

Sabía que era muy peligroso
seguirle el juego. Le brillaban los
ojos de forma maliciosa, y la
sonrisa torcida que adornaba su
atractivo rostro no me quitó la idea
de que me estaba metiendo en un
terreno del que no iba a saber salir.

Pero caí.

Me obligó mi orgullo, porque yo
antes de saber que tenía orgullo no

me comportaba de forma tan estúpida.

— Serás el primero en enterarte cuando lo formalicemos.

¿Y qué hizo Víctor? Darme dos golpecitos en lo alto de la cabeza, como si le diera la razón a una niña pequeña para que no cogiera una perreta.

Mi enfurecimiento llegó a límites insospechados hasta el momento.

Me volví hacia Oziel para saludarlo como era debido, con toda la pompa que pude demostrar sin que mis padres comprendieran

que meter a aquel hombre en casa iba a ser lo segundo más peligroso que habían hecho en la vida...

... Porque lo más peligroso había sido dejar a Víctor cuidando de mí.

— Gracias otra vez por el regalo, por cierto.

El abrazo de Oziel fue lascivo sin serlo, y eso sólo podía conseguirlo alguien que estaba muy acostumbrado a seducir delante de todo el mundo sin que nadie reparara en que lo hacía. No sé si fue su forma de cogirme de la mano para atraerme hasta él y darme los dos besos —con gruñidos incluidos

cerca de las dos orejas— pero consiguió por un momento que olvidara lo enfadada que me sentía con Víctor.

— ¿Qué le has regalado a ese vejestorio? —preguntó, terminando su excelente actuación apartando la silla que estaba justo a su lado para que me sentara entre él y Laura.

Y yo, que en vez de mantener la boca cerrada parecía estar dispuesta a cavar mi propia tumba a golpe de movimiento de lengua, ocupé mi asiento mientras Laura también se sentaba y le contesté

tratando de que la voz le llegara sólo a Víctor y a él.

— En verdad se ha autorregalado todas mis braguitas...

Octava parte.

Dos pollas alfa

El orden de nuestro lado de la mesa era Víctor en una esquina, Oziel, yo y Laura en el otro extremo.

Pero todo cambió cuando mi madre se sintió muy lejos de Emma, teniendo que hablar a gritos para hacerse oír entre el ruido de los comensales que pasaban el almuerzo con nosotros en el restaurante, y ayudó que mi padre

quisiera probar de la comida que devoraba Raúl.

Acabamos Laura y yo frente a Víctor y Oziel, respectivamente.

— ¡Confiesa! —me instó Laura en susurros, mirando a los dos hombres que conversaban despreocupadamente delante de nosotras.

Ya la había liado. No había sido capaz de guardar el secreto ni cinco minutos delante de mi amiga. En nada llegaría la bofetada, los gritos de mi padre y los llantos de mi madre.

Por parte de los padres de Víctor no tenía aún muy clara la reacción.

— ¿Qué quieres que confiese? —le pregunté, también susurrando.

Jugar al despiste tampoco se me daba demasiado bien, lo reconozco.

— ¡A ti te gusta Oziel!

Algo dentro de mí suspiró con gran alivio mientras que la miraba a los ojos para que pudiera ver en ellos que se estaba equivocando de pleno. Aunque era obvio que Oziel no podía desagradar a ninguna mujer que tuviera dos dedos de frente preferí no confesar nada a

Laura, al menos de momento.

— Es demasiado mayor para que pueda interesarme.

“¿A quién voy a engañar con esa tontería de respuesta?”

— ¡Venga ya! Si yo lo hubiera visto antes no le habría dejado que se ofreciera a dejarnos sitio en su dormitorio para mudarse a tu casa. ¡Todo cuadra! Y a él le tienes que gustar también. Parecía muy dispuesto a meter un par de cosas en una maleta para mudarse.

De pronto entendí el enfado de

Víctor, su desconfianza hacia las palabras con las que le mentí estando en el parque. Víctor ya sabía que Oziel se iba a mudar a su antiguo cuarto y que se hubiera ofrecido con tantas ansias le habría resultado enormemente sospechoso. ¡Normal que pensara que me estaba viendo con él aquella semana! Si yo no había aparecido por casa en todas las noches en las que él había ido a buscarme para cenar —o para lo que nos hubiera cuadrado hacer en una casa vacía donde había tantas camas y paredes disponibles — era normal que pensara que me lo estaba montando con su amigo si

él tampoco había aparecido por el piso que compartían.

Miré a Víctor. Charlaba amigablemente con Oziel aunque no estaba segura de que por dentro no se quisieran matar el uno al otro. Oziel lo había fulminado con la mirada cuando le dije lo del robo de mi cajón de lencería. No estaba para nada al tanto de si Víctor le había comentado lo de nuestro encuentro en su dormitorio, o si entre ambos existían muchos secretos que yo había puesto sobre la mesa. De lo que sí estaba convencida era de que desde que se habían sentado delante de nosotras

los dos me dirigían de vez en cuando miradas muy disimuladas, aunque no estaban hablando de mí. Por un par de palabras que pude rescatar mientras intentaba centrar mi atención en los susurros de Laura llegué a la conclusión de que hablaban de deportes.

— ¿Me vas a decir de verdad que no te has imaginado nunca liada con él?

La insistencia de mi amiga por fin logró que reconociera lo evidente.

— Sí... Lleva entrando en casa unos cuantos años. Es difícil no fijarse en ese hombre

—mentí, sabiendo que era lo que Laura esperaba. En verdad sólo me había fijado en Oziel como hombre tras recibir aquel puñetazo de parte de Víctor, cuando me expuse desnuda a los ojos de sus amigos. Antes sólo era uno de los chicos que entraban en el dormitorio de al lado y se ponían a molestar mis ratos de estudio con sus charlas despreocupadas—. Incluso Víctor favoreció una noche que nos conociéramos un poco mejor...

A Laura le brillaron los ojillos como si fuera ella la que hubiera

tenido una cita con Oziel. Si no hubiera sido tan descarado estaba convencida de que se habría puesto a dar palmas de la emoción. Creo que mi amiga empezaba a sospechar que yo era lesbiana porque nunca le hablaba de chicos. Aquello tenía que ser toda una novedad para ella.

— ¡Lo sabía! — Envidié esa capacidad de mi amiga de susurrar como si gritara. Muchas noches, mientras tenía un orgasmo masturbándome, me daba cuenta de que Víctor estaba en la otra habitación y me moría de vergüenza

pensando que me había escuchado. Ahora, tras su mudanza, ya no tenía ese problema, y lo cierto era que me apetecía poder tentarlo haciendo que me oyera y le entraran ganas de acompañarme en la cama. Habían cambiado tantas cosas...— ¡Y qué bueno que Víctor os haya hecho de casamentero! No me pega para nada. ¿Y cómo fue? ¿Os enrollasteis?

Un par de meses antes yo habría dicho exactamente lo mismo de Víctor. Se había propuesto apartarme de la vista de todos sus

amigos y conocidos, y lo había logrado muy bien hasta que yo decidí ponerme justo en su campo de visión. Probablemente nunca me habría aconsejado que me fijara en un hombre de su edad si no llega a ser para evitar que me obsesionara con él...

Pero eso nunca lo sabría.

— No, no llegamos a eso. Al final sólo tonteamos un rato. Volví a casa con Víctor. Fue hace un par de semanas. Creo que a Oziel tampoco le intereso tanto. Sólo me seguía el juego...

Pero había sido un juego de lo más

interesante.

Tal vez lo veía de esa forma porque había deseado seguirle la corriente a Víctor. También había contribuido que mis compañeras de clase estuvieran dejando un rastro de babas detrás del culo que se marcaba en los pantalones vaqueros de Oziel. Por una vez era yo la que iba del brazo de alguien mientras otros miraban y esa sensación me había hecho sentir poderosa. Víctor escondía lo que había pasado entre nosotros.

También podía ser que el abogado se había esforzado bastante en

hacerme pasar una noche muy intensa. Los motivos, sospechaba, nunca los conocería, pero dudaba de que de la noche a la mañana yo le hubiera resultado interesante al amigo del hermano de mi amiga.

¡Qué culebrón!

Faltaban las señoras con el café en la mesa, al mediodía, haciendo sus apuestas a ver quién me llevaba a la cama antes.

“Yo creo que esa furcia se va a liar con el sinvergüenza ese de la nariz rota”.

“Yo creo que el tontaina del arquitecto va a llorar mucho

cuando se dé cuenta de que ha perdido a la muchacha”.

“Yo creo que la jovencita los va a perder a los dos de tanto dudar entre uno y otro”.

“¿Quién me dice la telenovela que estamos viendo? En mi televisor no se sintoniza ese canal”.

Patético...

Laura chascó los dedos delante de mi cara cuando vio que mi mente se había ido de viaje a ese salón con las señoras viendo la tele.

— ¿Y qué vas a hacer estos días que va a estar en tu casa viviendo?

Me dio dolor de estómago la pregunta.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Me había enterado esa misma mañana de que tendría a un nuevo invitado en casa. Estaba sentada delante de dos hombres que jugaban con mis sentimientos, y yo andaba sin bragas en un cumpleaños del que no me había acordado. ¿Podían complicarse más las cosas?

Decidí hacerle un poco de caso a la comida que tenía delante pero se había enfriado mientras Laura me sonsacaba información. Era una

verdadera pena porque el arroz meloso estaba muy bueno y sospechaba que esa noche iba a tener que comerme lo que preparara mi madre en casa sí o sí. Mis padres disponían de la noche libre y si no había entendido mal Oziel ya tenía un bolso de viaje en el coche para trasladarse a su nueva y temporal habitación en cuanto termináramos de comer tarta.

Y a mi madre no le iba a hacer mucha gracia que me quedara a solas con el abogado e intentaría por todos los medios permanecer más tiempo en casa.

Empezando por esa noche.

— No creo que pueda hacer mucho.

Laura se retorció las manos como si estuviera maquinando algo. Yo rogué para que no se metiera en aquel asunto, pero no me atreví a decirle nada. Me sentí una marioneta danzando al son que marcaban los dedos de Víctor, Oziel y Laura. Y tenía muy presente la frase de Oziel en aquella no—cita que habíamos tenido.

“Sólo cuando yo quiera...”

Novena parte.

La polla que sopló las velas

El piso de soltero era una casa amueblada de dos dormitorios a varias manzanas de la nuestra. Tenía los muebles justos para una pareja de hombres que pasaban la mayor parte del tiempo viviendo fuera y que apenas si pasaban por allí para dormir. Imaginé que la cocina no se había usado nunca por

lo limpia que estaba, y aunque pude cotillear un poco en la nevera al ir a buscar unas cuantas latas de refrescos mientras mi madre llevaba la enorme tarta a la mesa del salón ésta no me descubrió gran cosa.

Salvo que Víctor conservaba los mismos hábitos de cena que había practicado conmigo...

Canciones antes de soplar las velas. Trozos de tarta enormes para terminar de completar un copioso almuerzo que al final me había terminado frío y sin ganas. Apertura de regalos mientras Víctor iba

poniendo cara de sorpresa y de agradecimiento ante cada trozo de papel que dejaba al descubierto una prenda de ropa o algún exceso electrónico de sus padres. Café en el sofá mientras se contaban anécdotas de los últimos años.

Lo primero que había hecho Víctor al llegar a su piso fue enseñarlo, ya que su madre casi lo arrastró para que no se dejara nada en el tintero. Esperaba encontrar una cama de matrimonio en su cuarto y, efectivamente, descubrí con anhelo que el colchón era incluso más grande que el de mis padres. Las dos habitaciones contaban con baño

propio y una zona amplia de vestidor. Era como si hubieran reformado totalmente el piso para que dos parejas independientes pudieran compartirlo para repartir gastos. El salón era más bien pequeño, con una apertura en forma de pasaplatos a la cocina, también pequeña. Aunque tenían de todo la casa se veía más bien vacía, probablemente porque todos los muebles eran blancos y las paredes estaban pintadas del mismo color.

No sabía que había televisores blancos...

Me sentía nerviosa en aquella casa.

No podía evitarlo.

Tras haber visto la cama de Víctor ni podía dejar de pensar en la de cosas que me apetecía hacer en ella, ni de preguntarme en la de chicas que habrían pasado por allí aquellas últimas semanas. El piso olía a sexo estando limpio. Destilaba sexo aunque no hubiera nada a la vista que hiciera pensar en él.

O tal vez era yo la que no dejaba de pensar en quedarme allí a solas...

“¿Con quién?”

Había sentido exactamente el mismo estremecimiento al tener

delante la cama de Oziel. La madre de Víctor no se privó de recorrer todas las habitaciones, baños incluidos, y eso hizo que pudiera tener la libertad de fisgonear en el dormitorio del abogado. Estaba igual de limpio que el resto de la casa, tal vez porque ya sabían con antelación que la familia venía a ocupar el lugar y se habían esmerado en no dejar nada fuera de su sitio. Imaginé un cuarto trastero lleno de cosas completamente inapropiadas, de esos a los que abres la puerta y se desparramaba el contenido como un alud de nieve. Veía demasiada televisión.

Fui la última en abandonar la alcoba de Oziel. Cuando cruzaba la puerta siguiendo la comitiva que recorría la casa me lo encontré en el pasillo, de brazos cruzados, apoyado sobre la pared, observándome con una mirada del todo inapropiada cómo salía de su territorio.

Me sentí presa sin poder evitarlo.

Y me petrifiqué allí, bajo su mirada.

Por suerte, y tras unos interminables segundos, se movió en dirección al salón. Y allí me quedé, en plan estatua, parada bajo

el dintel de la puerta de un hombre que iba a compartir cuarto de baño, cocina, y probablemente algo más si en verdad se lo llegaba a proponer.

Estaba temblando sin remedio ante la perspectiva.

Y en ese momento apareció en el pasillo Víctor, encontrándome a solas en el dormitorio de su amigo, con la cara más roja que había tenido nunca.

O al menos la cara más roja que me había provocado otro hombre que no fuera él.

Se precipitó contra mí,

arrastrándome con todo su cuerpo hasta el baño de la alcoba de Oziel, casi llevándome en brazos para que no cayera al caminar hacia atrás. Cerró la puerta nada más pasarla y me empotró contra la pared en la que reposaba la mampara de la ducha.

— Laura quiere que te ayude con Oziel —me dijo, con fuego en los ojos—. Me ha pedido que le diga que si hace algún intento estas noches en las que estaréis a solas en casa vas a recibirlo en tu cama de buen grado.

Se me desencajó la mandíbula mientras lo escuchaba escupir las palabras. Víctor ardía de rabia, celos y más sentimientos encontrados que no podía identificar de lo acalorada que estaba. Su cuerpo apresando el mío no dejaba pasar demasiada sangre en dirección al cerebro.

Toda se había ido a parar exactamente donde estaba también la de él.

Nuestras entrepiernas estaban en tan íntimo contacto que no pude dejar de sentir cómo volvía a enervarse su polla.

— Yo no le he pedido que haga nada. Tu hermana quiere liarme con Oziel, igual que tú —susurré, aparentando estar más sorprendida de lo que en verdad estaba. Sabía que Laura maquinaba algo pero nunca me imaginé que tendría la caradura de pedirle a Víctor que intercediera por mí delante de su amigo—. Va ser hereditario desear que yo me acabe acostando con ese hombre.

Gruñó, llevando las manos debajo de mi falda, comprobando que en verdad no llevaba ropa interior. Cerró los ojos al no encontrar la

tela que pudiera poner resistencia entre lo que escondía sus pantalones vaqueros y mi humedad. Se mordió el labio inferior y retiró las manos, enmarcando con ellas mi rostro enrojecido.

— Júrame que no deseas a Oziel...

¿Podía acaso jurar eso sin que se notara que era mentira? Por supuesto que había deseado a Oziel, pero lo hacía precisamente porque aquel capullo que tenía delante me lo estaba metiendo por los ojos para librarse de mí, y eso no me gustaba nada. Cada vez que

pensaba en lo que se proponían todos me daba cuenta de lo tonta que era al dejarme manipular. Víctor quería que me dejara llevar por Oziel; Laura quería que me enrollara con Oziel; y no sabía lo que Oziel quería...

Tampoco estaba claro lo que yo quería, en verdad.

— Te deseo a ti...

“Eso no era mentirle... Era no contestarle”.

Escuché las palabras junto con Víctor, justo antes de que su boca chocara con la mía, arrebatándome el sentido. Podía entrar en

cualquier momento alguien en el baño y nos encontrarían a ambos entrelazados, con las manos buscando carne, y los labios buscando la saliva del otro.

Y no me importaba...

— ¿Qué voy a hacer contigo?

Décima parte.

La nueva polla

La vuelta a casa fue silenciosa, aunque creo que mis padres sí hablaban entre ellos. Yo iba retorciéndome las manos en el asiento de atrás del coche, con el corazón aún acelerado por el encuentro con Víctor en el baño.

Mi cabeza daba mil vueltas, pero lo que peor llevaba era lo acelerado que se había puesto mi corazón

desde el instante en el que me arrastró por la puerta.

Y seguía acelerada.

— Estoy perdiendo la cabeza. Hasta hace nada te veía como a una hermana...

— No soy tu hermana, Víctor. Esa es Laura, y está ahí fuera. Yo sólo soy una amiga de tu hermana que era demasiado joven para que te fijaras en ella.

Las palabras se retorcían entre nuestras lenguas, salían por los recovecos que dejaban nuestros descuidados labios y apenas si

llegaban al cerebro para poder entenderlas. Estábamos poseídos por la necesidad del otro y si hablábamos era para buscar excusas, o para encontrar explicaciones a lo que sentíamos.

— Tus padres van a matarme...

— Para eso tienen que enterarse...

Pero si éramos sinceros, aquel debía de ser el peor momento para dar rienda suelta a nuestra insatisfacción. El cuerpo dolía, cierto, pero tanto los padres de Víctor como los míos estaban a un

par de metros de distancia, junto con Laura y Oziel. Y precisamente Oziel sí tenía que saber dónde estábamos escondidos, y tal vez empezara a imaginarse lo que pasaba entre ambos.

Era, sin duda, el peor momento para el desenfreno si lo que queríamos era que no se enterara ninguna de las familias de lo nuestro.

¿Qué coño era lo nuestro?

No podíamos... pero lo deseábamos demasiado.

Hasta que Víctor se comportó como el más maduro de los dos y apartó

las manos de mis nalgas y sus dientes dejaron de mordirme el cuello. Miró a una distancia de apenas un palmo, resoplando, y me dio un último y apasionado beso en los labios.

— Esto tenemos que resolverlo...

Y yo, que en ese momento no tenía la cabeza para resolver ni una suma elemental de primaria, me estremecí al ver que se alejaba y abría la puerta para salir del baño. Y allí me quedé, haciendo tiempo para no salir detrás de él y que nos descubrieran juntos. Cuando fui

capaz de moverme me acerqué al espejo y me miré en él. Nada, que no era buen momento para salir al salón con aquellas pintas. Refresqué las manos con agua e intenté bajar el color rojo de las mejillas pero nada pude hacer con el hinchazón que se había instalado en mis labios por el trato que les habían dado los de Víctor.

Un par de minutos más tarde estuve lo suficientemente serena como para abrir la puerta del baño.

Y allí me encontré de bruces con Oziel.

— Sabes que hay un baño de

invitados en la entrada, ¿verdad? —me comentó, con algo en la mirada que no supe identificar bien. Le brillaban como la noche en la que me había ofrecido mi primer Gin Tonic, pero había algo más en ellos y quise pensar que no era malicia.

— Supongo que el tuyo me gustó más...

“¿Cómo he podido decirle eso?”

— ¿Y has curioseado lo suficiente ahí dentro?

Tuve que morderme la lengua... pero no supe hacerlo. Otra vez mi

gran boca iba a meterme en un buen lío. No estaba segura de por qué me resultaba tan fácil meter la pata con los hombres —con aquellos dos hombres— últimamente, pero supongo que las hormonas me estaban jugando una muy mala pasada.

El hecho de estar completamente excitada —y aparentarlo— no ayudaba nada tampoco.

— No he encontrado lo que buscaba.

Estaba terminando de pronunciar la última palabra cuando su rostro se transformó, y nuevamente fui

arrastrada hasta la misma pared, de casi la misma forma, pero con unas manos nuevas que nunca se habían atrevido a tocarme.

— Ahora... Quiero que caigas ahora...

Creo que la puerta también la cerró al entrar pero apenas si pude enterarme porque la imagen del Oziel dominante y excitado que tenía delante ocupó todos mis sentidos. Estaba tan nerviosa que no me di cuenta de que temblaba entre sus manos, anhelando que alguien me diera consuelo. Cerré los ojos porque aunque sentía que

también me gustaba horrores Oziel sabía que estaba traicionando de alguna forma a Víctor y era más fácil imaginar que iban a ser nuevamente sus labios los que se posaran sobre los míos buscando respuesta.

Los dos me hacían sentir tanto...

O yo necesitaba empezar a sentir, y me daba un poco igual quién fuera el que me lo provocara.

“¡Mentira! Me importa...”

Me obligué a abrir los ojos nuevamente, a mirar cómo llameaban los de Oziel a escasos diez centímetros de mi rostro, a

darme cuenta de que en verdad me gustaba lo que estaba pasando.

“También me gusta...”

Las manos del abogado descendieron con una dolorosa lentitud hasta el inicio de mis nalgas y sus labios se curvaron en una irresistible y seductora sonrisa.

— Sabía que no te resistirías...

Dolió ser un libro abierto para aquellos dos hombres. Dolió que se me pasara por la cabeza que era un juego que tenían entre ambos y en el que simplemente me utilizaban para molestarse el uno al otro. Dolió

darme cuenta de que no tenía las cosas nada claras.

Dolió saber que Oziel era la opción más fácil...

Y mientras dolía volví a estremecerme cuando el segundo hombre de la noche se apartó de mí, dio media vuelta y se alejó dando tres grandes zancadas. Nuevamente me quedé en el baño, con la mirada fija en la puerta cerrada, estremeciéndome de excitación no satisfecha.

Y allí estaba ahora, en la parte de atrás del coche de mis padres, con la entrepierna mojada, sabiendo

que Oziel nos seguía en su coche
rumbo a nuestra casa.

Sabiendo que él había querido que
cayera...

... Y sabiendo que yo había caído.

Undécima parte.

La polla que de pronto se instaló en casa

El viaje en ascensor fue el más tenso que había hecho en mi vida.

Mi padre aparcó el coche en el garaje y esperamos en el portal hasta que Oziel encontró dónde dejar estacionado el suyo en la calle. A mi madre no pareció gustarle lo de estar los cuatro apretados en un lugar tan pequeño,

y menos que mi padre le entregara en ese momento las llaves de nuestra casa.

— Nosotros estamos todo el día fuera. Sólo descansamos los domingos. Y Bea empieza otra vez las clases en la facultad, así que puede que tengas problemas a la hora de entrar si no usas estas—. Y estas eran las llaves que Víctor le había devuelto a mi padre tras irse de casa.

No había caído en la cuenta de que el hermano de Laura había seguido entrando en casa después de haber

devuelto las llaves. ¡Había hecho copias sin que mis padres lo supieran! Me imaginé a Víctor entrando en el portal a hurtadillas, llegando al garaje para vigilar si estaba o no el coche de mi padre aparcado, para luego subir y abrir él mismo la puerta de casa con unas llaves que se suponía que no tenía.

Al menos, durante el verano, siempre me había mandado un mensaje al móvil para avisarme de que se iba a acercarse a acompañarme en la cena...

Y había llamado al telefonillo.

¡El muy capullo había estado

intentando descubrir si me llevaba a Oziel a casa!

Me encendí como una llama, presa entre las emociones de odiarlo y reconocer que estaba complacida por sus sentimientos de celos. Mi padre, al verme enrojecer de pronto, me miró con una pregunta en la cara.

— ¿Sin ganas de volver a las clases, pequeña?

Asentí porque era cierto, y porque era la salida más digna que podía tener dadas las circunstancias. Quedaba bastante mal que confesara mis verdaderas

emociones, o que simplemente se pudieran imaginar que me había puesto roja como un tomate al volver a ver las llaves de Víctor.

— Si quieres puedo llevarte a clase antes de ir a trabajar por las mañanas. Tengo un horario bastante flexible en el bufete.

Era el ofrecimiento más cruel que me podía hacer nadie dadas las circunstancias. Pude ver la malicia reflejada en sus ojos, sabiendo que me estaba poniendo entre la espada y la pared delante de mis padres. Hasta el curso anterior había sido

Víctor el que había asumido el rol de llevarme a la facultad, y aunque cada vez lo fue haciendo menos — probablemente porque ya no me consideraba poco válida para llegar por mis propios medios a la universidad— tenía demasiado presente la intimidad que se podía generar en el coche.

No había ningún motivo por el cual pudiera rechazar el ofrecimiento de Oziel...

Y lo más importante era que en verdad me apetecía aceptarlo.

Volví a asentir, sabiendo que seguía exponiéndome a que me

comiera el lobo. Era la típica tontería que si leías en un libro te reías, llamando estúpida a la protagonista de la historia. Miles de veces había visto una película en la que acababa diciendo en voz alta, con un bol lleno hasta arriba de palomitas “es que te lo estás buscando, monada” y de pronto me vi siendo esa monada, tentando a la suerte...

Y me gustó horrores.

Empezaba a entender por qué gustaban tanto esas películas a las mujeres adultas. Les hacía recordar lo inestables y alocadas que se

habían sentido en la juventud, justo como me sentía yo en ese momento. Peligrosamente me balanceaba en la cuerda floja, sin saber si caería hacia la izquierda o hacia la derecha.

A la izquierda tenía los brazos extendidos Víctor, preparado para atraerme hacia el pecho protector que tantos abrazos me había dado.

Y a la derecha estaba Oziel, con los brazos cruzados sobre el pecho, deseando hacer chascar los dedos para que me precipitara hacia su lado...

Para que cayera...

Estaba segura de que Oziel no podía ser mal tipo, básicamente porque Víctor me había sugerido que podía estar bien que acabara liada con él. El hecho de que el abogado simplemente quisiera sexo no tenía que ser malo. ¿Quién a su edad y con su físico no estaba acostumbrado a conseguir a las mujeres que quisiera? Simplemente me veía como una conquista más, tal vez incluso bastante apetecible por el morbo que parecía que podía darle después de que Víctor le hubiera prohibido que me mirara. Si Oziel sospechaba lo que había entre él y yo puede que incluso le

interesara saber qué era lo que mantenía a Víctor centrado en una chica a la que le sacaba diez años.

Yo tampoco lo sabía...

Era más, no entendía nada. Ni por qué ellos sentían de pronto atracción por mí ni por qué la sentía yo por ellos. Y era desquiciante.

A mi madre se le erizó la piel de los brazos cuando respondí afirmativamente al ofrecimiento de nuestro nuevo compañero de casa. Me dio mucha pena pensar que se estaba sintiendo mal por ver crecer a su hija estando ella lejos tantas

horas, perdiéndose los momentos en los que tal vez la necesitaba. Imagino que mi madre no podía imaginarse que a mí sus ausencias, precisamente entonces, no me estaban molestando demasiado.

Oziel sonrió de forma correcta, y tras hacer un gesto de asentimiento a mi padre para que confiara en que iba a ser prudente a la hora de llevarme de un lado a otro en el coche, el ascensor nos dejó en nuestra planta y entramos en casa.

La cena fue tranquila, sin las tiranteces que pensaba que aflorarían entre mi madre y Oziel.

El abogado ingirió estoicamente la comida que mi madre tenía guardada en la nevera y que simplemente tuvo que calentar en el microondas. Era una mezcla de trozos de carne, un poco de verdura bastante deshecha e irreconocible, y algo que mantenía unido todo el mejunje y que podría haber servido para levantar muros en cualquier castillo del medievo.

— Tiene un sabor muy interesante, Ana—. Oziel tragó un largo sorbo de agua de su copa, imagino que para hacer bajar la comida con más facilidad y no atragantarse con

ella.

— Gracias. Era una receta de mi madre. A ella le encantaba cocinar. Yo no soy tan buena.

“Si la abuela levantara la cabeza...”

Por más que fue agradable y ameno con la conversación, Oziel no logró ganarse a mi madre. Mi padre, en cambio, sí que parecía complacido por tenerlo en casa. Al final, cuando todos nos fuimos a dormir, me sorprendió que mi madre entrara en mi dormitorio y me encontrara poniéndome el pijama al lado de la cama.

— Sé que ya no eres ninguna niña, Bea —comenzó mi madre, disculpándose por la irrupción cuando estaba medio desnuda—. Pero imagino que, aunque no me lo cuentes y yo no te lo pregunte, ya sales con algunos chicos.

La cara se me descompuso. Era el peor momento en el que mi madre podía darme una charla sobre las relaciones con el sexo contrario. Tragué saliva y mantuve el tipo todo lo que pude, pensando que ya era tarde para tirarme a la cama y hacerme la dormida.

“O la muerta...”

— Sólo quería decirte que espero que tengas cabeza. Yo a tu edad no la tenía tan bien amueblada como tú.

Saber que mis problemas hormonales podían ser hereditarios me hizo sentir sólo un poco mejor a aquellas alturas. Que al final yo supiera fingir mejor que mi madre, o que mi madre me mirara poco para descubrir cómo me sentía desde que había empezado a madurar, también era algo de lo que me podía sentir un poco orgullosa.

— Oziel juega en otra liga...

Odiaba los símiles sobre deportes. Seguí callada, terminando de vestirme, usando uno de mis nuevos pijamas que en nada se parecían a los infantiles que mi madre tanto echaba ahora de menos.

— Es mucho mayor que tú...

Nuevamente silencio. ¿Qué podía contestarle? ¿Qué ya lo sabía? ¿Qué aún así no podía controlarlo? ¿Qué en verdad por el que tenía que preocuparse era por el que sí se había ganado su confianza?

— Buenas noches, mamá. No te preocupes...

Duodécima parte.

Otra noche en vela... por una polla

Vale. Los días que me habían mortificado más hasta ese momento eran los viernes. Pero el despertador me había transportado a un lunes casi sin haber podido descansar la noche del domingo.

Y había sido una noche muy larga.

No había sentido a Oziel moverse en su cama, y eso que había tratado

de prestar toda la atención del mundo. Era cierto que la puerta había permanecido cerrada a cal y canto para tranquilizar a mi madre, pero la cama de Víctor, esa que ahora ocupaba el abogado, estaba pegada justo a la pared que compartía con mi alcoba, y normalmente sentía a la persona que descansaba en ella. Y, si me llegan a preguntar, habría dicho que en esa habitación no había dormido nadie.

Y, encima, Víctor me había mandado un mensaje al móvil cuando ya estaba metida en la cama, para terminar de desvelarme.

“¿Cómo solucionamos esto?”

Me reí de las veces que me había dicho a mí misma que yo no sabía qué hacer por mi falta de experiencia. Quise contestarle que tal vez sería buena idea hacer desaparecer la tensión sexual que había entre nosotros para poder pensar con madurez, ya que quedaba perfectamente claro que el hecho de desearnos como nos deseábamos no nos dejaba hacerlo. Pero no me atreví a decir esta boca es mía, más que nada temiendo que Víctor me volviera a rechazar.

“No tengo ni idea...”

Las veces que no usábamos el whatsapp como medio para comunicarnos me resultaban mucho más angustiosas, ya que no saber si los leía o si iba a responderme o no, si estaba conectado, o si dormía sin esperar respuesta.

“¿Me haces un favor? No caigas esta noche...”

¿Cómo sabía Víctor que esa era la frase que me decía Oziel?

— Porque Oziel se la dice a todas...— dije en voz alta.

“Tonto”.

Era el momento perfecto para decirle otra vez que lo deseaba a

él... pero preferí no escribirlo aun muriéndome de ganas por hacerlo. Un “buenas noches” de su parte y una respuesta igual por la mía zanjó aquella conversación tan corta. De nada valía que Víctor me dijera a aquellas alturas que necesitaba tiempo para poder pensar en lo que estaba pasando...

Eso ya lo sabía.

Y que me deseaba, y que yo lo deseaba a él, y que si fuera fácil se mudaría de ciudad para no tener la tentación de poder ir a verme cada vez que se le levantara la polla.

Nadie dijo que fuera a ser fácil.

Me levanté a la misma hora de siempre, con unas ojeras que probablemente sería incapaz de disimular por más maquillaje que me pusiera. Mis padres hacía ya dos horas que se habían marchado a la tienda, y lo cierto era que no tenía ni idea de los hábitos matutinos de Oziel, por lo que traté de escabullirme hasta el baño sin hacer demasiado ruido, por si lo despertaba.

Sólo le había confirmado la hora a la que tenía que presentarme aquella mañana en la facultad.

La ducha me sentó de miedo.

Necesitaba desentumecer los músculos tras la larga agonía de intentar permanecer inmóvil en la cama. Al igual que yo podía oír a Oziel imaginaba que él podía escucharme moverme a mí, y no me apetecía que supiera lo inquieta que estaba a aquellas horas. Me había llevado la ropa al baño para no tener que salir envuelta en la toalla. Me había llevado incluso los pocos útiles de maquillaje con los que me desenvolvía bien para arreglarme antes de ir a preparar el café. Por suerte no me tembló el pulso y no me saqué un ojo mientras me perfilaba las pestañas, ya que lo

hice todo tan a la carrera que bien podía haber tenido que llevar un parche el primer día de clase.

No quería tener esperando a Oziel por el baño.

Cuando abrí la puerta supe que ya estaba en la cocina. El olor a café me transportó a los días en los que era Víctor el que me esperaba con la taza en la mano, o cuando era yo la que se lo servía a él. Me di cuenta de lo mucho que había echado de menos ese olor en verano, ya que al final me había dado por prepararlo de los solubles, y para nada era lo mismo.

Y ese lunes necesitaba, al menos, tres cafés para ser persona.

Me preparé mentalmente para enfrentarme a Oziel en la cocina. Mirada penetrante, sonrisa cautivadora con olor a café en la lengua...

Para lo que no estaba preparada era para verlo vestido de traje de chaqueta, con el nudo de la corbata perfectamente hecho, y una immaculada camisa blanca adornada con gemelos en los ojales.

No era un joven abogado...

Era la personificación del demonio para tentarme.

Nunca lo había visto vestido de forma tan elegante.

Víctor se negó a usar corbata el día de su graduación, optando por una chaqueta muy elegante sobre una camisa a rayas. No era de los que cumplían con tantas formalidades a la hora de elegir atuendo y tampoco es que se usara demasiado lo de la corbata para salir a ligar por las noches. El hecho de que Oziel no se hubiera graduado en la misma facultad que Víctor me había privado de esa imagen que ahora tenía delante.

¿Qué coño tenía un hombre con

traje de chaqueta?

¿Desde cuándo a mí me gustaban los hombres con traje de chaqueta?

“No es la chaqueta... Es él”.

Y sí. Era él. Endiabladamente seductor y elegante para mí, que iba vestida de forma informal aunque sexy para ir a la facultad. Tenía ganas de morirme.

— Dime una cosa —me instó, extendiéndome una taza de café. Me pregunté si había tenido que abrir muchos cajones para encontrar todo lo necesario para preparar la cafetera. Cogí la taza con una

mano de mantequilla—.

¿Tienes bragas para usar hoy?

Perdí los nervios y no dejé caer la taza porque mi ángel de la guarda la aferró cuando a mí se me aflojaron los dedos.

— ¿Perdona?

— Dijiste que Víctor se había auto regalado todas tus braguitas. Me preguntaba si te quedaría alguna para usar hoy.

Roja como un tomate. No tenía que dar más explicaciones.

— Cuando vaya a buscarte a la salida de clase iremos al centro comercial. Tu madre ya

anda bastante angustiada por mi presencia aquí para que encima descubra que no hay bragas tuyas por ningún sitio.

¿Dónde estaba mi cerebro cuando lo necesitaba?

— Podría decir que me gusta retirarlas cuando levanto una falda pero en verdad me gusta más pedir que se las quiten.

Decimotercera parte.

La polla enfundada en un traje a medida

Ya que mi cerebro se había ido de viaje no me quedaba otra que aguantar el chaparrón como fuera.

Y en aquel momento el chaparrón estaba donde menos quería que estuviera...

Sí, entre mis piernas.

Me tomé el café tras llenar la taza hasta arriba de leche y echarle dos

terrones de azúcar. Oziel, mientras tanto, daba cuenta del suyo sin quitarme los ojos de encima, buscando intimidarme aún más de lo que ya lo hacía.

Y eso era imposible.

Ni los profesores de la facultad me causaban tanto desasosiego. Alguien había abierto mi cráneo, había tomado lo que había dentro, y en su lugar había dejado aún más hormonas para que se distribuyeran a voluntad mientras el joven abogado me miraba. Fue el café más largo que me había tomado en la vida, y me había tomado muchos

en presencia de Víctor cuando ya tenía muy presente lo que guardaba debajo de sus pantalones.

— ¿Quieres dejar de mirarme, por favor?

Oziel no se esperaba esa petición tan directa. Pareció ruborizarse un poco, siendo regañado como un niño grande. Suavizó el rostro y afloró un gesto que hacía tiempo no veía en él. Lo había usado muchas veces cuando me saludaba sin mirarme en el pasillo de nuestra casa los viernes por la tarde, cuando Víctor hacía de escudo entre sus amigos y yo. Simpatía.

— Empiezo a entender lo que ve Víctor en ti —comenzó. Terminado su café miró si teníamos lavavajillas para dejar la taza pero descubrió que en aquella casa las cosas se lavaban a mano—. Descarada y vulnerable. Uno no sabe si lo que le apetece es protegerte o comerte...

Enrojecimiento de rostro nivel rojo semáforo.

— Tranquila. Hoy voy a ser bueno. Actuaré como el perfecto caballero que lleva a la doncella a clases sin llegar a

despeinarla. No sé por qué pero me da la sensación de que esto debo disfrutarlo despacio.

Entre el silencio que le guardé a mi madre por la noche y el silencio que le estaba guardando por la mañana a Oziel podía haber pasado por muda. Respiré hondo, me armé de valor y sonreí, asegurándome de que iba a mantener esa sonrisa todo el trayecto hasta la facultad.

En el ascensor Oziel mantuvo las distancias, mirando al suelo, al reloj que parecía muy caro y a unos papeles que llevaba en un pequeño portafolios alternativamente. De

vez en cuando me miraba y sonreía, pero había borrado todo rastro de malicia por el momento. Me agradó mucho aquel cambio y en verdad lo agradecí aunque seguía intimidada.

El paseo hasta su coche duró cinco minutos. A esa hora la ciudad ya estaba sumida en su trajín diario y las cafeterías lucían llenas de gente clamando por un desayuno rápido. Cuando Oziel se detuvo ante un BMW negro y reluciente no pude creerlo.

— ¿Tu coche?

— Regalo de mis padres. Yo aún no gano tanto. Tengo una

familia... acomodada, digamos.

Mantuve silencio durante el tiempo en el que me abrió la puerta, la cerró detrás de mí, y luego introdujo su elegante cuerpo dentro del coche.

— Entonces, perfectamente podías haberte costeadado un hotel en estos días de visita de la familia de Víctor...

Oziel sonrió de forma deliciosamente perversa.

— Eso podía haberlo hecho sin ayuda de mis padres...

Volví a quedarme sin lengua durante medio trayecto, aunque

agradecí a mi cerebro su vuelta. Mientras Oziel llevó el coche por las calles fui asimilando que Oziel estaba disfrutando mucho del juego del gato y el ratón. Lo bueno era que apenas si había pensado en Víctor aquella mañana, aunque estaba segura de que en cuanto me quedara a solas conmigo misma en la clase no podría apartar a ninguno de mi mente.

— Dime una cosa —preguntó el abogado, girando a la derecha tras una señal de Stop—. ¿Has quedado con tus amigas de la otra noche en algún sitio?

— ¿Te interesa alguna en particular? —pregunté, sin pararme a pensar en lo que decía. De pronto una puntada de celos me había asaltado y no me hizo sentir nada cómoda.

— Baja esos humos, muchacha —respondió él, divertido ante mi conducta—. Tú ibas más borracha que yo la otra noche y probablemente no recuerdas que me dijiste que te gustaba cómo te miraban mientras estabas conmigo.

¿De verdad había llegado a decirle eso?

“Tierra, trágame”.

— No recuerdo haber dicho tal cosa.

— Eso es por culpa de los Gin Tonics. No te preocupes, guardaré tu secreto. Yo a tu edad también lo pasaba mal con mis compañeros de clase.

— No me lo creo...

Volvió a reír mientras giraba en otra calle.

— Vale, lo admito. Era yo el que se llevaba a las chicas de calle —respondió, mientras seguía riendo—. ¿Lo prefieres así?

— Menos lobos...

Me estaba divirtiéndome con él, exactamente igual que la mencionada noche de la borrachera. También Víctor me había comentado que llevaba demasiadas copas encima, y como era cierto que no sabía beber quería investigar un poco sobre las meteduras de pata que había tenido.

— ¿Prefieres un término medio?

— Prefiero que no te andes con rodeos...

Me giré en el asiento para mirarlo mientras conducía. Tenía un estilo

completamente diferente a Víctor, mucho más elegante y altivo. Sujetaba el volante como si disfrutara acariciando el cuero, con manos fuertes que no necesitaban apresarlo para hacer que se doblgara a su voluntad. No me miraba mientras hablaba, cosa que agradecí porque me intimidaba demasiado tenerlo de frente.

— Me pediste que te besara para que ellas lo vieran...

— Completamente borracha, sin duda alguna.

A esas alturas lo de estar encendida ya formaba parte de mi color de

piel habitual, y lo de sentir tanto calor iba a ayudarme a pasar mejor la gripe de ese año, así que me lo tomé con toda la serenidad de la que fui capaz.

Que no fue mucha.

— Me contaste un poco la historia de tus amigas. ¿Lo recuerdas?

— ¿Para qué mentirte? No recuerdo nada de eso...

“Por favor, que no le dijera nada sobre lo que sentían todas por Víctor”.

Detuvo el coche delante del parque que le había señalado como punto

de destino, frente a la entrada de la facultad. Era el lugar donde, efectivamente, me había citado con mis compañeras de clase aquella mañana. Y era el lugar donde, como no podía ser de otra manera, ya estaban reunidas casi todas.

Sin mediar palabra Oziel se bajó del coche y abrió mi puerta. Estaba como hipnotizada por sus buenas maneras y me dejé hacer sin decir nada. Pasó una mano por mi espalda para apartarme del coche y conducirme hasta la acera. Supongo que a esas alturas ya todas mis amigas nos estaban mirando pero yo iba observándolo a él, que

cortésmente se había propuesto hacer que mi primer día de clase fuera la mujer más envidiada del momento.

Ojalá Víctor hubiera actuado de esa forma alguna vez...

Traté de memorizar lo que me decía mientras mantenía la calma. Me esperaría justamente allí a la salida de la facultad. Me llevaría a almorzar a un sitio tranquilo, por lo que no quería que comiera nada en la cafetería, y luego iríamos a comprar algo de ropa interior... y él esperaría fuera de la tienda para no molestarme.

“¿Por qué iba a quedarse fuera si estaba temblando ante la posibilidad de que eligiera esas malditas prendas?”

De pronto tenía el día completamente organizado por él.

— Y ahora voy a besarte...

Decimocuarta parte.

Fantasías realizadas por una polla

¿Quién no podía desear exactamente esa experiencia? Un hombre atractivo y elegantemente vestido, conduciendo un cochazo de esos que a los dieciocho años sólo puedes ver pasar desde la ventanilla del autobús mientras te desplazas de un lado a otro, haciéndote sentir como la mujer

más interesante del planeta...

Cuando Oziel me dijo que iba a besarme no quise plantearme si era o no buena idea. De pronto sólo me apetecía sentir sus labios, el roce de sus dedos y su mirada intensa perderse en la mía.

Si era capaz de sostenerle la mirada cuando me besara...

Me dejé llevar porque llevaba años deseando un momento así, en plan película, donde de pronto los focos sólo iluminan a la pareja que está en el centro de la pista de baile y el resto son meros espectadores de la escena, que se quedan mirando

embobados.

Mis amigas tenían el radar puesto desde que habían visto detenerse el coche justo delante de ellas.

Eso también parecía de película, porque nunca se encontraba hueco en esa zona de la ciudad tan concurrida, y que llegara Oziel y aparcara justo donde estaban ellas parecía también de montaje cinematográfico.

Escenario perfecto, pues, para que pasara lo que llevaba años deseando: Que mis compañeras me envidiaran.

Me levantó el mentón para elevar mi cabeza, ya que medía varios

palmas más que yo. Suspiré al contacto de sus dedos y, como la vez anterior... cerré los ojos.

“No dobles la rodilla para levantar la pierna en plan estúpido, por favor. Un poco de dignidad”.

Pero dudo que cualquiera de ellas me estuviera mirando a mí. Los ojos tenían que estar clavados en el abogado, que tenía una mano en mi cintura y otra en mi barbilla. Cuando al final el beso se cernió sobre mi boca quedé desmadejada junto a su cuerpo, sin importarme quién me besaba.

Fue delicioso, aunque pensé que la sensación de tener el cuerpo poseído por miles de insectos voladores —no diré yo que eran mariposas, que podían ser libélulas de la velocidad a la que se movían — se debía más a la fantasía satisfecha que al hecho de que me estuviera besando Oziel.

Fue corto, sutil, elegante. Nada del beso pasional que me esperaba después del encuentro en su cuarto de baño. Fue precisamente como me había dicho que se iba a comportar, como un caballero seduciendo a una doncella.

Pero yo no tenía mucha pinta de doncella, y desde luego dudaba que se atreviera a ir alguna sin bragas a la facultad si llegaba el caso. Yo había perseguido, acosado y seducido a Víctor. Yo era la que le había mandado fotos de mi trasero sin ropa interior, y la que al ver su nueva cama en su piso compartido se había imaginado compartiéndola con él en mil posturas distintas.

No era virginal...

Era inexperta.

No me dio tiempo a sentirme decepcionada por lo escueto del beso. En cuanto volví a la realidad

Oziel me instó a abrir los ojos y a prestarle nuevamente atención. Le encantaba dominar e imponer su voluntad y me sentía tan intimidada a su lado que era fácil que siguiera haciendo de mí lo que quisiera.

— Va a ser divertido jugar a esto...

“Lo que quiere es jugar conmigo, no entablar un juego entre los dos”.

— Ve a saludar a tus amigas. Creo que te espera un día de muchos interrogatorios.

— ¿Por qué no vas tú y despejas sus dudas? Yo no sé

lo que es esto...

— Es sólo eso, un juego. ¿No te gusta jugar?

Tuve ganas de decirle que no, pero temí quedar como una miedosa ante la emoción de lo desconocido. Las mujeres con las que salían Víctor y sus amigos tenían que ser mucho más seguras de sí mismas de lo que yo estaba demostrando ser. No podía flaquear a esas alturas.

— No me gusta no saber a qué juego. Me gusta conocer las reglas.

Como bien había vaticinado el abogado mis amigas me tenía

preparada una tanda de preguntas absurdas que me saturaron los oídos. Fui contestando con monosílabos las quince últimas ya que estaba segura de que tampoco les interesaban mucho las respuestas.

Lo que más les inquietaba era saber dónde se encontraba el secreto para conseguir a un hombre como aquel a nuestra edad.

— ¿Sabes si tiene algún hermano disponible?

Llegado a ese nivel de preguntas sólo emití gruñidos por respuestas, y juntas recorrimos los metros que

nos separaban del edificio que nos tendría secuestradas hasta la hora de almuerzo. Sabía que se me iban a hacer interminables los minutos hasta que el coche de Oziel volviera a recogerme, y estaba convencida también de que mis compañeras ese día serían lo más parecido a lo que había tenido nunca a una sombra.

El olor masculino que se quedó prendido en mi ropa me recordaba constantemente lo que había ocurrido, aunque era difícil olvidarlo debido a la proximidad en el tiempo. Las atenciones de mis amigas, que de pronto convirtieron

en prioridad vital localizar el perfil de Oziel en Facebook para ver si había cambiado su estado de de “Soltero” a “Tengo una relación”. Sospeché que ellas esperaban ver, más bien, algo del tipo “Es complicado”, pero me mordí la lengua antes de decirles lo que pensaba de su repentino interés hacia mi persona. Tampoco creo que les hubiera interesado mucho lo que les dijera ya que estaban muy interesadas en encontrar, de paso, el perfil de Víctor.

Soñaron en voz alta con una cita con él, intercediendo Oziel y yo para que le hiciera caso a alguna.

Iba a ser un día muy duro, sin duda.

No pude quitarme de la cabeza las últimas palabras del abogado mientras un profesor sucedía a otro, y mientras las agujas del reloj me transportaron a la hora mágica en la que había quedado en recogerme en el parque.

Nunca antes me había dado cuenta de lo importante que podía ser llevar unas bragas para evitar manchar una silla.

Esa promesa de Oziel no dejaba de rondarme en la cabeza

— Te las enseñaré a medida que avance el juego.

Decimoquinta parte.

Una polla dominante

— ¿Has aprendido mucho hoy? —me preguntó Oziel de camino al restaurante donde había hecho la reserva.

Era la primera vez que tenía reserva para comer en algún sitio. Mis citas anteriores habían acabado en cualquier lugar donde pusieran comida de precio aceptable para una paga semanal suministrada por

los propios padres, y por lo tanto casi siempre incluían pizza o hamburguesa. Sabía que no iba vestida para la ocasión y menos al lado de un hombre que llevaba aún el nudo de la corbata impecablemente hecho. Me entraron ganas de pasar por casa para cambiarme de ropa pero Oziel me disuadió de ello, diciéndome que estaba muy bien así.

— Si te sientes mejor dejaré la chaqueta y la corbata en el coche. No tengo que llevarla fuera del ámbito laboral—. Y me guiñó un ojo al terminar la frase.

Quise decirle que me encantaba verlo tan elegante pero no quería demostrarle más aún que me tenía cautivada y a sus pies aquel día. Así que retomé la respuesta a su primera pregunta y traté de no mirarlo más de la cuenta.

— Sabes de sobra que el primer día no se aprende nada.

— En mi defensa comentaré —empezó, usando una especie de alegato que escuchado de sus labios y con esa pinta no quedaba tan ridículo como sonaba en verdad —que en mi carrera apenas si se aprendía algo en clase. Todo lo que sé

de abogacía lo interioricé en las bibliotecas.

— ¿Rodeado de chicas guapas?

— Alguna había... pero también hay abogadas con pinta de perro sabueso. Te recomiendo estas últimas para contratar, por cierto. Cuando cierran la mandíbula no sueltan la presa.

— ¿A qué me recordará eso?

—bromeé, con respecto a su actitud dominante.

Oziel se apartó un mechón de cabello negro de la frente y me miró de soslayo, tratando de no

perder de vista la carretera.

— Podrías haberte librado de mí ayer cuando te hice el ofrecimiento de ocupar el lugar de Víctor, pero no quisiste. No te veo para nada a disgusto con la situación...

“Ocupar el lugar de Víctor...”

Era eso exactamente lo que estaba haciendo aunque doliera admitirlo. Víctor trataba de apartarme de su vida aunque yo quisiera continuar en ella. Y yo, frustrada, había aceptado que Oziel era un buen remedio para dos cosas importantes. Una, darle celos a

Víctor para que espabilara de una vez y tuviera la osadía de reconocer públicamente que sentía algo por mí, aunque sólo fuera en el plano físico. Y otra, suplir la necesidad de sentirme deseada por un hombre que pudiera transportarme al mismo lugar mágico al que me había llevado Víctor la primera vez —y la única— que había tenido a alguien dentro.

Estaba segura de que sería una historia memorable para contarle a mis nietos cuando fuera anciana.

“Sí, mis niños. Aunque no os lo

creáis al mirarme ahora las arrugas hubo un tiempo en el que los hombres más atractivos se peleaban por estos huesitos”.

Sí, otra vez muy patético.

— ¿Y ahorrarte el placer de mi compañía con lo solo que se te ve?

El abogado rió de buena gana y yo lo acompañé, contagiada de su desparpajo.

— No sabes lo que te agradezco que me hayas sacado de la monotonía de mi vida. Si llego a tener que dormir en casa con los padres y la

hermana de Víctor me habría acabado cortando las venas.

— Siempre queda esa habitación de hotel...

Aproveché una señal de Stop para mirarme fijamente a los ojos.

— No la descarto... Pero no sé por qué me da más morbo tu casa...

No hacía falta que me dijera para qué le daba más morbo, ni que si acababa cogiendo alguna tarde una habitación de hotel sería para asegurarnos una intimidad que no estaba muy seguro de disfrutar con mis padres al acecho. Me estremecí

pensando en cómo nos mirarían en una recepción de hotel al vernos entrar a los dos, con la diferencia de edad más que evidente, y en la sonrisa lasciva que Oziel no podía ocultar aunque quisiera parecer serio y forma.

— ¿Te gusta ocupar el sitio de Víctor?

— Aún no sé exactamente lo que estoy ocupando de Víctor.

El doble sentido se me atragantó, pero por suerte Oziel ya buscaba aparcamiento cerca del restaurante y no se percató de que me había quedado lívida. En esta ocasión

tuvo que dar un par de vueltas para poder estacionar el coche.

“Normal. No tenemos que hacer una entrada triunfal en ningún sitio”.

Me reí para evitar pensar en las palabras de Oziel. Sospechaba algo, y aún así le daba igual si se inmiscuía en una relación entre Víctor y yo. El hecho de que su amigo le hubiera animado podía hacer que el juego —siempre hablaba de su juego, de divertirse jugando— fuera más adictivo. Los imaginé en la época universitaria, levantándose el uno al otro las

amantes por el simple hecho de poder hacerlo. El pique entre ellos cuando se veían llevando de la mano a la chica a la que hacía dos días besaba el otro, el interés por mostrarlas en público para que todos supieran cual era la próxima presa...

¿Podía haber sido así?

Rechacé la idea porque al menos conocía a uno de ellos, y aunque sospechaba que Oziel no era mal tipo sí que sabía que Víctor no iba por ahí tratando de hacer daño a la gente. A las mujeres. Que ninguno de los dos buscara de momento

nada serio no implicaba que fueran crueles a la hora de mantener sus relaciones. Me negaba a creer que eran de ese tipo de hombres que simplemente buscaban conquistas para ir agrandando una interminable lista.

— ¿No tienes hambre?

Allí, al lado de mi puerta abierta, estaba Oziel tendiéndome la mano para ayudarme a salir del coche. Se había quitado la corbata y la chaqueta y desabrochado un par de botones. No llegaba a tener un aspecto informal pero había conseguido parecer mucho más

joven de lo que aparentaba al recogerme hacía unos minutos. Y eso, extrañamente, me hacía sentir más tentada aún.

Aquel era el Oziel con el que había tonteado a petición de Víctor. El de chaqueta y perfectos modales se me antojaba casi inaccesible.

El almuerzo fue, sencillamente, delicioso. En todos los aspectos. La conversación fue buena, la comida se me antojó excepcional e incluso me aventuré a probar algo de vino tras recibir la sugerencia de Oziel. Me estaba dejando enredar y estaba resultando muy placentero.

Pero no quería...

Tenía esperanzas aún de que Víctor pudiera reaccionar y encontrar las ganas de enfrentarse a los reproches de mis padres y los suyos. Sabía que mis padres le tenían mucho aprecio, por lo que nunca podrían decir que no lo encontraban un buen partido. Que consideraran que era muy mayor para mí ya sería asunto entre él y yo. Nuestros problemas tendríamos con la diferencia de edad y madurez, pero al menos quería tener la posibilidad de intentarlo y sufrirlo si se iba todo a la porra.

Necesitaba darme la oportunidad de triunfar o fracasar en una relación tan complicada, al igual que había necesitado, al menos, tener sexo con él.

“Ya está, estoy enamorada. Ya lo he dicho”.

— Y bueno... háblame de la relación que tienes con Víctor. Me intriga mucho...

Decimosexta parte.

La polla que quiso vestirme

Conseguí salir bien parada del almuerzo, rechazando sus preguntas con más preguntas aunque pensaba que la siguiente que me hiciera sería la que me dejara completamente noqueada.

Él tampoco contestaba a las mías.

De camino ya al centro comercial, donde se suponía que tendría que

elegir ropa interior nueva sin su presencia —para ordenarme luego que me la quitara— me propuso un juego.

— ¡Qué raro que a ti te guste jugar! No me lo esperaba...

— Si me estás buscando quiero que sepas que yo a ti te encontraré antes...

Y era cierto. Al igual que me pasaba con Víctor sabía que tenía las de perder.

— Si vas a ganar de antemano, ¿para qué jugar?

— Porque es divertido...

Ahí residía el secreto para él. Se

divertía jugando conmigo. Se divertía jugando porque Víctor se lo había pedido... ¿Se divertiría tanto si le contaba la verdad de nuestra relación?

— ¿De qué va el juego?

Aparcamos en el centro comercial con la promesa de un café entre tienda y tienda. Yo no era aficionada al café sino por la mañana y en época de exámenes a cualquier hora, pero no podía rechazarlo. Tampoco entendía muy bien que para comprar unas cuantas prendas de ropa interior tuviera que visitar muchas tiendas.

— Preguntas sencillas y directas, sin contar demasiado en las respuestas. Pero todas han de ser verdaderas. Luego me montaré mi película acerca de tu historia, y no te exigiré que me digas si es cierta o falsa. A cambio, tú puedes preguntarme lo que quieras a mí, y yo no me cortaré a la hora de responderte.

Caminamos por los anchos pasillos de la zona comercial, con sus suelos relucientes y peligrosamente resbaladizos. Descubrí que a Oziel le gustaba mucho la moda, parándose constantemente delante

de los escaparates o queriendo visitar el interior de la tienda. Tampoco reparaba a la hora de mirar el precio de las prendas, algo que yo no podía permitirme el lujo de hacer. No había llegado el momento de ser económicamente independiente.

— ¿Y qué te hace pensar que me interesa lo que tengas que contar?

— Todas las mujeres tienen preguntas —contestó, mirando otro escaparate. Esta vez la ropa era de mujer y me miraba a mí y al maniquí expuesto, como si estuviera sopesando si

me quedaría bien la ropa—. A las mujeres os encanta hacer preguntas. ¡Y las conjeturas! ¡Qué extrañas llegan a ser! Conozco a mujeres que se pasan la vida elucubrando, imaginando, deseando saber...

— ¿Y qué te hace pensar que todas somos iguales?

— Eres curiosa, te mueres por experimentar, y en vez de salir con chicos de tu edad te ha dado por intentarlo con uno que te saca... ¿Cuántos? ¿Diez años?

— ¿Tú? ¿Lo estoy intentando contigo?

Me miró desde arriba inclinando la cabeza a un lado. Cuando quise darme cuenta ya se estaba riendo.

— No, lo intento yo y tú te resistes... ¿Mejor así?

Volví a mi estado normal de rojo encendido, sabiendo que él consideraba que me resistía más bien poco. De todos modos tenía todavía argumentos que usar en aquella parte de la conversación por lo que no pensaba darme por vencida tan rápidamente.

— Pues para ser yo la curiosa tú eres el que busca respuestas.

— No te confundas. Yo lo que busco es jugar...

— Pues me estoy cansando de que quieras usarme para tus juegos.

— Tampoco te confundas. Yo no te uso para jugar. Juego contigo, no a costa tuya.

Y claro, eso era muy diferente. Que Oziel considerara que era parte integrante me hizo sentir algo mejor.

— ¿Y cómo empieza el juego?

Sonrió como un niño pequeño al que le acaban de dar un regalo de

cumpleaños.

— Primero quiero verte con ese conjunto puesto. Ya luego, con el café, empezamos con la ronda de preguntas.

Un par de tiendas más tarde, y con un par de bolsas con ropa que yo no me podía permitir pero que Oziel se había prestado gentilmente a regalarme, entramos en una buscando ropa interior. Como había prometido, se quedó en la entrada, mirando maniquíes, mientras yo seleccionaba braguitas que no hicieran que mi madre se llevara las manos a la cabeza. Cuando tuve

una cantidad adecuada para reponer la falta de ellas en mi cajón Oziel se hizo cargo de la compra en la caja. Lo descubrí añadiendo a la compra un llamativo conjunto de ropa interior blanco, de esos que mi madre no debería encontrar bajo ningún concepto en mi cuarto.

— ¿Para mí? —pregunté, sintiéndome Julia Roberts en “Pretty Woman”.

— Para satisfacer mi espíritu curioso. Creo que te quedará bien... pero puede que no me dejes disfrutarlo. ¿Quién sabe?

Me sacó la lengua mientras pagaba

con la tarjeta de crédito y me ofreció su brazo para continuar nuestro paseo hasta una cafetería. La zona de restauración estaba en la planta alta, por lo que nos dejamos conducir por las escaleras mecánicas compartiendo risas y bromas, jugando con la posibilidad de que en verdad jamás llegara a verme puesta ninguna de las prendas que me acababa de regalar. Eligió una cafetería con una terraza con vistas al exterior, tranquila a aquella hora y día de la semana. La gente no parecía disfrutar mucho de los lunes. Yo también me habría refugiado en mi casa a la espera de

noticias de Víctor si no llega a ser porque sabía que su familia lo tendría monopolizado... y porque Oziel me había monopolizado a mí.

Cafés en la mesa, bolsas ocupando una silla entre nosotros, y sus ojos pícaros clavados en los míos. Respiró tranquilamente mientras yo lo hacía de forma desorganizada. Endulcé el café, le di un par de sorbos y dejé la taza sobre el platillo que la acompañaba.

— ¿Cómo dices que empezaba el juego? —pregunté, más nerviosa ya por la tranquilidad de él que por la

propia espera.

— ¿Sabes que Víctor me pidió que me acostara contigo?

Decimoséptima parte.

La polla que me dejó sin habla

Debí preguntarle algo de inmediato, o simplemente responder. Mi silencio y la cara de disgusto que se me quedó fueron la peor tarjeta de presentación que podía dar en ese juego.

Se me habían quitado las ganas de preguntarle nada a cambio de esa respuesta.

Me revolví en la silla, por primera vez verdaderamente incómoda al lado de Oziel. Él, sin embargo, terminó de beber su café como si la cosa no fuera con él.

— ¿Obligado responder?

— Ya lo has hecho. No lo sabías. Lo que no tengo claro es si porque Víctor no te lo dijo o porque te dijo que me había dicho otra cosa. Porque está claro que algo te comentó y algo me ha dicho él a mí, ya que antes no me dejaba ni poner los ojos en ti y de pronto bendice que se me vayan las manos a tu trasero...

Se me atragantaron sus palabras y quise levantarme y dar por finalizada la tarde con el abogado. Estaba tan disgustada que no me importó reflejarlo en el ceño y los labios fruncidos. Creo que hasta los nudillos se me quedaron pálidos de tanto que me aferré a la silla, conteniéndome para no darle un bofetón a Oziel.

— ¿Y tú aceptaste?

Apoyó los codos en las rodillas para acercarse un poco a la pequeña mesa que hacía de barrera entre ambos. La camisa se le tensó sobre el pecho pero yo estaba

demasiado airada como para que ese gesto pudiera afectarme.

— Fue la noche que nos encontramos con tus amigas. De primeras Víctor quiso dar un rodeo para no pasar a vuestro lado cuando os reconocimos, pero luego cambió de opinión y nos pidió que lo acompañáramos. Por norma general siempre nos pidió que no pusiéramos un ojo en ti, más cuando cumpliste los dieciocho y entraste en la universidad. Aquello fue toda una novedad y, al menos a mí, me hizo querer saber en qué había

cambiado el juego.

— ¿Para ti todo es un juego?

— Esto lo es, sin duda alguna. Un juego entre él y tú y a mí me habéis invitado entre los dos a estar en medio. No sé el motivo por el que has cedido, porque dudo que te hubieras fijado en mí hasta el día en que Víctor me rompió la nariz por mirarte desnuda. Y tampoco sé por qué de pronto deja de protegerte y me invita a que haga precisamente aquello que pretendía a toda costa evitar.

Hizo una pausa para recolocarse.

Me dio tiempo a pensar que al final los hombres también eran muy complicados aunque las mujeres éramos las que teníamos la fama de serlo. Cuando fui a dar otro sorbo al café me di cuenta de que lo había terminado sin percatarme, y busqué al camarero para pedirle que me llevara otro. Me habría gustado pedirle que lo pusiera bien cargado, pero a la hora que era ya tenía claro que repitiendo café esa noche no iba a poder conciliar el sueño.

— De todos modos, cambió de opinión...

Los ojos se me fueron a salir de las cuencas.

— No dejó que te acompañara a casa. Incluso se mostró muy molesto conmigo al final de la noche, cuando casi te llevó a rastras a su coche para llevarte a casa. Creo que dijo algo así como “¿ibas a ser capaz de acostarte con ella?”, aunque no estoy del todo seguro. Me había tomado dos copas y puede que la pregunta fuera otra. Lo que sí tengo claro es que estaba muy disgustado conmigo y contigo, creo, porque te llevó casi en

volandas e iba maldiciendo mientras os alejabais.

— Sé que me llevó a mi casa. No estaba tan borracha como para no recordar eso — comenté, molesta porque estuviera insinuando que las copas podían haberme afectado tanto.

— Y hasta ahí puedo leer. Me toca preguntar.

El camarero trajo mi segundo café y Oziel pidió un par de vasos de agua. Le agradecí que se hubiera imaginado que tenía la boca seca.

— ¿Te ha dicho Víctor que

estuvo cuatro días sin hablarme la semana pasada tras ofrecerme a dejarle el piso a su familia?

— Apenas hablé con él la semana pasada. Y poco pudo decirme en su cumpleaños. Pensé que la relación entre vosotros era buena.

— Y suele serlo. Pero la semana pasada estaba enfadado cada vez que me veía. Terminé por no aparecer por allí por las noches para evitar encontrármelo. Era una situación muy incómoda.

Ahí estaba el motivo por el que

Víctor llegó a pensar que Oziel había pasado las noches conmigo. Él había optado por no topárselo en casa y yo lo había estado esquivando. El hermano de Laura sólo había tenido que unir un par de cabos para...

“Para crear una hipótesis equivocada. Igual que hago yo con él, igual que quiere hacer ahora Oziel con mis respuestas”.

¿No sería todo mucho más simple si nos dijéramos las verdades a la cara?

Me imaginé teniendo las agallas de hacer exactamente eso. Abrir la

boca para decirle al abogado que llevaba más de un año pendiente de los movimientos de su amigo. Que por fin había conseguido que se fijara en mí por no sé qué suerte del destino, y que él estaba allí metido porque Víctor deseaba a partes iguales deshacerse de mí y tenerme para él solo.

Y yo no sabía lo que quería...

Esperaba que con el paso de los años los sentimientos me fueran a dar menos quebraderos de cabeza, porque en ese momento estaba hecha un lío. Enfurecida porque el arquitecto me había mentido y sí le

había pedido a Oziel que se acostara conmigo, envalentonada porque tenía claro que Víctor me seguía deseando y tenía claro que al menos una oportunidad nos debíamos el uno al otro, y tentada a ponerlo celoso con su mejor amigo para que reaccionara.

Aun a riesgo de lo que sabía que también sentía por Oziel...

“Mi madre me diría que me dejara de tonterías y que me centrara en los estudios”.

No me parecía un mal consejo. Que se mataran entre los dos y luego me viniera alguno a decir en qué había

quedado la cosa...

— Te toca.

— ¿Te habrías acostado conmigo si no llega a llevarme Víctor a casa aquella noche?

Los labios de Oziel se tornaron deliciosamente seductores. Mi cabeza se llenó del recuerdo del primer beso que me dio en el pub, y de aquel que me había regalado aquella mañana delante de mis amigas. Hasta ese momento lo había hecho siempre para hacerme sentir bien a mí, para que me luciera delante de mis compañeras, para que me envidiaran. Sin

embargo eran precisamente los que no me había dado los que se me antojaban más perversos y eróticos. El asalto en el baño, cuando aún conservaba el calor de las manos de Víctor en las nalgas, me tenía inquieta. Había conseguido que me sintiera igual que con el hermano de Laura, deseosa de que avanzara.

— Un apunte antes de contestar. Me da la sensación de que piensas que no puedes gustarme, o que no puedes gustar a los hombres. No conozco el motivo, pero si te sirve de algo te diré que no hay nada que impida que cualquiera

pueda desear descubrir a la descarada que se esconde detrás de esa pinta angelical con la que te manejas tan bien. Me he liado con mujeres que tenían peor conversación que tú. ¡Me he acostado con mujeres que tenían tallas de sujetador más pequeña que la tuya! Así que haz el favor de no infravalorarte tanto. Si no estás con novio es porque los tíos que se han cruzado delante de ti te aburrían. Seguro.

A nadie le amarga el dulce de que te pongan como una chica deseable y yo no iba a ser la excepción.

Escuchar a Oziel aquellas palabras, y sobre todo ver en sus ojos que las sentía de verdad, fue casi tan emocionante como recibir su beso aquella mañana.

— Y respondiendo a tu pregunta, no debiera preocuparte tanto lo que podría haber pasado aquel día, sino lo que va a pasar esta noche...

Decimoctava parte.

La polla que nunca tuve que haber deseado

Un mensaje de Víctor preguntándome por el primer día de curso rompió el tenso silencio que se había creado entre los dos. Oziel tenía que estar satisfecho por haber conseguido nuevamente que se licuara mi cerebro ante su respuesta. Leí el mensaje, sospeché que intuía con quién estaría en

aquel preciso momento, y respondí con un par de palabras ambiguas que supuse que le sentarían como un tiro. Volví a meter el móvil en la mochila y evité mirar a mi acompañante a los ojos durante un rato.

— ¿Te llevo a casa? Yo tengo en media hora una reunión. No se alargará mucho. Podríamos pedir algo para cenar esta noche tranquilamente delante del televisor.

¿También le había contado Víctor cómo eran nuestras cenas? Me estaba dando cuenta de que no

parecía tener secretos para aquel hombre y la sensación de indefensión era bastante desagradable. No me gustaba que Oziel supiera mucho más de mis hábitos de vida que yo de los suyos. Y que pensara que iba a ser fácil seducirme aquella noche tampoco ayudaba.

Asentí, necesitada de la tranquilidad de mi cuarto para poder pensar y organizar mis ideas. Y para insultar un par de veces a Víctor por teléfono, ya de paso. Pero el hermano de Laura necesitaba respuestas tras mi

escueto mensaje, y de camino a casa en el coche tuvo que hacer sonar mi teléfono.

— ¿No vas a cogerlo? — preguntó Oziel, que me miró mientras yo observaba la pantalla del teléfono con cara de ir a arrojarlo por la ventana —. Por mí no te cortes si es algún noviete tuyo. No soy celoso...

— Es Víctor.

Decir su nombre de aquella forma me salió del alma. Había demasiado de chulesco en el comportamiento del abogado como

para que no quisiera bajarle los humos al menos durante unos minutos.

— Interesante —dijo, por toda respuesta. Continuó conduciendo con el mismo aire de no ir la cosa con él, y yo corté la llamada para no tener que hablar con uno en presencia del otro—. Me habría gustado escuchar la conversación.

— Por eso mismo he colgado.

— Creo que no le va a gustar un pelo.

— Los dos tenéis un

problema, entonces. A ninguno le gusta la forma en la que me comporto.

Me irritaba cada vez más la risa de Oziel cuando trataba de ganarle la partida. Me hacía sentir muy pequeña y desprotegida, como si, utilizando la expresión que me había dicho mi madre, jugara en otra liga. Hacía sólo un momento me decía en la cafetería que no era tan niña como para no poder gustarle, pero luego me trataba como si lo fuera. No entendía su estrategia, pero me confundía mucho.

O tal vez era eso lo que pretendía, y yo le estaba poniendo las cosas demasiado fáciles.

Antes de darme cuenta ya habíamos llegado a mi casa. Tenía ganas de decirle que intentaría quedar con Laura para cenar pero los dos sabíamos que sería fácil de desmontar mi coartada. Lo que sí habíamos logrado cuadrar mi amiga y yo era el almuerzo del día siguiente, sin padres ni hermanos, sin nadie que nos molestara.

— Te veo esta noche,
chiquitina.

“¿Chiquitina?”

— Con suerte estaré dormida...

Oziel aceptó el desafío que le lancé con la mirada. Disfrutaba con aquel tira y afloja, con la sensación de considerarme su presa, con la idea de que en cualquier momento podían cambiar las reglas del juego... y seguiría ganando.

— Te despertaré si llega a darse el caso, no te quepa duda.

— Cerraré la puerta con llave para que no puedas acercarte a mi cama. Soy de sueño ligero.

Volvió a reír. Echó mano de la

corbata que tenía en el asiento trasero, pulcramente doblada sobre la chaqueta. Me miró mientras la pasaba por el cuello de la camisa e iniciaba las maniobras precisas para hacer un nudo perfecto. Me asombró que no cometiera ni un solo fallo, y que no necesitara de un espejo para conseguir ese resultado. Mi padre siempre lo pasaba fatal para hacerlos y había reducido su uso exclusivamente al ámbito ceremonial.

— Tu puerta no tiene cerradura, Bea.

¿Ya se había fijado hasta en eso?

Acabaría atrabancando la entrada con la silla del escritorio... y con el escritorio también, ya de paso.

Abrí la puerta del coche sin despedirme, entré a la carrera en el portal y me refugié como alma que lleva el diablo en el ascensor. Mi piel volvía a estar encendida por no saber estarme callada, y por querer ganarle alguna de las pullas a Oziel. El espejo del ascensor me devolvió una imagen alterada de mí misma, contrariada por las sensaciones que no quería tener pero que igualmente me asaltaban. Era muy complicado resistirse a los encantos de un hombre como él,

aunque sabía que le hacía más caso del debido por culpa de la frustración que reinaba en mí por el comportamiento de Víctor.

Si el hermano de Laura quisiera todo sería mucho más sencillo...

¿Por qué no podía dejar de comportarse como un idiota? ¡Ni que fuera pecado que nos hubiéramos enamorado!

“No... sólo me he enamorado yo”.

En mis fantasías me imaginaba que Víctor acudía a mi baile de graduación en el instituto, ese al que fui sola y con mis padres ejerciendo de cuidadores junto con

otros diez padres igual de molestos por haber salido seleccionados en un ridículo sorteo. En mi fantasía, Víctor entraba por la puerta del gimnasio, decorado para la ocasión con un millón de pequeños adornos plateados colgados del techo, y me sacaba a bailar al centro de la pista la canción Marvin Gaye, que cantaba Charlie Puth junto a Megar Trainor.

Bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Y de mis padres...

En mi fantasía, Víctor encuadraba mi cara entre sus manos, mientras

acompañaba la música conduciendo mi cuerpo junto al suyo. Y mientras se me cerraban los ojos ante la proximidad de su beso mis padres se quedaban con la boca abierta, descubriendo por fin el secreto que tanto se empeñaba en guardar el arquitecto.

Y me besaba.

Me besaba con labios dulces, recorriendo piel húmeda y caliente, probando el sabor del ponche que había estado bebiendo toda la noche y que en nada se parecía a la ginebra que nos había envalentonado en casa. Me besaba

con una pasión contenida para no escandalizar a las personas que le habían dado cobijo durante los años de carrera, pero de forma completamente descarada para que no quedara duda de sus sentimientos. Y yo demostraba los míos con el ímpetu de mi respuesta. Simplemente me besaba.

Tras ese beso tenía varias versiones de la fantasía. En una de ellas mi madre se desmallaba; en otra mi padre acudía a romperle la nariz de la misma forma en la que se la había roto Víctor a Oziel; una tercera terminaba con mis padres

llorando abrazados, descubriendo que su pequeña ya no era ninguna niña; y había una cuarta en la que ambos se acercaban con una enorme sonrisa en la cara, contentos de que su hija hubiera elegido tan bien a su novio.

De todas, sin duda, la última era la menos creíble.

Y con la imagen de Víctor abrazándome en un baile que para mí fue una pesadilla, abrí la puerta de casa, cerré tras de mí, y casi corrí para poner espacio entre la fantasía y yo para llegar pronto a mi dormitorio. Allí siempre podía

dejarme llevar y pensar en lo que me diera la gana, sin reproches de nadie.

Y allí, sentado en mi cama, me encontré a Víctor con el teléfono móvil en la mano, a punto de hacerme otra llamada.

Decimonovena parte.

Una polla que no esperaba...

— Iba a llamarte otra vez...

Tenía pinta de sentirse ridículo, aunque a mí nunca podría parecérmelo. En un momento se me había olvidado la conversación con el abogado, que me había parecido deseable y del que me había apetecido probar lo que podía ofrecerme para poner celoso a

Víctor.

Sólo importó tenerlo delante, sentado en mi cama, con el rostro rendido como la vez que cedió a la tentación en su dormitorio y me hizo suya.

— Vas a tener que entregarme la copia de las llaves. Entrar en casa pensando que está vacía y encontrarte aquí no es bueno para mi estado de nervios.

— Ni para el mío venir a verte y no encontrarte...

Confesiones como aquella las quería todos los días. Que me

dijera que me echaba de menos, que me contara que se ponía nervioso al no saber dónde estaba.

Que sus ojos me desvelaran más cosas de las que revelaba su lengua...

Porque su lengua la necesitaba entretenida en otras cosas.

No me pude contener y salté sobre él. En un instante estaba a horcajadas sobre sus largos muslos, besándolo con tantas ganas que ni una oportunidad le di para que pudiera protestar. Estaba hasta las narices de estar esperando a que quisiera dar un paso, con cara

lánguida y deseo en el cuerpo. No podía quedarme mirando como otra vez se escabullía por la puerta.

— ¿Dónde estabas?

No trató de apartarme, cosa que me agradó en exceso. Hablaba contra mis labios, devolviéndome el beso, rodeando mi cintura como si tuviera intención de escaparme. Me abrazaba y acariciaba al tiempo, como si hiciera años que no me veía y necesitara saber que era real, que no me desvanecería entre sus manos mientras soñaba que estaba encima de él, devorándole la boca. No importaba si hacía tres días

había robado toda mi ropa interior entrando furtivamente en mi dormitorio. No importaba que hiciera unas semanas que me había entregado a las garras de su amigo para que me hiciera olvidarlo. No importaba que no encontrara el coraje para decirle a mis padres lo que sentía por mí, fuera lo que fuera...

Estaba allí.

Era lo único que llenaba mi mente en ese momento. Eso, y que no huía mientras yo trataba de saciar mi necesidad de él.

— Comprando ropa interior,

capullo. Que mi madre va a empezar a sospechar cualquier día de estos.

Rió contra mis labios, como ríe un niño descubierto en una travesura. Me encantó sentirlo así, y por fin pude relajarme. Hasta un segundo antes cabía la posibilidad de que se desprendiera de mi abrazo para salir corriendo en dirección a su piso.

Pero de pronto estaba allí conmigo, y Víctor no se iba a ninguna parte.

— Y no pienso devolvértela...

Me subió las manos y retiró la

camiseta por la cabeza, lentamente, disfrutando de cada centímetro de piel que quedaba expuesta a su mirada. En cuanto la camiseta pasó por mi cabeza volvió a apresar mis labios, atrayendo mi torso desnudo hasta el suyo, mientras jugueteaba con la cremallera de la falda. Comprobó que seguía sin llevar ropa interior y me hizo estremecer al aferrar con ambas palmas mis nalgas. Me frotó contra su pelvis haciéndome gemir, sintiendo cómo crecía dentro del pantalón vaquero la necesidad de poseerme.

Iba a dejarle una marca muy fea en la bragueta...

— Hazlo, por favor —le rogué mientras manejaba mi cuerpo a su antojo.

Jadeaba sin pausa, disfrutando del movimiento de mi entrepierna. Yo quería llevar el ritmo pero temía no saber hacerlo y volver a sacar a relucir que era mucho más inexperta que él en aquel terreno.

O en todos...

Así que no me atreví a hacer ningún movimiento más allá de continuar buscando sus labios entre gemidos, entre maldiciones y palabras que no llegaba a entender. Pero cuando llevaba varios minutos con la

entrepierna encendida, disfrutando de la dureza de la polla de Víctor, no pude contenerme y mis manos trataron de quitarle la camisa. Para mi sorpresa el arquitecto la sacó directamente por la cabeza, tras desabrochar yo los dos primeros botones.

Y más sorprendida me quedé cuando giró sobre sí para hacerme tumbar boca arriba en mi cama, quedando encajada entre sus piernas.

— Dijiste una vez que querías probar todas las camas de la casa... —Su voz sonaba

ronca de deseo. Me encantaba escucharlo cuando sonaba de esa forma. Cuando tenía esa voz por mí... —Así que vamos a empezar por esta.

Me estremecí cuando jugó con la hebilla del cinturón y desabrochó de un tirón la bragueta. Sacó el cinto de las presillas con un movimiento seco y lo arrojó a un lado, mientras se desprendía del vaquero empujándolo con las piernas. Dos segundos más tarde tampoco lo cubría el calzoncillo, y Víctor se exponía nuevamente desnudo ante mi rostro, asombrada de lo mucho que lo había echado de

menos. Noches en vela, tardes de odiarlo, mañanas de desconsuelo. Todo quedaba atrás viéndolo allí parado, esbelto y erecto, dispuesto a hacerme nuevamente suya.

Había sido una inmensa tontería pensar en sustituirlo por Oziel. Aquel hombre me tenía enamorada además de excitada, y por el momento no era algo que tuviera remedio.

Volvió a esconderse entre mis piernas, encajando sus caderas entre ellas. Su polla quedó prisionera entre su abdomen y mi vulva mientras comenzaba

nuevamente a besarme... y a restregarse contra mí. Sus labios me enloquecieron sin ser capaz de seguirle el ritmo a sus manos, a sus caderas, o a su espalda arqueándose para poder mirarme mientras yo me retorció debajo de él, presa de las sensaciones de mi entrepierna.

Casi no podía fijar la mirada en él porque los párpados se me cerraban, aunque me moría de ganas de poder fijar su imagen poderosa en mi mente, mientras seguía con su danza embrujadora, frotando su virilidad de forma tan perversa.

Seguro que estaba sonriendo...

— Gime para mí otra vez,
Bea.

Y gemí para él, para mí, y para todos los vecinos que pudieron escucharnos. Porque el orgasmo llegó de pronto, sin más, mientras Víctor cubría mis pechos con sus manos y me mordía el lóbulo de la oreja, mientras me pedía que me corriera porque en cuanto lo hiciera me llenaría de carne las entrañas.

Gemí porque estaba desesperada por volver a sentirlo dentro.

Y gemí también cuando por fin me penetró, y empujó con tanta fuerza

que creí que algo dentro de mí se rompería mientras quedaba atrapada entre su cuerpo y el colchón. Gemí acompañándolo mientras entraba y salía, mientras me acoplaba a su carne caliente, mientras se clavaba hasta el fondo y salía por completo. Mientras resoplaba tratando de retrasarlo...

Y mientras se corría...

Me quedé maravillada por haber conseguido que nuevamente perdiera el control y fuera simplemente un hombre que no le debía explicaciones a nadie. Que me deseaba sin importarle el cómo

ni el por qué, aunque tuviéramos demasiadas cosas en contra como para que fuera fácil.

En aquel momento no importaban sino los jadeos.

Estuvimos gimiendo un rato, recuperando el aliento, robándonos los besos que tanto necesitábamos darnos y que nos habíamos negado aquel verano, jugando con la yema de los dedos recorriendo los labios del otro, regalándonos caricias como si fuésemos dos quinceañeros...

... Hasta que se abrió la puerta de casa.

Duodécima parte.

La polla que fue descubierta

Víctor saltó como accionado por un resorte en busca de sus pantalones. Yo me quedé paralizada en la cama, observando la puerta abierta de mi cuarto, esperando el instante en el que se asomara mi madre o mi padre a saludar y nos encontrara a ambos desnudos. Aunque por una parte —una parte muy muy pequeña

— sentí hasta alivio de que todo por fin se fuera a descubrir, pero la mayor porción de mi cerebro se moría de rabia porque sabía que a partir de aquel momento todo sería mucho más complicado. Víctor huiría por la vergüenza, mis padres me prohibirían verlo, se enteraría Laura y probablemente dejaría de hablarme...

Ahora que estaba un poquito más cerca de conseguir que el arquitecto, al menos, lo intentara...

Ahora que por fin podía reconocirme a mí misma que estaba enamorada.

Y ni siquiera había tenido ocasión de confesárselo a Víctor.

Me miró con los ojos inundados de angustia. Yo le devolví la mirada, temblorosa, reaccionando al fin cuando escuché los pasos adentrarse por el pasillo. Me incorporé de un salto y busqué la ropa apresuradamente por el suelo, aun sabiendo que no nos daría tiempo a aparentar lo que había pasado en mi dormitorio. Al menos podríamos enfrentarnos con quien fuera ocultando la desnudez, guardando el poco pudor que aún podíamos conservar.

Siempre era mejor enfrentarse a unos padres furiosos con las partes nobles escondidas tras algo de ropa.

Localicé la falda y empecé a subirla apresuradamente, sin quitar la vista de la puerta. Prefería que mis padres me encontraran de frente antes que me tuvieran que dar un grito para que me diera la vuelta y me enfrentara a su ira. Por el contrario Víctor no dejaba de mirarme, con rostro lastimero, como si me estuviera pidiendo perdón mil veces por haber cometido el error de dejarse llevar. Parecía decirme que la culpa era

suya, que no debía haber cedido a la necesidad que tenía de estar a mi lado y que jamás volvería a ponerme en una situación tan comprometida.

Nunca jamás volvería a pasar.

Los pasos se hicieron más rotundos mientras se acercaban por el pasillo. Era mi padre, sin duda alguna. Mi madre no tenía la pisada tan fuerte. Temí por la integridad de Víctor, por una reacción desmesurada y violenta de mi padre, y que acabaran los dos enzarzados en una pelea. Sin embargo no veía miedo en el rostro

de Víctor. Parecía que le dolía el desenlace, pero no temía por sí mismo.

Seguía pidiendo perdón por no comportarse como el adulto que era.

Se me escaparon las primeras lágrimas, y cuando las vio brillar en mis ojos dejó lo que estaba haciendo —terminar de subirse el pantalón vaquero sin haberse acordado de que debajo debían ir unos calzoncillos, olvidados en algún lugar del suelo de mi alcoba — y me acarició la mejilla con dulzura.

Me consolaba...

Eché de menos lo que iba a perderme, aquello que Víctor nunca llegaría a darme tras ese encontronazo. Sus caricias y sus besos, sus bromas y sus miradas cómplices, su compañía y su morbosa presencia. Eché de menos las cosas que no había vivido con él y que no tendría ocasión de vivir, al igual que dicen que un condenado a muerte ve pasar su vida a cámara lenta justo antes de que le administren la inyección letal. En mi caso vi pasar lo que no fue, lo que nunca sería. Cenas en su casa, veladas de cine, paseos en

coche hasta la facultad y mucho sexo en su dormitorio.

Dos enamorados haciendo cosas de pareja.

“No. Yo enamorada y... ¿quién sabe él?”

— Lo siento...

Por fin dijo con palabras lo que llevaba un siglo diciéndome con la mirada, aunque sólo hacía un par de segundos que se había abierto la puerta de casa.

Y yo había perdido en unos instantes toda una vida a su lado.

Los pasos estaban tan cerca que no nos dio tiempo de más. Pensé que

Víctor me abrazaría para terminar de consolarme antes de que me diera por desmayarme y caer al suelo. Casi pude sentir sus ganas de envolverse en un abrazo tierno y protector, pero nunca llegó a hacerlo. En cambio se dio la vuelta, con la bragueta desabrochada y el resto de la ropa aún sin poner, y encaró de frente la puerta de mi dormitorio.

Se colocó delante de mí, interponiéndose entre mi padre y yo.

Protegiéndome...

Y cerró los puños.

— ¡Hola! Al final me han avisado casi llegando al bufete que la reunión se había cancelado...

La voz de Oziel nos llegó justo antes de que su cuerpo se personara debajo del dintel de la puerta, enfundado aún en el traje de chaqueta, con el perfecto nudo de corbata que se había hecho en el coche sin necesidad de mirarse al espejo. Nos miró con aire sorprendido, quedándose igual de paralizado que nosotros, dejando que la información que le llegaba fuera procesada y asimilada.

Lo miró primero a él, y después me recorrió por entero, aprovechando que no había logrado terminar de colocar la falda.

Y comenzó a reír de la forma más escandalosa que le había escuchado en la vida.

— ¡Esto hoy sí que no me lo esperaba!

Y mientras yo me apresuraba a recoger el resto de mi ropa del suelo Víctor dio un portazo para cerrar la puerta de la alcoba, reprimiendo las ganas de volver a partirle la nariz a su amigo. Oziel ni se movió de su sitio, mirando al

interior como si de una sala de cine se tratara. Y tras quedar fuera continuó riendo el abogado, encaminando sus pasos a su dormitorio. Mientras maldecía y reía, divertido ante lo que él consideraría, probablemente, un nuevo cambio en las reglas del juego.

Víctor me acurrucó entre sus brazos, calmando por fin mi ansiedad contenida. Comencé a temblar como una hoja, y a hipar de los nervios que acabábamos de pasar. Rogué para que se le pasara el mal sabor de boca, para que no cambiara de opinión y siguiera

deseando usar todas y cada una de las camas de la casa —y el resto de superficies útiles disponibles— para luego pasar a la suya. Lo abracé como si fuera su novia, apoyando mi rostro en su pecho desnudo, escuchando el latido acelerado de su corazón mientras se relajaba.

“Sólo hemos de ser más cuidadosos. Nada más”.

Pero no llegué a pronunciar las palabras. Estaba demasiado a gusto entre sus brazos como para empezar a hablar de lo que había podido pasar si llega a ser alguno de mis

padres. Ya habría tiempo de confesarnos el miedo que habíamos sentido —al menos yo— y hacer planes para que no nos volvieran a sorprender de esa forma.

Cuando nos asaltaba el deseo dejábamos de pensar, y eso no podía deparar en nada bueno. A no ser que quisiéramos poner sobre la mesa nuestra relación y que todo el mundo se enterara teníamos que llevar más cuidado.

“¿Nuestra relación?”

Tenía que empezar a pensar más despacio...

— ¡La madre que me parió!

—exclamó desde el otro lado de la pared, continuando con las sonoras carcajadas—. ¡Esto se avisa y llego antes para mirar!

No conseguí sujetar a Víctor antes de que abriera la puerta y saliera corriendo hacia el que había sido su dormitorio, otra vez con los puños cerrados.

Y ahora... ¿QUÉ?

Si has llegado hasta esta página quiero darte enormemente las gracias. Gracias por haber comprado mi libro, pero sobre todo gracias por haberlo leído.

Es difícil embarcarse en un proyecto como el de dedicarte a la escritura. Por eso es tan importante para mí que haya ahí un lector que, sin conocerme de nada, haya decidido darle una oportunidad a mi estilo, mi temática, y mi forma

de plantear el sexo escrito.

Por todo ello, mil gracias.

También he de hacerlo por algo muy especial, ya que haber sacado por fin esta segunda parte del libro a la venta, tras los problemas que he tenido por la censura del primero, ha sido mucho más complicado de lo que esperaba, y que hayas querido leerlo es todo un halago.

En mi web podrás encontrar muchísimos relatos, mis diferentes blogs con temáticas diversas, así como el blog de este libro, que abriré próximamente, Aunque sea

su hermano...
(magelagracia.com/hermano) en el que contaré de dónde nace la historia de Bea y Víctor, y hacia dónde se dirige.

Otro de los blog que encontrarás en mi web es magelagracia.com/otra. En el podrás adentrarte en los entresijos de mi segunda novela, titulada "La Otra. Historia de la Amante"; es, sin duda, mi proyecto más ambicioso, y el más personal también. Allí podrás seguir leyendo las desventuras de Oziel en la edad adulta.

Finalmente, me gustaría hacerte un

regalo por acercarte a mi libro, a mi web y al mundo Magela Gracia. Si me envías un correo a **aunquesigasiendosuhermano@mag** recibirás mis novedades como escritora y te enviaré un último capítulo de esta historia. ¿Qué puede pasar a partir de ahora con Bea y Víctor? De esa forma quiero recompensarte el haber depositado tu confianza en mi libro. Espero que lo hagas, que me saludes y que me cuentes tus impresiones sobre la historia, que me digas hola... Tengo muchas ganas de saber que existes. Sería un enorme placer agradecerte el haber conectado a

través de un libro.

Gracias por estar ahí.

Hasta pronto.

Besos perversos.

Magela Gracia

Muchas más historias...

¡Hola!

Espero que te estén gustando las aventuras de Bea y Víctor. Estoy muy ilusionada con su historia, y por ello ya me he puesto a trabajar en la tercera parte de “Aunque Sea Su Hermano...”, ya que sigo recibiendo cientos de mails que me piden que la continúe. ¡En ello ando!

Pero mientras esperas a que salga a la venta quería ofrecerte como

regalo unos cuantos capítulos de mis otras novelas: *“La Otra. Historia De La Amante”* y *“Una Mancha En La Cama”*.

Estoy segura de que te van a gustar.

¿Preparad@ para seguir leyendo?

Pues aquí las tienes.

Empieza nuevas historias. Empieza a disfrutar de nuevas emociones.

Enamórate de nuevo...

La Otra. Historia De La Amante

PRÓLOGO.

Se me atragantaron sus palabras. Realmente, la sensación fue más como si hubiera recibido una patada en el centro del pecho, impidiéndome la respiración. No me lo esperaba, y más después de los meses que llevábamos juntos.

Dolía...

Mi mente luchó entre la incredulidad del momento,

pensando que simplemente era una broma de mal gusto, y la necesidad de no parecer tan descompuesta como me imaginé que se me veía. Tenía ganas de vomitar, pero desde luego no era de las cosas que se podían catalogar como lucir impertérrita. No sabía si debía guardarme el disgusto, o reconocerle que había sido tan cruel que no estaba segura de poder perdonarle.

¿Cómo podía ser tan imbécil?
¿Perdonarle? ¿Estaba loca?

Llevaba saliendo con este hombre casi un año. ¡Doce jodidos meses!

Y en ese momento me miraba con ojos caídos, como si en verdad mereciera que le acariciara con ternura el rostro y le dijera que nada había cambiado. Que le quería y que podría superar por él todas las adversidades.

Sabía mentir francamente bien, el muy mal nacido. Si por lo menos no estuviera tan enamorada... Yo no sabía hacerlo tan bien, y lo necesitada en ese momento más que nada en el mundo. Mentir me era tan necesario como respirar.

El que creía mi novio me tomó de la mano y la envolvió entre las

suyas. Eran manos gruesas y fuertes, aunque bien cuidadas. Se notaba que habían trabajado poco en la vida, salvo para aferrar el manillar de su pesada Ducatti, trabajar con las mancuernas y manejar mi cabeza mientras me guiaba para que le envolviera la polla con los labios en el interior de la boca. Esas manos, que me habían aferrado tantas veces el cabello para follarme, eran mi perdición. Siempre me había gustado sentir su contacto, y entonces luchaba por rechazarlo, apartar la mía y propinarle el fuerte bofetón que merecía, que le dejara

la cara marcada durante lo que restaba de día.

Y con el que la otra le viera mis dedos pintados de rojo, decorándole la mejilla.

Al final logré apartar mi piel de la suya, y aunque de repente se me helaron las manos sabía que era lo correcto. Necesitaba tiempo para asimilarlo todo. La cabeza no paraba de darme vueltas y tomar decisiones sin reposar los sentimientos nunca solía salirme bien. Y a pesar de tener claro que en esa ocasión no habría respuestas acertadas o equivocadas,

simplemente porque con los sentimientos nunca las hay, necesité salir del interior del coche. Después de esos largos minutos tras su confesión ya me había convencido que no era una broma, y de que el dolor que sentía en el fondo del pecho iba a durarme mucho más que cualquiera de los golpes que me había dado mi profesor de defensa personal en el gimnasio.

Aquello era real, y mi novio no dejaba de mirarme, esperando, con rostro lastimero.

¡El muy hijo de puta!

El cuero de la tapicería amenazó con hacerme sudar con su contacto en los muslos, donde otras veces tanto lo había agradecido, mientras me aferraba a él en la intimidad de un aparcamiento en penumbra, cuando nos abandonábamos al olor a sexo. Poco importaba si nos retrasábamos con la reserva de la mesa para cenar en esos momentos. Me sentí la tela del vestido pegada a la piel de la espalda, y de repente no me gustó nada la idea de dejarle las marcas en el coche, signo de mi maldita debilidad.

Un año engañada...

Ciertamente necesitaba coger un poco de aire, escabullirme entre el bullicio del tráfico y no parar antes de sentir el dolor punzante del roce de los zapatos nuevos, de un escandaloso charol rojo e imposibles tacones. Me imaginé arrojándoselos a la cabeza si se atrevía a perseguirme con el coche...

Un año era mucho tiempo. Ese dato no podía, sencillamente, pasar desapercibido. En un año se presentaban muchas oportunidades para sincerarse, para tomar la opción correcta, por dolorosa que pudiera ser para ambos, y

comportarse como un adulto
asumiendo las consecuencias de los
actos. En un año habían muchos
abrazos en la cama tras las
interminables horas de sexo,
muchos almuerzos rápidos
compartiendo confidencias, y hasta
un par de mini vacaciones de un fin
de semana, alejados del estrés
diario. Incluso un par de días
separados por la visita que acababa
de hacerle a mi hermana en
Navidades.

Un año daba para mucho...

Me estaba asfixiando.

Abrí la puerta del coche y puse los

pies en el asfalto. No recuerdo si fui yo la que recordé coger mi bolso o si fue él quien me lo tendió, entendiendo que no conseguiría meterme nuevamente en el habitáculo para hablar. La calle me dio vueltas, y los olores no me lo pusieron más fácil. De pronto estuve al otro lado del suelo asfaltado, en la acera, y lo miré con ojos perdidos, como si lo viera por primera vez.

Era un perfecto desconocido.

Había salido por su puerta y me miraba, sin atreverse a decir nada.

Su imagen recortada sobre el fondo

oscuro del coche me evocó el recuerdo de la primera vez que me recogió a la salida del trabajo, hacía ya tantos meses. Entonces el automóvil era otro, él vestía ligeramente diferente y su sonrisa, desde luego, era mucho más excitante que el rictus de incredulidad que le adornaba en ese momento la cara. Teníamos muchas historias a las espaldas, muchos encuentros, muchas emociones.

Mucho sexo...

Lo miré como si lo viera por vez primera, observando al capullo que me acababa de decir que tenía una

amante desde hacía un año.

Simplemente no podía creerlo.

Las lágrimas me empezaron a rodar por las mejillas, estropeando el maquillaje de día; ese maquillaje que había esperado descomponer con la saliva de su boca al besarme, con el sudor despertado con sus embestidas y mis lágrimas escapadas por descuido durante un magnífico orgasmo. En la entrepierna aún sentía el escozor de su polla, follándome minutos antes en el cuarto de baño de mi oficina. Olía a corrida apresurada. Ahora podía entender que deseara con

tanta ansia empotrarme contra los azulejos del baño, abrirme de piernas mientras deslizaba con rapidez el bajo de mi falda hasta la cadera, para enterrarse de frente aun a riesgo de mancharse los pantalones del traje. La sorpresa de su deseo me había encendido, y no había encontrado resistencia en la decena de embestidas que duró hasta me llenó por entera de leche.

Aún podía escucharlo gemir contra mi cara.

Mi novio tenía una amante.

Me había follado antes de contármelo por si mi reacción

acababa siendo precisamente la que había tenido. Quería correrse, simplemente por si era la última vez que conseguía hacerlo dentro de mi cuerpo.

La última vez que obtenía el placer que tanto le gustaba.

En ese momento su leche resbalaba por el interior de mis muslos y no sabía bien qué necesitaba hacer con ella. Mi lado vicioso me decía que podía retener a ese hombre a mi lado, y que lo único que tenía que hacer era comportarme como la puta que había sido siempre en el sexo. Llevarme un par de dedos a

los muslos, sin quitarle los ojos de encima, y luego probarlo mezclado con el sabor que desprendía yo. Octavio no podría resistirse a eso, y yo podría olvidar todo el daño que me había hecho en unos insignificantes minutos.

Pero no quería ni pensar en olvidar el daño de doce meses. Eso era muy complicado de asimilar. Bastaba con olvidar lo que acababa de confesarme, sin más...

Hacer como si nada hubiera pasado.

Pero mi lado enojado me arrastraba a bajarme las bragas, limpiarme en

medio de la calle con ellas y arrojárselas lo más fuerte posible, tratando de acertarle en la cara. Sabía que estaba demasiado lejos como para que la tela no acabara cayendo en el parabrisas de cualquiera de los coches que circulaban por la calle, y que afortunadamente nos hacían en ese momento de barrera.

Lo odié con todas mis fuerzas...

Empecé a llorar sin poder controlarlo. Y con la poca dignidad que me quedaba conseguí darme la vuelta y empezar a avanzar sin rumbo, con la única necesidad de

alejarme de él. No podía apostar si se quedó, mirándome marchar o si volvió al interior de su Audi para alejarse de mí, arrancándome de su vida.

Pero a ese hombre siempre le había encantado mi trasero, y apostaré a que, aunque fuera sólo por si no volvía a verlo, esperó hasta que doblé la primera esquina, donde me derrumbé en el suelo y lloré amargamente durante lo que me parecieron horas.

Mi novio tenía una amante...

Y era yo.

I

Por tercer día consecutivo las ganas no me acompañaron a la hora de levantarme de la cama. Pero ya era lunes y no me podía permitir el lujo de quedarme entre las sábanas, como había hecho el día anterior, esperando al reparto del pizzero.

La luz se filtraba entre las lamas del estor, invitándome a reaccionar. Lo cierto era que no me había molestado mucho darme cuenta de que había pasado otra noche en blanco, mirando el techo,

agradecida por cada coche que pasaba e iluminaba las paredes. Pero los faros se marchaban y volvía a quedarme a oscuras.

No me gustaba sentirme así.

Yo no era así.

¡Malditos fueran los hombres que jugaban con los sentimientos de las mujeres!

Me giré en la cama, poniéndome otra vez la colcha sobre los hombros. Solía dormir desnuda, pero desde aquella horrible confesión me había enfundado un pijama de franela y no me lo había quitado sino para ir al baño. Menos

mal que el fin de semana me había ayudado para desconectar de todo.

Un libro en la mesilla de noche y el televisor trasladado desde el salón al dormitorio por toda compañía. Daba gracias por tener una reserva importante de helado de chocolate en el congelador. Era el alimento perfecto para aliviar las penas mientras me tragaba toda la primera temporada de Juego de Tronos con las piernas cruzadas apoyada en el cabecero de la cama. A golpes de espadón esperé olvidarme de todo, y en cada cabeza cortada vi el rostro de mi novio, ahora amante. Aunque tras seis capítulos, y un

montón de muertos ensuciando los terrenos del reino, empezó a dejar de ser efectiva la terapia.

Juego de Tronos no lo curaba todo.

Me había pasado el fin de semana enfadada. A pesar de que el primer día había llorado como una tonta por la pérdida de la estabilidad que mi relación ficticia me había proporcionado unos meses atrás, tras la primera noche en vela decidí que lo que quería era descargar mi ira. Debí haberle pegado un guantazo en el interior del coche. Nunca había soportado estar mucho tiempo triste, y preferí cambiar esa

sensación por una cólera que sí apaciguaba algo el helado.

El chocolate hizo su efecto, y por supuesto, las cabezas rodando por el suelo, poniéndolo todo perdido de sangre. Menos mal que no me tocaba limpiar a mí el desastre.

Dos días de televisión y libro, amontonando cajas de pizzas en el suelo del dormitorio, con el fregadero lleno de cucharillas de postre y la basura repleta de envases de refrescos de cola y tarrinas de helado.

Menos mal que había llovido todo el fin de semana, y no me había

perdido ningún plan interesante con mis amigas...

Bueno, a decir verdad no lo tenía muy claro, ya que había apagado el móvil en cuanto entré por la puerta de casa aquel viernes, con las piernas aún oliendo a semen y a engaño. También había desconectado el teléfono de la pared. El cable solamente volvió a su sitio para hacer el pedido de las pizzas a las horas en las que me entraba hambre.

— ¿No le apetece una ensalada para la noche?—, me había preguntado el pizzero, el

mismo que había acudido cinco veces a llevarme mi sustento. El tipo rondaba los treinta, y no supe decir si me lo aconsejó porque se empezaba a preocupar por mi dieta, o porque mi casa quedaba demasiado lejos del local y la lluvia no hacía llevadera la profesión de repartidor de pizzas en moto.

— Lo pensaré—, le dije, temiendo que su plan era que me pidiera la ensalada en el restaurante del local que tenía al lado del portal de casa, y para así librarse de tener que

volver a llegar tan lejos de la pizzería por la noche—. Pizza y ensalada me parece un buen plan.

El muchacho me miró muy mal.

Por supuesto, cuando apareció el hambre al anochecer, no encargué la ensalada, aunque sabía que en la pizzería también me habrían preparado algo que llevara lechuga.

Menos mal que no perdía el apetito cuando me disgustaba.

Únicamente con la muerte de mi madre había dejado de comer una semana. Me vi tan débil que me prometí a mí misma que sólo le

guardaría ese tipo de luto a mi padre, pero esperaba que pasaran muchos años hasta que eso sucediera.

Un novio no podía cargarse la salud de una mujer, por muy enamorada que una estuviera, y por muy bien que se le diera llevarte a la cama.

¿Por qué, entonces, me resistía a meterme directamente en la ducha, como cada lunes?

Seguro que el agua resbalando por la piel se llevaría el malestar del cuerpo, y una vez en las cañerías del desagüe no me importaría tanto mi ex novio.

¿Ex?

¿Había llegado a romper con él?

Esa idea sí me hizo sentar en la cama. El despertador marcó las siete con sus numeritos rojos, a punto de volver a sonar para instarme a abandonar la calidez de las sábanas. La función snoozer había sido un gran invento.

Había presionado el dichoso botón un par de veces.

El televisor bloqueaba parcialmente el acceso a la puerta del baño. La de salida hacia el pasillo estaba plagada de cajas de cartón con el logotipo del

restaurante y restos de las aceitunas que no me había comido. Tenía el consolador ocupando el otro lado de la cama, sobre la almohada. Allí lo había puesto al amanecer del domingo, para rellenar el hueco que la cabeza de mi novio había dejado. Me había resultado gracioso entonces pensar que se le podía sustituir por una simple polla de plástico, y reducirlo a lo que él me había reducido a mí.

A una amante.

Si eso era en lo que mi novio me había transformado, era en lo que yo pensaba transformarlo a él.

No... mi novio no. Mi ex.

Por fin una sensación de inquietud hizo que tuviera ganas de saltar de la cama. Apagué el despertador justo antes de que volviera a sonar, subí la persiana veneciana y dejé entrar la claridad del día en la alcoba. Mi consolador me dio los buenos días, y yo se lo agradecí llevándomelo a los labios, y besando su capullo con toda la intimidad del mundo.

Los pantalones del pijama quedaron a los pies de la cama de un salto, y la camiseta fue a parar un par de metros más lejos, mientras

avanzaba hacia el cuarto de baño. Abrí el grifo del agua caliente de la ducha mientras observaba mi aspecto en el espejo. Ojeras importantes, muchos mechones enredados en los cabellos, pero pocas señales más habían dejado las noches en vela en mi cuerpo. Estaba cansada pero me sentía viva. Y el cansancio lo iba a retirar de mi rostro con una buena capa de maquillaje. Del pelo ya me encargaría tras la ducha, o se encargaría la peluquera si veía que merecía la pena una rápida visita antes de mi primera cita de trabajo de aquella mañana.

Me devolví la sonrisa a través del espejo y me metí bajo el grifo de agua caliente. Disfruté de la ducha como si hiciera años que no me daba una. Sentí las gotas golpear mi piel, y esa presión me relajó lo suficiente para que se me fuera de la cabeza atacar el botiquín buscando alguna pastilla que me quitara el dolor de espalda. Aquella misma tarde tenía que volver al gimnasio. La falta de ejercicio no me había sentado nada bien.

Ritual completo. Jabón de spa, mascarilla para el cabello, crema hidratante, una buena capa de

maquillaje... Todo para ahuyentar el fin de semana en vela.

La toalla fue a hacerle compañía al pijama en el suelo. Pensé que ese pijama no debía volver al cajón nunca más. Siempre acababa enfundada en él en mis momentos bajos, y no me iba a permitir ni uno más por el momento. Mejor que acabara en el cubo de la basura antes de volver a sentir la necesidad de ponérmelo otro fin de semana.

Cogí un saco grande de basura y fui metiendo todo lo que me podía recordar los días metidos en mi

dormitorio. Llevé el televisor a su lugar en el salón, y luego pensé que el pijama debía llevarlo a la parroquia en vez de dejarlo en la basura. Lo metí en el tambor de la lavadora y junto con las prendas de la semana anterior dejé puesto un programa de lavado corto.

La casa volvió a parecer un sitio acogedor donde vivir.

Entré en el vestidor y elegí el conjunto más arrebatadoramente sexy que pude encontrar para el invierno. Arreglé mis cabellos lo suficiente para poder posponer la visita a la peluquería al menos una

semana, y elegí complementos escandalosos que indicaran claramente que era la ex de alguien. Necesitaba sentirme atractiva, y que me miraran con deseo.

El reloj despertador no había marcado las ocho cuando me calcé los tacones y recuperé mi móvil. Lo encendí mientras me tomaba un café en la cocina. La fruta se había echado a perder, pero pude comer algo de pan con jamón mientras hacía una lista de la compra mental para aquella semana. Me estaba tomando el último sorbo de café cuando el teléfono cogió cobertura y empezó a descargar todo lo que

no había descargado en aquellos dos días.

Se me hizo tremendamente largo esperar a que terminara.

Había más de quinientos mensajes de whatsapp, varios correos electrónicos, recordatorios en mi agenda de los diferentes cumpleaños de las amigas y familia y algunos mensajes de llamadas perdidas.

Y lo que más se repetía era el nombre de mi novio.

Octavio...

— No. Mi novio no. Mi ex...

Me llevé el teléfono a la oreja justo

tras marcar su número de teléfono. Tantas veces lo había llamado en aquellos meses que se me hizo enormemente raro pensar que era la última vez que lo hacía. Su voz sonó esperanzada y alegre al descolgar tras el tercer tono. Casi me dieron ganas de susurrarle que necesitaba que fuera a buscarme para arreglarlo.

Cerré los ojos y conté hasta tres, concentrándome en la ira que me había obligado a permanecer todo el fin de semana pegada al televisor viendo la serie más violenta que me pude permitir.

Menos mal que duró la necesidad sólo un instante.

— Olivia... ¡cuánto me alegro de que me hayas llamado! Estaba muy preocupado por ti.

Cogí aire, saboreando su alivio.

— Sabes que eres mi ex, ¿verdad?—, le dije, con el tono más frío que había utilizado en toda mi vida—. Porque yo lo tengo muy claro.

II

Llevaba una semana siendo la perfecta trabajadora, la perfecta amiga y la perfecta deportista.

Necesitaba un respiro.

Las buenas intenciones se afrontaban muy bien los lunes por la mañana (o los domingos por la noche) pero al llegar el viernes pasaba lo que nos ocurría con la dieta. Aparecían las ganas de pecar.

Y yo, tras una semana sin querer

coger el teléfono a mi ex —que me llamaba varias veces al día—, evitando los lugares donde podía encontrarlo, o al menos en los horarios en los que sabía que podía cruzármelo, estaba como loca por marcar su número de teléfono y escuchar su voz.

La carne era débil. Al menos... la mía.

Necesitaba una buena juega con mis chicas. Ellas siempre habían sido la voz de la cordura en mis etapas de locura, y yo había tratado de corresponderles de la misma forma cuando habían andado en sus

peores horas. Todas las mujeres necesitábamos largas tardes de tertulia con un café entre las manos y algo de olor a chocolate como promesa. Mis chicas se habían portado como nunca conmigo.

Tenía el lujo de poder llamar amigas a las mejores mujeres de la ciudad, y estaba casi segura de que no estaba exagerando. Si había personas que podían sacarme una sonrisa en un momento de crisis como aquel esas eran ellas. Y llevaban toda la semana turnándose para acompañarme a casi todas partes, las muy sufridas. Gimnasio, almuerzos y cenas, compras,

paradas esporádicas para surtirnos de chocolate...

Las había tenido conmigo en el baño, incluso cuando me dio un ataque de lágrimas a mitad de semana.

Debía invitarlas a una cena. Se la debía por las horas en las que me había pasado comiéndoles el coco con mis historias. Las pobres habían tratado de consolarme y animarme a partes iguales. Además, habíamos tenido un par de magníficos momentos en los que, simplemente, lo maldijeron conmigo. Ninguna de ellas se

esperaba que la relación perfecta que yo les había descrito durante un año hubiera acabado de aquella manera. Por lo tanto, el lunes en el almuerzo había tocado dejarlas a las tres con la boca abierta.

— Lo he dejado—, informé, nada más sentarnos en la mesa del restaurante para almorzar.

— ¿Te has vuelto loca?— me preguntó Olaya, que acababa de pedirle al camarero su sempiterna Coca Cola—. ¿Qué ha pasado?

No por nada ella me había visto marcharme el viernes con él,

luciendo la mayor de mis sonrisas. Nada hacía presagiar lo mal que acabaría la conversación dentro de su coche.

— Resulta que es un enorme capullo, y además tiene pareja.

Ojos como platos, manos a la cabeza, y unas cuantas maldiciones. Me uní a los insultos, por supuesto. Me acababa de levantar de la cama tras un fin de semana horrible, y cualquier cosa era preferible a volver a tener por compañero al televisor y al helado, y por único humano visible al que saludar el repartidor de pizzas.

— ¡Será hijo de puta!

— Lo es, lo es...

Les conté lo poco que sabía, ya que yo, en verdad, no me había quedado a escuchar mucho las explicaciones de Octavio. Ahora tenía muchas más lagunas de las que deseaba, pero en aquel coche había empezado a hacer demasiado calor, y yo no tenía ganas de demostrarle lo mucho que me había herido echándome a llorar. Él habría acudido a brindarme su abrazo, a secar mis lágrimas con sus besos, y probablemente yo habría acabado sucumbiendo a ellos, buscando su contacto.

Tal vez habría perdonado a mi novio.

“No, mi ex. Lo tengo que tener muy claro”.

Eso había pasado el lunes.

Y ya habíamos llegado otra vez a un jodido viernes.

Cinco largos días desde que me levanté y mandé a la mierda a mi novio, y había sustituido la quema de calorías del sexo con un extra de ejercicio en el gimnasio. Cambiando de horario, por supuesto. Que siempre quedaba con Octavio para sudar un poco juntos antes de seguir sudando en mi

apartamento.

Por suerte, él no tenía mucha disponibilidad para intentar coincidir conmigo si yo empezaba a ir al mediodía al gimnasio, antes del almuerzo. Y, después de tantos meses, entendía el motivo.

¿Cómo no iba a tener siempre prisa, si tenía que complacer a dos novias?

Me daba rabia darme cuenta ahora de lo obvio. No se quedaba a dormir en casa salvo en contadas ocasiones. No podíamos quedar sino para cenar en mi piso entre semana, tras el gimnasio diario y un

encuentro cuerpo a cuerpo en cualquier lugar de la casa. Si le pedía que se quedase me contestaba que al día siguiente tenía que madrugar mucho, y que necesitaba descansar en su cama. Fui una tonta pensando que tan importante era su propio colchón como para negarme su abrazo al menos una vez en semana.

Ahora me daba cuenta de las verdades que antes no vi, y que debieron hacer sonar mis alarmas. Fines de semana casi siempre ocupados con su familia, a la que nunca llegué a conocer. Trabajo enigmático de empresario, del que

apenas hablaba conmigo, que lo requería demasiado a menudo como para que no debiera cobrar un suculento plus de disponibilidad de veinticuatro horas, hoteles en vez de su casa, siempre en coche en vez de en moto, y preferiblemente por separado... Miles de datos que clamaban al cielo que me fijara en que aquello no era normal.

Pero yo, simplemente, estaba enamorada.

Cuando estás loca por alguien no le prestas atención a los detalles, y simplemente tratas de permanecer más tiempo con esa persona. Te vas

creyendo las mentiras, porque al final quieres hacerlo, y porque el que miente suele tener una gran maestría para engañarte.

Octavio me engañó durante todos los meses que duró nuestra relación, pero no tenía más referencias acerca del engaño. Algo tan básico como si estaba casado o sólo convivía con la otra se me escapaba. Si había hijos de por medio, hipoteca conjunta y demás historias de pareja nunca lo sabría. No le había preguntado siquiera si la amaba...

Si nos amaba a las dos, o si con

cualquiera de las dos fingía.

Ahora imaginaba que cada vez que salía de mi apartamento a las diez de la noche era porque iba a recogerla al trabajo para luego dormir juntos en su acogedora casa de pareja respetable. Cada vez que recibía una llamada del trabajo en plena cena y se disculpaba con un rápido beso para salir corriendo era porque ella lo reclamaba antes de la hora acordada por la mañana. Si lo llamaba por la mañana y no contestaba al teléfono era porque estaba su novia presente, o si era imposible quedar con él para una escapada de fin de semana era

porque todos los tenía ocupados con esa mujer.

Con la oficial.

Me había imaginado tantas cosas esa semana que a veces tenía ganas de tirarme de los pelos por idiota. De nada servía torturarme con todas esas conjeturas. Tenía una mujer a la que prefería estar unido en vez de quererme a mí en exclusiva.

Así de sencillo.

Yo solamente era la amante.

Con esas ideas en la cabeza había ido lidiando hasta la llegada del nuevo viernes. Mis amigas me

habían ido consolando como nunca antes, quitándole importancia a lo que se había convertido en un drama para mí. No saber nada de lo que me había ocultado mi ex me estaba produciendo más ansiedad de lo que quería reconocer, pero a ellas no se les escapaba.

Hora de salir de la oficina, hora en la que Octavio venía a buscarme en su precioso coche y pasábamos una agradable tarde en el hotel que hubiera elegido... hasta las diez de la noche. Alguna vez, las menos, me sorprendió diciéndome que se podía quedar a dormir conmigo, pero fueron tan pocas que debía

forzar la memoria para recordar las fechas.

— Mentira—, me dije, cerrando los cajones de mi escritorio, dando por finalizada la jornada laboral—. Las recuerdo todas.

Ciertamente, había atesorado esas pocas ocasiones en las que pude acurrucarme en el hueco entre su hombro y su brazo y me dispuse a dormir compartiendo el calor, además del sudor por el sexo desenfrenado. Había sido la mujer más feliz del mundo cuando eso ocurría, y esas ocasiones habían

servido para estar aún más enganchada a él.

Mi hermana hubiera comentado que se trataba de la misma táctica que usaba un pescador para cansar al pez una vez ha picado el anzuelo. Tira y recoge... Ella se habría dado cuenta del juego de Octavio. Una lástima que viviera en el extranjero y no lo hubiera conocido nunca.

Él no había querido acompañarme en el único viaje que había podido organizar para ir a verla.

Esas noches compartiendo cama habían compensado luego las largas semanas de vuelta a la rutina, a

vernos un par de horas y siempre con los mismos fines. Algo de ejercicio, algo de sexo, algo de comida...

Se lo puse demasiado fácil al muy gilipollas.

Abastecía sus necesidades conmigo en una especie de avituallamiento amoroso. Se surtía de lo que necesitaba, y luego iba a buscar a su novia a su trabajo, o a donde fuera, para contarse mentiras sentados en el sofá de su casa antes de irse a la cama. Tal vez incluso cenaban, que conmigo nunca abusaba. Dos cenas no sería algo

descabellado teniendo en cuenta que era un hombre activo y fuerte, y nunca cometía excesos estando conmigo. Las calorías que ingería después del sexo las compensaba follándome de pie contra la pared del salón nada más cruzar la puerta. Y, sin querer, se me mojaron nuevamente las bragas.

El sexo con Octavio siempre había sido maravilloso. Agitado, morboso, pasional. Era un hombre que en cuanto me tenía cerca aferraba la trenza que adornaba mi pelo, la enlazaba entre sus dedos, y me susurraba al oído.

— Te deseo...

Acto seguido se apoderaba de mis labios, y yo empezaba a sentir sus manos recorriendo todo el cuerpo, apremiante y posesivo, como si tuviera miedo de que fuera a desvanecerme de un momento a otro. En ese momento, en el que ya me había desvanecido, me preguntaba si se empalmaría con igual rapidez con la que yo me había sentido mojada en mi silla.

Miré el teléfono.

Otra vez viernes.

Me llevé las uñas a la boca para contener el impulso de descolgar y

marcar su número. Mis piernas temblaron ante la perspectiva de llamarlo, pedirle explicaciones, exigirle que dejara a la otra y se viniera aquella noche conmigo. Tenía que ceder. Me lo debía después de haberme tenido un año engañada, después de usarme como una muñequita, después de tantas malas noches que no compartió conmigo y sí con ella.

Aquella noche me la debía.

Me debía tantas explicaciones. Y yo le debía tantos insultos...

Menos mal que Olaya, que además de amiga era compañera de trabajo,

entró en ese momento en mi despacho. Me vio mirando el teléfono como si lo odiara y amara al mismo tiempo, y se apresuró a levantarme de la silla y a buscar mi chaqueta que permanecía colgada en el perchero.

— ¡Por fin es viernes!

Sí. Otro maldito y jodido viernes.

III

Cena en un japonés. Mis amigas me estaban mimando mucho.

Las otras dos del grupo ya estaban sentadas en la mesa cuando Olaya y yo llegamos. Ellas también eran compañeras de trabajo entre sí, y su jornada laboral terminaba sustancialmente antes que la nuestra. Normalmente cuando llegábamos siempre habían tenido tiempo de almorzar, ir de compras y tomar un par de copas para luego darnos una enorme envidia cuando

nos sentábamos a su lado, con cara de “lo que os habéis perdido esta tarde”.

Casualmente lo que siempre nos perdíamos era a un dependiente de zapatería que estaba como un queso, o un camarero que pedía a gritos que le dejaras una buena propina, y que le dejabas porque tenía en la mandíbula más deseable de toda la ciudad. Cuando llegábamos Olaya y yo ya quedaban pocos hombres interesantes a los que echar el ojo. Tendríamos que plantearnos lo de cambiar de trabajo y pasarnos a la empresa de las Olga y Oriola, las dos

afortunadas.

Su jefe seguro que nos podía hacer un hueco.

Eran amigas desde la infancia, al igual que Olaya y yo. Nos habíamos conocido en la universidad el primer año de carrera. Eran el tipo de chicas que atraen con mirada tanto si eres hombre o mujer. A mí, simplemente, me cautivó el buen rollo que había entre ellas. De primeras pensé que formaban una pareja de lesbianas, de lo tan unidas que las veía siempre. Cariñosas y simpáticas, con unas inmensas ganas de pasarlo bien.

Olaya y yo habíamos sido siempre más dedicadas al estudio que a la juerga, pero al conocerlas eso cambio... para peor.

Nuestro primer año de carrera fue nefasto para las cuatro. Demasiadas salidas, demasiados chicos, demasiadas noches de tertulia en el piso que al final acabaríamos compartiendo juntas. Al llegar septiembre nos quedaban la mayor parte de las asignaturas a todas, lo que nos hizo replantearnos las cosas. Yo no estaba dispuesta a pasar otro verano estudiando a destajo lo que no había podido entender en los meses anteriores, y

convencí al resto de que lo más sensato era moderar el ritmo de vida.

A alguna le costó más que a mí aceptarlo. Pero al llegar el nuevo verano teníamos todas las asignaturas aprobadas.

Ahora, sobre todo a Olga, le iba muy bien en su trabajo. Ganaba casi tanto como nosotras tres juntas. También era cierto que dominaba tres idiomas desde la infancia, al ser sus padres profesores de la escuela oficial de idiomas. Supongo que también ayudaba que se hubiera liado hacía unos años

con su jefe y que le hubiera subido sustancialmente el sueldo, pero era verdad que la chica valía, y mucho. Era condenadamente buena en lo que hacía.

Y no me refería a chupársela al directivo que tenía por encima de su cargo en el ascensor del rascacielos donde su empresa tenía las oficinas centrales. Que sesenta y ocho plantas daban para mucho... pero no era el caso. Siempre se habían cuidado mucho de mantener la relación lo más en secreto posible, y salvo al departamento de nóminas, que seguro que se olía algo, nadie en la empresa, salvo

Oriola, sospechaba nada. Incluso me había pedido alguna vez que Octavio fuera a recogerla a la oficina para que sus compañeros se creyeran que salía con alguien ajeno al departamento. Mi ex nunca había podido hacerlo —tan liado andaba siempre el pobre teniendo una doble vida como para fingir también una tercera novia—, pero el novio de Olaya se había prestado unas cuantas veces.

Vigilábamos desde entonces de cerca al novio de mi amiga, por si las moscas... Y no por Olga precisamente. Que todas sabíamos que estaba muy enamorada de su

jefe, y él de ella. En verdad también sabíamos que el novio de Olaya estaba loco por ella y que sólo se prestaba al juego porque le gustaba complacer a la muchacha, pero nosotras bromeábamos con el hecho de que había sido muy fácil convencerlo para que cogiera de la mano a Olga.

— Ese trama algo—, solíamos comentarle. Ella, simplemente, se ruborizaba.

Teníamos la esperanza de que en poco tiempo Olga nos hiciera vestirnos horrorosamente de damas de honor para su boda secreta en

alguna isla paradisíaca. Con todos los gastos pagados, por supuesto. Ya, después, podrían enterarse todos en la empresa.

— ¡A ver cuando nos das ese capricho!

Mis chicas habían comprado, como no, alguna prenda de ropa. Lo que no me esperaba era que hubieran dedicado el tiempo a renovar mi vestuario y no el suyo. Al parecer, invitaba ese día el novio de Olga, que tras enterarse de mi mala suerte con mi novio —ex, que no me entraba aún en la cabeza—, había insistido en que a las mujeres

siempre nos animaba un par de prendas de vestir sexys.

— ¡Mira qué cosas tan chulas te hemos traído!

Y me pasaron tres bolsas de tres tiendas donde ya te cobraban por respirar el mismo aire que rozaba las prendas.

Ciertamente, toda la ropa era preciosa. Tuve que llamar de inmediato a Carles, el novio ricachón, para agradecerle el detalle. No era que me pareciera correcto que pensara que a un novio se le olvidaba sustituyéndolo por ropa, pero aquel mismo fin de

semana había colocado yo mi consolador en el sitio que Octavio había ocupado en la cama con las mismas intenciones. Así que el gesto era, en principio, igual de superficial que el mío.

Estaba mirando un conjunto de lencería del todo inapropiado para sacar de la bolsa en el restaurante cuando me llevaron la primera copa de vino.

— Esto voy a tardar en estrenarlo—, les comenté, pensando que ponerse tales encajes sin que los fuera a disfrutar un hombre era una

pena, y andar lavando a mano prendas de diseño no se me daba nada bien.

— Eso ni lo sueñes. Tú te buscas un amante esta misma noche, aunque valga solamente para dos polvos.

Oriola era la única que permanecía soltera, y creo que en su fuero interno se alegraba de poder tener ahora a una amiga que fuera a ir de caza por las noches con ella, en vez de sentirse simplemente observada por nosotras tres, que hasta hace nada teníamos pareja.

— Tú lo que quieres es que

te quite a los moscones feos de delante, para que puedas ligarte a los hombres guapos.

— No lo dudes...

Nos echamos a reír mientras mirábamos la carta, aunque en los restaurantes japoneses siempre pedíamos básicamente lo mismo. Nos gustaba hacernos las interesantes, mirándonos por encima de las hojas, a ver si alguna se atrevía a pronunciar el nombre de alguno de los platos, con tan poco acento e idea que acabara despertando la risilla disimulada del camarero. Oriola había optado por pedir los platos por el número

que acompañaba a la foto, tras tenerla muy gorda con una camarera de un restaurante del que casi nos echan y al que nunca habíamos vuelto.

— Lo de siempre, ¿no?

— Lo de siempre...

Si teníamos claro que la noche de chicas era para beber...

Nos contamos a grandes rasgos las novedades del día, que no eran muchas. Y Olaya tuvo la indecencia de confesar que me había encontrado en mi despacho con pinta de ir a descolgar el teléfono para llamar a Octavio.

— Traidora...

— Lo hago por tu bien—, respondió ella, cruzando las piernas en plan diva, dando a entender que estaba muy orgullosa de sí misma por haber sido tan oportuna—. Si llego a entrar tres minutos más tarde la tenemos que ir a buscar al hotel donde hubiera quedado con el muy cabronazo.

Era una pena que a esas alturas de semana tuviera tan poca fe en mi fortaleza mental, pero al final estaba en lo cierto. Había tenido demasiadas ganas de llamar a Octavio como para poder negar la

evidencia.

No iba de haber estado enamorada como una tonta de él. Iba de seguir enamorada de él, hasta las trancas.

Mierda.

Probablemente la idea de intentar ligar aquella noche no fuera tan descabellada. Cualquier cosa sería mejor que pasar la noche del viernes llorando en mi casa, reviviendo la escena de la semana anterior. Los aniversarios eran muy malos para los recuerdos, y ya se cumplía una semana desde que estaba sin novio.

“No. Desde que me enteré de que

era su amante. Rompí con él el lunes por la mañana”.

Mierda, dos aniversarios.

Mejoraba la cosa por momentos.

— Pues vale—, sentencié, levantando la copa para soltar un solemne brindis. En el restaurante comenzó a sonar una canción de Taylor Swift—. Por la noche en la que me pienso ligar al tío más bueno del Martinies.

Shake it off acompañó el chocar de copas.

— Por la noche en la que piensas ligarte al segundo tío

más sexy del Martinies—, contestó Oriola—. Que al más bueno me lo pienso llevar yo a la cama.

Reímos de buena gana. Nos hacía falta.

Me hacía falta.

Mis amigas volvieron a levantar las copas conmigo, y menos Olaya, lo hicieron convencidas de que se presentaba una velada memorable. Pero era porque Olaya me había visto flaquear, y no por nada me conocía desde la infancia. Sabía que lo estaba pasando tremendamente mal, y que me iba a

costar superar el golpe que me
había dado el capullo de mi ex.

Y no iba mal encaminada...

IV

Esa noche no pude ligar. Por más que lo intenté no tenía el cuerpo para estar tonteando con desconocidos que lo único que buscaban era sexo rápido y sin compromiso.

“Mira tú por dónde, como quería mi amante”.

Cuanto más le daba vueltas a la cabeza más entendía que había sido una estúpida al no darme cuenta antes de la vida que había llegado

con mi novio. Vida de amante. Vida de mujer resignada que se conformaba con las migajas que le dejaba la otra. Vida clandestina.

Se acercaron un par de hombres interesantes, acuciados por mis amigas, claramente. Cualquier espécimen que le entrara a Oriola, Olga u Olaya venía rebotado hacia mi lado del reservado, donde nos habíamos sentado a beber mojitos, reírnos de la vida, y criticar vestidos de las otras féminas del local.

Y a observar al género masculino, por supuesto.

No me quité el abrigo en toda la noche. Habían bajado sensiblemente las temperaturas, y no estaba muy por la labor de coger un fuerte catarro que me tuviera otro fin de semana en casa, con un nuevo pijama —ya que el otro al final había ido a parar a la beneficencia—, y más decapitaciones en la tele. Olga se había encargado de ir conmigo a comprar la prenda de ropa, y había tenido muy buen ojo para rebuscar entre los pijamas de rebajas.

Me había quejado varias veces del frío a mis amigas. Ellas parecieron no sentirlo, probablemente porque

bailaron más, bebieron más, e incluso interactuaron más de la cuenta con los hombres, probablemente para atraerlos hacia mí.

Las miré y hasta las envidié por poder estar sin abrigo en pleno enero. De todos modos, como no tenía el impulso de ponerme a lucir vestido y curvas para levantar alguna polla que quisiera pasar un buen rato, no me quedó pena por el mal tiempo en la terraza, siempre que no me obligaran a despojarme de la preciada prenda de abrigo.

El cielo amenazaba lluvia, y yo

tenía muy a menudo ganas de llorar, acompañando la humedad del clima.

Al tercer tío que vino a parar a mi lado tras ser desviado sutilmente por mis amigas me puse algo tiesa en el sillón de mimbre, en el que compartía hueco con Olaya cuando se cansaba de bailar.

— No sé qué te habrán dicho las lenguas viperinas de aquel lado—, comencé, señalando con el mentón a mi grupo de amigas, que había hecho un corrillo para mirarme. Pusieron los pulgares en alto, señalando

que les gustaba, sin duda alguna, el hombre que acababa de acercárseme—. Pero no ando buscando conocer a nadie esta noche, muchas gracias.

Supongo que fui demasiado brusca, porque el hombre que se me acababa de presentar frunció el ceño hasta parecer enfadado. Me sentí mal por ser tan grosera. En verdad yo nunca había sido descortés con nadie, y no tenía que empezar a serlo aquella noche. Era mi primer fin de semana sin pareja, y tenía que dejar de comportarme como una mártir. Nadie en aquella terraza tenía la culpa de que a mí

me acabaran de romper el corazón.

— No por no andar buscando conocer a alguien se deja de conocer a alguien—, contestó, tratando de obviar lo grosera que acababa de ser al hablarle.

El rostro se le suavizó mientras charlaba, y me esforcé por mirarlo a los ojos, cosa que no había hecho con los dos tipos anteriores. No sabría decir quiénes eran los otros dos hombres que se me habían acercado pocos minutos antes, y era toda una descortesía por mi parte. Me sentí mal, a la vez que me quedé sorprendida al darme cuenta

de que me resultó muy agradable mirar a mi interlocutor.

Era, sin duda alguna, muy atractivo.

— Cierto. No buscar compañía no me exime de ser educada.

Me levanté del sillón, no sin algo de dificultad tras tres mojitos y el vino de la cena. Le extendí la mano para presentarme tras estirar mi vestido y el abrigo por debajo del culo. El tipo siguió mis movimientos con la mirada, y pude notar que sonreía complacido cuando volví a mirarlo a los ojos.

— Me llamo Olivia.

Rechazó mi mano y se apropió de mi rostro para darme un beso suave en la mejilla, muy cerca del oído.

— Eso me ha dicho tu amiga.
Un placer... Olivia.

Tenía una voz sensual que hizo que me temblaran un poco las piernas al aceptar su beso. Lucía una barba de tres días que me raspó la mejilla, haciéndome cosquillas. El beso fue húmedo, y cuando retiró los labios sentí frío sobre la piel que había dejado atrás.

Impulsivamente llevé los dedos a la zona, gesto que le hizo mucha gracia.

— Yo soy Oziel.

Me quedé como una tonta mirando sus labios, enmarcados en la barba incipiente. Tenía unos preciosos ojos picarones que jugaban con la idea de recorrerme el cuerpo para valorar si merecía la pena el esfuerzo de quitarme el mal humor. No puedo decir que me desagradara su poco disimulado descaro, ya que hacía un par de mojitos antes había decidido que aquella noche iba a meterme en la cama con un completo desconocido, y aquel lo era.

Y estaba realmente bien el

caballero.

Cabello oscuro ligeramente ondulado, lo suficientemente largo como para poder peinarlo y aferrarlo mientras se le besaba. Mandíbula cuadrada que me recordó a la del personaje de Batman bajo la máscara negra. Cuerpo esbelto aunque sin grandes pretensiones. Buena postura, y buena mirada...

Supongo que a él también le hizo gracia que lo valorara.

— Siento que sea un mal día para conocer a alguien. Me habría encantado tomarme una

copa contigo.

Volvió a darme un beso a modo de despedida, algo más largo que el anterior. Y muy húmedo. Sentí que me excitaba bajo la presión de sus labios, mientras sus palabras me acariciaban la piel cerca del oído, tratando de dejar huella en mi mente... y en mi entrepierna.

— Espero que otro día quieras conocerme.

Su mano tocó mi cuello para terminar de embaucarme, y la otra rozó mi cintura. Temblé y sentí su sonrisa a mi lado, raspando con el gesto mi mejilla. La música sonaba

alta en el local, pero no se me escapó ni una de sus palabras.

Hubiera quedado como una hipócrita si de pronto me entraban ganas de aceptarle esa copa tras haberlo mirado a los ojos, así que no dije nada. Me limité a asentir, como él intuía que haría, y lo observé con cara de lela mientras se alejaba, volviendo a saludar a Oriola, que era la que lo había conducido hasta mí.

“Gilipollas”.

Me lo llamaba a mí, no a él, que para nada se había comportado como tal. Acababa de dejar pasar

al tío más atractivo, probablemente, de todo el local, y su beso de despedida había sido como un bofetón por la promesa de erotismo que escondía, y que me había privado de disfrutar.

Sentí el impulso de quitarme el abrigo y salir a bailar con Oriola, pero mi estado de ánimo se ensombreció ante la perspectiva de comportarme como una niña que trata de recobrar la atención del niño al que acaba de insultar. Seguí con la mirada su trasero, casi cubierto por el blazer que llevaba, mientras se alejó de nuestro reservado y se confundía entre la

masa que se movía al ritmo de las notas musicales.

No me gustó el sabor de boca que se me quedó al perderlo de vista.

Y no me gustó la canción que sonaba, por lo que volví a sentarme en mi sillón de mimbre, cruzando las piernas, y poniendo más tela del abrigo sobre ellas.

Mi humor había empeorado considerablemente.

Me prometí que era la última vez que dejaba que Octavio me fastidiara una noche. No había nada entre él y yo, salvo las mentiras y mi corazón roto. Mi rabia y mi

impotencia, y mi necesidad de volver a estar entre sus brazos. Necesitaba comprobar si esa necesidad se evaporaba al estar entre otros, que apretaran mi cuerpo con la misma fuerza.

Pero mi promesa me recordó demasiado a la que me había hecho el fin de semana, tratando de comer algo para no perder peso por un disgusto amoroso.

Mis promesas sonaban demasiado huecas...

— ¿No te ha gustado ese hombre?

Mi amiga soltera se había quedado

también mirando la estela que dejó Oziel al alejarse, con mejores cosas en la cabeza que llamarse gilipollas a sí misma por haberlo espantado. Ella, probablemente, se veía ahora mismo acercándose a él, presentándose con una enorme sonrisa, y plantándole un enorme beso en los labios a modo de saludo. Si se lo follaría en alguno de los baños de la terraza, en el asiento de atrás de su coche, o en la cama de cualquiera de los dos, no me quedaba muy claro. Pero mi amiga se había puesto en modo caza, y Oziel iba a tener pocas posibilidades de defenderse de

ella.

Me dio cierta envidia.

En verdad ella había prometido acostarse con el tío más guapo del local, y me quedaban pocas dudas de que ese era sin duda Oziel.

— Todo tuyo. Disfruta de la noche—, le contesté, intentando sonreír—. Y dale recuerdos de mi parte.

“¿Recuerdos de mi parte? Cada día ando más atontada”.

Me dio un beso donde aún conservaba el recuerdo del anterior, y dando saltitos se perdió en la misma dirección que el primer

hombre que había conseguido que se difuminara la imagen de mi amante, metido entre mis piernas, entrando y saliendo con ansia, apoyada contra la pared de mi piso una noche cualquiera.

Aquella noche iba a necesitar los servicios de mi consolador, lo estaba viendo.

Olaya me miró desde la zona de baile, y sonrió entendiendo cómo me sentía. A los pocos minutos se sentó a mi lado portando dos copas con sendos mojitos. Lamí el azúcar del borde del cristal para quitarme el amargor de la boca, y

mordisqueé un poco de hielo. Olaya me abrazó cuando las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Al final, había empezado yo a llorar antes que el cielo a llover.

— ¿Qué voy a hacer contigo?

— Perdonarme las malas noches que voy a darte...

Olaya cogió un poco más de azúcar con su dedo y me lo ofreció para que lo lamiera.

— Todas las que hagan falta. Para eso están las amigas.

Y mientras lloraba y masticaba azúcar busqué con la mirada a los

hombres que no podía identificar de aquella noche. Pensé que les debía una disculpa. Pero ya si eso para cuando pasara otra vez por delante de un espejo, que el maquillaje tenía que estar hecho una pena con las lágrimas.

“Olivia en modo mapache”.

Sí, me prometí que aquella noche era la última que me fastidiaba mi ex novio.

Era una pena que mis promesas me sirvieran de poco a aquellas alturas.

V

Levantarme el sábado añorando el pijama que di a la beneficencia no fue, para nada, iniciar el fin de semana con buen pie. Acostarme llorando pensando en Octavio... tampoco ayudó a que la cosa mejorara mucho.

La noche del viernes había acabado como se barruntaba, triste y lacrimógena. Después de perder de vista a mi amiga, en pos del amante que se me escapó de entre las manos por comportarme como una

tonta enamorada —que lo era—, la velada no había hecho sino empeorar. Y cuando ya ninguna de las chicas pudo consolarme nos metimos en un taxi y nos fuimos a casa.

Cada una a la suya, a compartir cama con su pareja. Yo, simplemente, abrí la puerta de mi casa y me derrumbé contra la pared tras pasar el pestillo. A rastras llegué al dormitorio, y sin quitarme la ropa me acurruqué bajo las sábanas.

Creo que eran las cuatro de la mañana cuando, tras cansarme de

dar vueltas en la cama con los ojos en modo mapache, resultado de la mezcla del rímel y las lágrimas, cogí el móvil. No quise pensar en lo que hacía, en si estaba bien o mal, en si quedaría como una completa imbécil o en si me arrepentiría a la mañana siguiente. Encendí la pantalla y mis dedos teclearon un mensaje para Octavio.

“Te echo de menos, hijo de puta”.

Y lo envié casi a la carrera para no echarme atrás...

... borrando el insulto.

Enamorada y gilipollas.

Para mi sorpresa, y después de

enviar el mensaje, conseguí dormir el resto de la noche, tranquila y relajada, embadurnando de negro el forro de la almohada. También lo dejé algo mojado de lágrimas y saliva —aunque no pensaba reconocer ni muerta que babeaba por las noches cuando bebía tres copas— pero por la mañana casi sólo se notaban las manchas de rímel.

Al conseguir despegar los ojos la claridad de la mañana me golpeó de lleno desde la ventana. ¿O era ya por la tarde? Mi estómago me decía que llevaba demasiadas horas sin comer nada, y que no había sido

buena idea lo de seguir bebiendo hasta tan tarde. Estaba algo mareada, me dolía todo el cuerpo, y el vestido me había dejado señales muy feas allí donde los broches habían presionado contra la piel durante las horas de sueño.

— Octavio...

Su nombre se escapó de mis labios, y acto seguido el recuerdo del mensaje de hacía unas horas me golpeó en la cabeza como un bate de béisbol. Me senté en la cama, con el cuerpo tembloroso, y alargué la mano hacia el teléfono. Tuve que respirar varias veces antes de

atreverme a encender la pantalla y mirar la hora que era, y todas las notificaciones que tenía en la barra superior de la enorme pantalla.

Las doce de la mañana.

Y cientos de mensajes aglutinados en un espacio tan pequeñito, con su diferente iconografía según el lugar de procedencia. Facebook, Twitter, Instagram. Recordaba vagamente haber subido un par de fotos a las redes sociales por la noche, presumiendo de amigas y de lo guapas que nos veíamos. Alguna foto de la vistosa copa del último mojito al final había caído.

También tenía la esperanza de que alguien que conociera a Octavio viera las fotos y le comentara lo bien que parecía haber superado yo la ruptura, aunque en verdad sabía que teníamos muy pocos amigos en común, y casi todos lo habían conocido a él a través de mí, como mi pequeño grupo de amigas.

Él se había cuidado mucho de no presentarme a sus amistades.

Otra señal inequívoca de que nuestra relación había sido una fantasía.

Ni familia ni amigos. Muy triste.

Entre todo aquel batiburrillo de

notificaciones, y alguna que otra llamada de mi padre que había pasado desapercibida al poner el teléfono en silencio, encontré el mensaje que estaba buscando.

Octavio había respondido esta mañana, cerca de las ocho.

“Yo también a ti”.

Me dio un vuelco el corazón al leerlo. Por más que quería evitar pensar en la posibilidad de ceder a la necesidad de refugiarme entre sus brazos aquella mañana quería ser débil. Débil y tonta, y fingir que nada había cambiado entre nosotros. Que yo no sabía que mi ex

tenía pareja, que yo era la amante y que me había mentido durante un año. Necesitaba que mi vida volviera a ser tranquila y monótona, con los pocos ratos que pasábamos juntos, con los fines de semana robados a su apretada agenda, y los instantes de sexo desenfrenado, comiéndonos el uno al otro como si no hubiera una segunda oportunidad.

Sabía que no conseguiría follar con otro hombre como lo había hecho con él... Y eso me angustiaba también un poco. Bueno, para ser sincera, me angustiaba bastante. Había pasado un año con una

intensa vida sexual y me había acostumbrado a ella. Sabía que podía volver a enamorarme. Con mi edad tenía muy claro que las historias de amor empezaban y acababan tarde o temprano. Pero lo que también sabía era que enamorarte de un hombre maravilloso no te garantizaba buen sexo. Había tenido parejas a las que había querido mucho, pero no me habían complacido del todo entre las sábanas. Y eso deterioraba una relación, dijese los románticos lo que dijese.

Si al final no te estremecías tras tener su lengua entre los pliegues

durante un buen rato... podías ponerle a la relación fecha de caducidad. Y yo necesitaba a un hombre que me erizara la piel con el mero hecho de que me susurrara un par de obscenidades al oído, en el momento más decoroso. Que me hiciera tomarlo de la mano para buscar un sitio a solas y abrirle las piernas mientras él luchaba con la ropa interior y los botones de su bragueta.

Así había sido el sexo con Octavio. Violento, anhelante, sucio...

Así nunca me habían follado antes.

No podía reprimir la pregunta de si

tendría sexo con su pareja de la misma forma, o si con ella hacía el amor y conmigo follaba. Había tantas cosas que se habían quedado flotando en mi cabeza que si no le preguntaba probablemente me obsesionaría con ellas. ¿Por qué había aparecido en mi vida si ya tenía pareja? ¿Había tenido otras amantes antes? ¿Mientras estaba con su novia y conmigo veía a otras chicas? ¿En verdad me había querido alguna vez?

— ¿Para qué quiero saber todas esas cosas?— me pregunté, sintiéndome aún más estúpida—. ¿Qué gano con

eso?

“Respuestas...”

Tenía el pequeño defecto de obsesionarme con las cosas. Necesitaba entender lo que me pasaba, y en ese momento me pasaban demasiadas historias por la mente como para que la madeja se desenredara. Al contrario, con cada noche que pasaba sola en la cama el ovillo se liaba más y más, y me sentía atrapada.

“Es sólo cuestión de tiempo. Tengo que dejar que pasen los días.”

Pero las mañanas llegaban y me

sentía tan mal como al acostarme, y tenía miedo de permanecer así meses, viviendo del recuerdo y de las preguntas no respondidas. Tenía miedo de convertirme en una mujer triste y rencorosa, que tratara a todo el mundo igual que al tío que había intentado ligar conmigo aquella noche. Me tenía merecido que me hubiera dejado plantada tras presentarnos por fin.

Maldito Octavio...

Y allí estaba yo, mirando la pantalla del móvil, como hipnotizada, pensando en si debía contestarle algo o si esperar a que

fuera él quien mandara el siguiente mensaje. ¿Qué más podía escribirle?

Pero tenía la respuesta, al menos, a esa pregunta.

“¿Por qué lo hiciste?”

Mis dedos teclearon la pregunta a la misma velocidad que apareció en mi cabeza, y la envié de la misma forma, sin pensarlo mucho. Al final, sabía que necesitaba respuestas para volver a la normalidad, para seguir con mi vida, para aceptar lo que había pasado.

No... No podía engañarme. Necesitaba respuestas para

perdonarlo, para aceptar que era la amante de un hombre que de momento podía ser que estuviera casado y con hijos, para seguir con nuestra vida clandestina de noches quedando en el gimnasio, cenas frugales y sexo sin prejuicios. Necesitaba perdonarlo, y eso solamente lo conseguiría hablando con él.

Ciertamente, era mucho más gilipollas de lo que había pensado.

Tuve ganas de golpearme la cabeza con la pared donde se apoyaba el cabecero de la cama, pero cuando estaba a punto de levantarme sonó

nuevamente la notificación de que otro mensaje había sido recibido. Casi se me cae el teléfono al suelo al intentar leerlo.

“Porque te quiero”.

Mi corazón volvió a alborotarse. Nada podía importarme en ese momento más que el hecho de saber que sí le importaba a mi novio. A mi ex. A mi amante...

¿Qué coño era Octavio para mí?

No podía conformarme con ser su amante. No podría tener hijos con un hombre que simplemente me veía a ratos, escapándose a su vida ficticia conmigo. No podría

presentarlo en las cenas de Navidad, e invitarlo a las bodas de mis amigas donde cualquiera podría reconocerlo. No podríamos tener una casa juntos, un baño en proyecto para reformar cuando ahorráramos algo de dinero, y un perro sacado de la perrera que estuvieran a punto de sacrificar.

No había futuro con Octavio...

Y, simplemente, lo que necesitaba en aquel momento era un presente.

Y lo quería en él.

— Voy a cometer la mayor gilipollez de mi vida...

Y, aun sabiéndolo, mi alma había

quedado sencillamente en paz al tomar la decisión. Necesitaba seguir con Octavio, aunque sólo fuera para poder resolver los asuntos pendientes, y aceptar que todo aquello había ocurrido en verdad. Estaba enamorada, y eso era algo que no podía negarme. Estaba enamorada, y el amor no desaparecía de la noche a la mañana porque de repente te enteraras de que tu pareja era un capullo integral.

Aunque debería pasar...

Ya habría tiempo de dejar de amarlo. Lo bueno de los

desengaños era que al final desgastaban una relación. Y nos debíamos, al menos, las explicaciones.

No... Me las debía él a mí. Yo me debía a mí misma volver a ser feliz. Y aceptar que en aquello sólo tenía la culpa de haber sido tan tonta como para confiar en que Octavio estaba realmente muy liado con su trabajo y su familia como para dedicarme más tiempo.

Me debía las noches que me había negado, los besos que no me dio por las prisas, y el sexo que tenía con ella.

Me debía tantas cosas...

¿Por qué iba a negarme yo estar con la persona a la que quería?

— Porque está mal... Soy la amante.

Pero yo no quería ser La Otra. Quería ser la oficial, la que saliera en las fotos de familia, la que fuera por la calle de su mano, en su coche al cine, y eligiera las sábanas de la cama.

Quería aquella locura, al menos... de momento.

— Buena suerte...

“Yo también te quiero”.

Acababa de enviar el mensaje cuando me llegó la respuesta.

“Necesito verte”.

Y yo, que sentí que había ganado algo de confianza sabiendo que él estaba igual de enamorado que yo —o que al menos lo fingía— me llené de valor y pensé que no había que ponerle las cosas fáciles al capullo de mi amante.

Sí, mi amante... Era bueno empezar a reconocer las verdades.

“Esta noche. Haz alguna reserva en un restaurante. Tienes muchas cosas que explicarme”.

Sabía que era sábado, que él nunca

quedaba conmigo los sábados por la noche, y que para él sería muy complicado organizar su vida para poder acudir a aquella cita con tan poco tiempo para organizarse. Mentir a su novia, buscar una excusa, hacer la reserva, deshacer antiguos planes.

Al menos necesitaba saber que si me iba a embarcar en algo... él iba a hacer también sacrificios, y no sólo yo.

Miré la pantalla durante un par de minutos, pero permaneció en silencio.

— Capullo...

Estaba a punto de apagar el móvil y coger el panfleto de la pizzería para volver a embarcarme en la vorágine del fin de semana anterior, helado y Juego de Tronos incluidos, cuando llegó un nuevo mensaje.

“A las ocho en el Broidiese. Gracias por darme otra oportunidad”.

La suerte estaba echada, y se me había quedado la cara de piedra.

Una Mancha En La Cama

PRÓLOGO.

Me atrevo a entrar en el dormitorio, con la luz de la luna como única compañera. Pero al hacerlo me golpeo los dedos de un pie contra la pata de la cama. Esa pata, donde aún permanece atada la cuerda con la que me dominaste hace un par de noches, y que me habría servido para retenerte si me llego a dar cuenta de que ibas a desaparecer de mi vida. La miro, tirada en el suelo de cualquier forma, y la recuerdo

enredada alrededor de mis brazos, vistiendo la piel desde las muñecas hasta los codos.

Las marcas de los brazos habían desaparecido, pero todavía permanecía mi coño mojado...

Enciendo la luz de la mesilla. Las sábanas andan arrugadas a los pies del colchón, pues esa noche nunca llegaron a taparnos. Se quedaron enroscadas sirviendo de poca ayuda, salvo por la que prestaron cuando te vi vestirme tras permanecer abrazados un rato. Entonces, apareciendo un pudor que nunca he tenido y que no se puede

explicar hasta que te sientes tan indefensa con tu propia piel expuesta, las enrosqué para taparme mientras me levantaba y me ponía a tu vera. No esperaba que fueras a desaparecer tan pronto, sin apenas clarear el día.

Pero es que no eras mío... Ni de nadie.

El deseo, como mismo viene, desaparece...

La puerta se cerró llevándose tu olor y tu calor, y yo me quedé pasmada, sentada en el borde de la cama que ahora me ofrecía el mismo consuelo que entonces. Las

camas vacías tienen una extraña forma de llamarte para tumbarte, pero no reconfortan sin el abrazo que da paso a un suspiro, a un cerrar de ojos, a un beso tierno y un buenas noches susurrado al oído pesaroso.

Y el olor a sexo...

Allí, en la sábana donde podía intuir mi cuerpo junto al tuyo, estaba la mancha que me tiene paralizada. La que me dice que eras real, que te he sentido y me has tenido. Supongo que tu esperma se escapó de entre mis piernas mientras me abrazabas minutos

después, y allí se quedó, dando fe de tu existencia, con la tranquila impasividad de los que nada tienen que demostrar. Una mancha, como tantas otras antes, a la altura justa...

Suspiro. Suspiro aunque la cabeza se me llena de gemidos.

A pesar de haber tardado dos días en volver a casa, a enfrentarme a la imagen de la soledad, allí estaba. Una mujer tiene siempre tendencia a levantar la cabeza, aunque se baje la barbilla de vez en cuando. De todo se recupera una. De las ausencias, y de las presencias.

Y tú eras las dos cosas.

Más valía una mancha de semen en las sábanas... que mancharlas con lágrimas.

INTRODUCCIÓN. PECADOS DE LA MENTE FANTASÍAS PORNOGRÁFICAS.

El parque.

Horas que nos pasamos sentadas en el banco con los tacones enterrados en la arena, viendo las nubes pasar por encima de nuestras cabezas. Gritos de niños, gritos de madres peleando con los niños. Gritos de madres hablando con otras madres...

Abuelas que dan de comer a las palomas y menean sistemáticamente un cochecito de bebé, buscando que el sol no incida directamente sobre la cara del crío.

Hace mucho tiempo que acudo al parque sola. No tengo hijos, pero sí una perrita a la que le encanta perseguir mariposas entre las flores. Los niños salen de su zona acotada de vallas de colores para ir a rascarle la cabeza entre las orejas en cuanto llegamos a nuestro banco. Y allí, desde hace unos meses, me da por ponerme a sacarle historias a las personas que lo frecuentan. No que me las cuenten ellos, por

supuesto, que para eso ya tengo yo mi imaginación... y me encanta usarla.

Parejas de enamorados que pasean por los caminos que rodean la arboleda; adolescentes tirados en el césped, jugando al juego de estar enamorados; mujeres solitarias con un libro en la mano, sentadas al borde de la fuente de piedra; hombres corriendo por las pistas de atletismo, sorteando bicicletas...

¿Cuántos de ellos llevarían meses sin tener sexo? ¿Cuántos todavía llevaban prendidos sus olores en el cuerpo?

¿Cuántos, al igual que yo, morboseaban con la idea de follar, allí, con cualquier desconocido?

¿A cuántos les apetecería poder mirar, por una rendijita de la puerta abierta, el combate de dos cuerpos entregados a los deleites del desenfreno?

Debo confesarlo. De cualquier escena saco algo erótico, algo libidinoso, algo pornográfico. Va a ser que tengo la mente sucia...

Me siento, observo, elijo.

Y cuando llego a casa, me centro en escribir. No me dedico a ello, pero es una buena forma de pasar mi

tiempo libre tras la dura jornada laboral. El ocupar unos minutos estando delante del papel, con la pluma que me regalaron por navidades entre los dedos, hace que mis fantasías cobren un poco más de vida. Ver las palabras plasmadas en el blanco folio, jugando entre ellas para unirse, hace que mi estancia en el parque requiera mucha más atención al detalle de las personas a las que observo. Cada matiz en la forma de acercar una mano, cada destello en la mirada, cada rubor.

Así me pruebo la piel de la persona a la que imagino. Siento sus deseos,

se me acelera el corazón recordando los contactos, se me revoluciona el fondo del abdomen con el calor que se despierta allá abajo.

¿Te has sentido alguna vez observado en el parque? Puede que haya sido yo...

Puede que formes parte de las fantasías que escribo.

Luego, en la intimidad de mi dormitorio, cuando los folios se han amontonado ya en una pila de hojas que cogerán polvo a medida que les va llegando el olvido, me acuesto en la cama y ensucio las sábanas...

FANTASÍA I

Una mujer lleva un rato sentada en una de las sillas que componen la zona de la terraza, en la cafetería del parque. Ha pedido una botella de agua sin gas, muy fría.

Esa mujer es infiel.

Lo sé porque lleva un pañuelo cubriendo todo su cabello. También usa unas enormes gafas de pasta, oscuras como el carbón. Y una gran pamelita. Mira con nerviosismo su reloj de pulsera, e imagino que su

amante se está retrasando, y que no le gusta estar expuesta a las miradas indiscretas.

No lleva maquillaje, pero va muy bien vestida. Está estrenando zapatos de tacón, vertiginosamente altos. Y luce un collar muy vistoso, destacando en el escote de la perfecta blusa planchada, que no insinúa nada y, sin embargo, promete todo...

Se ha arreglado para un hombre, y ese no es su marido. Esta mujer va de caza.

Bueno, puede que sólo esté esperando a una amiga que llega

tarde, y se acabe de hacer un tratamiento en la piel y no quiera coger sol. Si me acercara a preguntarle, probablemente, habría miles de explicaciones a su indumentaria, tan de anuncio de perfume caro, propio de un paisaje con mar de fondo y un coche descapotable brillando a la luz del sol.

Pero me encanta la idea de que vaya a serle infiel a su pareja.

¿Cuál es el motivo por el que se decide que se va a traicionar sexualmente a la persona con la que compartes algo más que mañanas

estresantes al levantarse, o noches de confidencias entre las sábanas? Enfado, aburrimento, distanciamiento, oportunidad...

El calentón que hace que todo pierda sentido.

¿Va en el carácter, igual que lo de ser constante? ¿Se puede ser infiel sólo una vez en la vida, y nunca más volver a pensar en otra persona? ¿O cada vez que tenemos una fantasía con alguien distinto a nuestra pareja, somos infieles?

Creo que la gracia está, seguramente... en que eso nunca se decide.

Simplemente, ocorre.

INFIEL

La pregunta que nunca debí hacerte...

— ¿Dónde se deja de ser fiel?

Y la respuesta que nunca debiste darme...

— Probemos...

Bajar la cremallera de mi vestido negro, dándote la espalda, mostrando la piel del hombro, sacando una manga. Terminar de bajarla, sabiendo que tus ojos

acompañan mis dedos en el proceso. Pensé, y dije después, que desnudarme delante de ti no era ser infiel... Y tú, cómplice, no dijiste nada.

Sacar el otro brazo y dejar caer el vestido a mis pies, para mostrarte la lencería que en mi intimidad para ti había comprado, fantaseando con algún día poder mostrarte. Negras braguitas de topitos blancos; sujetador a juego con el escote engalanado en encaje, desdibujando la línea del busto abultado. Separar las piernas para que las braguitas se hundan en mi raja y quede la mayor porción de nalga expuesta a

tus ojos malditos.

Inclinarme para mejorar mis vistas,
y para verte devorarme a su vez...

Que te abras la bragueta en dos
movimientos puede que tampoco
sea ser infiel...

Y ver tu polla tiesa entre tus dedos
supongo que tampoco. Esbelta,
tersa, con el capullo rosado,
hinchado y babeante. Saber que si
no hubiera un anillo en mi mano esa
verga estaría ahora recorriendo mis
entrañas calientes. Eso es aún más
excitante. Ojalá las ataduras y los
juramentos desaparecieran tan
convenientemente como se puede

esconder por unas horas un anillo en el bolsillo de una chaqueta... ¡Qué digo unas horas, unos simples minutos! No me hace falta para saciar la sed que me atormenta la garganta más que unos cortos y maravillosos minutos, entregada a los placeres de tu carne traviesa.

Tu mano aferrando tu polla, y el brillo de un anillo en uno de tus robustos dedos. Ese anillo ahora se frota contra la piel endurecida por el morbo que te ofrece mi cuerpo, y no puedo evitar imaginarme el momento en el que tu esposa lo puso allí, vestida de blanco, tal vez sin haberte separado todavía las

piernas para que pudieras olerla.

Me encanta observar el oro rozarse con tu polla, haciéndola tan prohibida...

Puede que tampoco sea considerado infidelidad apartar un poco las bragas para enseñarte mi coñito rasurado y mojado...

Y al hacerlo comprendo que el hecho de que te masturbes mirando como muevo la tela negra sobre mi entrepierna, estimulando mis zonas nobles, no puede ser tan malo... ¡Cómo va a ser malo si me está gustando tanto! Esto no es ser infiel, es disfrutar de mi imaginación

mientras hay un hombre que hace lo mismo con la suya. Ahora, en tu cabeza, me la estás metiendo fuerte... Lo sé, lo intuyo... En esa misma postura, por detrás, apartando las braguitas a un lado para que tu verga se empotre contra el fondo que te ofrezco, una y otra vez... La siento menearse en mi interior como si en verdad lo hiciera. Deliciosa plenitud contra la que apretarse mientras me torturo el clítoris con la yema de los dedos a través de la tela de las braguitas elegidas.

No, definitivamente verte masturbar no puede ser serle infiel a mi

marido. No te estoy tocando...

Ver como te la machacas con la mano cerrada contra la carne dura es lo más excitante que he hecho en años. Tu imagen empalmada mientras te muerdes los labios y me clavabas los ojos en las nalgas como harían tus dedos si te estuviera permitido me tiene tremendamente mojada. ¡Maldita moralidad la tuya! Horrible sensación de impotencia al saber que si me acerco un poco más a ti huirás con la polla tiesa a medio meter en la bragueta, a la carrera.

O tal vez no...

Invitarte a que entres... Invitarte solamente a tocarme.

Me acuesto en la cama boca abajo y separo las piernas. El dormitorio de la casa de tu amigo es tan impersonal como puede ser cualquier otro de un hombre que sólo lo usa para follar. Esa etapa la pasamos ambos hace ya más de una década, cuando éramos jóvenes y pensábamos que comerse el mundo incluía comerle el sexo al menos a una pareja distinta cada semana. Las cosas se complicaron con el paso de los años, y se desdibujaron los deseos en pos de una estabilidad tan efímera que cuando

nos quisimos dar cuenta lo único que quedaba para sustentar nuestra realidad era el puñetero anillo en el dedo indicado.

Anillo de condena. Anillo de castigo.

Aun así, impersonal y todo, la cama es cómoda y amplia. Una pena que los dos seamos fieles a nuestras parejas, y no te animes a tumbarte a mi lado, o sobre mí, como deseo tanto.

Aunque esté boca abajo puedes ver mis dedos entrar y salir de mi coño, y escuchar el chapoteo. De eso estoy segura, porque yo lo escucho

y sé que se te sigue endureciendo, ya que te veo a través del espejo que hay al lado de la cama. Me miras tocarme, te miro yo hacerlo... Y me excito con la idea de que me poseas y me retuerzo por ello entre las sábanas de la cama. Te enseño mi anillo de casada... juego con él mientras lo deslizo de mi dedo y enmarco mi clítoris con él para hacerme sentir más atada a algo que ahora mismo no comprendo. El anillo cae a la cama con el juego, y tú lo observas entre mis piernas, depositado en las sábanas de tu amigo.

¿Gemir pensando en otro es ser

infiel? Porque estoy gimiendo...

Empiezo a no ver la línea y me doy cuenta de que no me molesta tanto.

Pero, sobre todo, te escucho gemir.

Me estremezco al verte temblar a mi lado, ya que te has acercado a la cama. Estás parado a un lado, con la verga en la mano, dura como una roca. Me duele el cuerpo de la impotencia, me duele el alma por la falta de contacto y el coño porque está vacío... Y me duele el dedo porque he perdido el anillo. Aun así estoy tan excitada que no puedo contenerme, y me pregunto si un avance más será posible estando

tan cerca tu cuerpo del mío.

— ¿Se puede considerar infidelidad ofrecerte mi culo para que lo huelas?

Te he herido de muerte, y lo sabes...

Elevo las nalgas, hincó las rodillas en la cama, y te ofrendo mi culo... tal como siempre quisiste.

Sé que estás a punto de caer, y no sé si podré sostenerte. Provocarte hasta ese extremo ha sido peligroso, pero sabía que no podía dejar de ofrecerte mi olor, con lo que sé que lo deseas. Tal vez, sólo tal vez, sea miedo lo que brilla en

mis ojos, a la vez que deseo. Pero tú te inclinas con toda tu mala leche, y dices, con tu rostro junto a mi culo, que si no hay roce, no hay pecado...

Y tus palabras retumban en mi cuerpo mientras te escucho olerme, aspirando fuertemente mi aroma. Y pareces satisfecho, porque la polla, tan dura como la llevas, ha empezado a babearte, con un brillo delicioso que estoy deseando llevarme a la boca. Estoy segura de que te falta poco para eyacular encima de mí. Algo, por otro lado, que nunca creímos que fuera a llegar a ser posible.

Aún recuerdo tus primeras palabras cuando nos conocimos. Eras de esas personas con las que te encuentras en el mundo, de vez en cuando, y piensas que conocías de toda la vida. Un hombre resuelto, pícaro y decidido, que hacía que lo miraras de arriba abajo mientras te lo cruzabas en el supermercado... y mientras te recorría él a ti, también, de arriba abajo. Ahora, medio desnudo a mi lado, poco te parecías a ese hombre que me hizo volver la cabeza mientras tú volvías la tuya, y soltabas con gran desparpajo una frase que me acompañó durante muchos días... y muchísimas más

noches.

— Si quieres te doy mi número de teléfono—, me habías comentado, antes de seguir cogiendo un bote de tomate frito para ponerlo en tu carro, justo con los pañales de recién nacido.

— Si quieres te doy yo el mío...

En mi cesta de la compra iba amontonando poco más que un par de cosas para los rápidos desayunos antes de salir al trabajo, ya que pasaba la mayor parte de mi tiempo fuera de casa, al igual que

mi marido.

Y aquella noche, cuando ya el sueño me vencía, la ocurrencia de intercambiarnos los números escritos en sendos botes de mahonesa hizo que mi vida cambiara.

Aún estaba por verse si para mejor...

— Sexo telefónico no se considera infidelidad, ¿no?

— Depende... — te había contestado yo—. Si es sólo decirme qué me harías o si te tocas mientras lo haces...

— ¿Y qué diferencia habría,

si no es a ti a quien mis manos tocan?

— ¿Y a quién tocarías, a tu esposa?

La idea te había encantado. Follarme por teléfono mientras te imaginabas haciéndole lo mismo a tu esposa había resultado ser una fantasía de lo más excitante para ambos. Cosas que no te habías atrevido a hacerle nunca salían de tu boca perversa y me calentaban el cuerpo, mientras me retorcía en la cama imaginando que estaba mi marido conmigo, haciéndome lo mismo. Tardé mucho en llevar mi

mano a mi entrepierna, pero cuando lo hice no pude entender por qué había tardado tanto. Por fin conseguiste que me escondiera bajo las sábanas, con la luz apagada, para correrme con tu boca traviesa. Mi marido trabajaba tantas noches...

No, había pensado entonces. Masturbarme con tu voz no es ser infiel...

Follar con nuestros respectivos luego, con los olores despertados en los sexos por el otro, tampoco. Escucharte decirle a tu esposa las cosas que me habías dicho a mí,

dejando el móvil encendido en la mesilla de noche mientras la follabas al otro lado de la ciudad fue lo siguiente. Escucharte gemir por lo que ella te hacía, aunque fuera pensando en mi coño y mi boca, me excitaba.

Y yo... seguía preguntándome...
¿Estoy siendo infiel al escucharte?

Follar con mi marido haciendo lo mismo... Llamarlo como a ti te gustaba que te llamara. Gemir para que me oyeras, hacerlo correr de forma sonora para que lo disfrutaras tú desde el otro lado de la línea telefónica. Ponerle tu cara y

tus gestos... ponerle tu morbo y tus actos. Follarte a ti estando con él, dejarme joder por ti en el cuerpo de tu mujer...

¿Fue eso convertirnos en infieles?

Dormir, extenuados, a tantos kilómetros el uno del otro, y sin embargo, con las mentes en el mismo lugar...

Simplemente fantasear. Desearnos. Morir por el otro.

Ahora... después de tantas noches haciendo el infiel sin serlo a nuestros ojos; ahora, que tu polla está tan cerca, tu boca tan dispuesta junto a mi culo, y tus manos se

contienen por algo que creo que es más deseo de continuar con el morbo que por el motivo de sentirte atado por una boda. Ahora mi carne tiembla por la espera, sin ver hacia dónde se inclinará la balanza.

— Cabrona. Puta y jodida cabrona...

El punto justo. Ese en el que sé que ya no puedes estar más cachondo. Después de más de un año de sexo telefónico había llegado a conocerte bien. Ese momento de inflexión ha llegado. Tus palabras han despertado en mí el orgasmo que tanto necesitaba. Me retuerzo

sobre las sábanas a la vez que el calor me hacer perder la poca cordura que queda en mi alma.

Correrme contigo al lado, por lo que me haces sentir, ¿es ser infiel?

Me doy la vuelta y quedo tumbada hacia arriba. Me deleito con la imagen de tu cuerpo ardiente y a punto de correrse. La primera vez que lo veo de cerca, y no por vídeo... la primera vez que te puedo rozar la polla con la punta de los dedos y llevármela a la boca. Sentir la leche salpicarme el cuerpo, elegir el lugar donde vas a ensuciarme. ¡Tantas posibilidades!

Verte sujetar ahora la punta a la espera, escuchar tus gemidos, notar cómo te tiembla la mano.

Y por algún motivo que no consigo entender, cierro los ojos.

Tu leche se derrama en mi abdomen. Plácidos chorros que caen alrededor de mi ombligo, y me calientan la piel, me corren por una de las caderas y la cintura.

Tu semen derramado en mi cuerpo por primera vez.

¿Y esto, será ser infiel?

Me da miedo que la pregunta haya llegado a mi mente justo cuando ya no se puede hacer nada, pero lo

cierto es que no me siento más adúltera que antes de entrar en el cuarto. ¿Dónde estaba la línea, entonces? ¿Dónde dejó de ser una fantasía?

¿O sigue siéndolo?

— Yo no he sido infiel—, comentas mirando la corrida en mi abdomen. Estás tan seguro de lo que dices que me preocupa ser entonces yo la única que ha pecado, o que se siente pecadora.

Recojo con dos yemas de los dedos unas gotas de tu esperma y uno de ellos me lo llevo a la boca. Pruebo

tu sabor y mi lengua se funde con la esencia de tu adulterio, aunque no quieras reconocerlo. Mi saliva envuelve el dedo mientras esa gota deliciosa me desaparece en la garganta. Luego me incorporo, y metiendo varios en mi entrepierna, impregno el que antes estuvo jugando con mi lengua. Lo que me ha mojado los labios bajos con tus palabras y tu imagen ahora resbala por el interior de los muslos, y quiero entregártelo. Si tú no has sido infiel, yo lo he sido... No sé si al dejarte verme, al dejarte correr encima o al iniciar el juego en el que te deseaba. O al escribir mi

número de teléfono en ese estúpido bote en el supermercado. Sólo sé que el anillo aún está en la cama y que mi cuerpo brilla por culpa de tu esperma. Si no me has deseado hasta el punto de perder la cabeza al olerme el culo y llamarme cabrona eso ya es un asunto tuyo.

Para mí, soy adúltera...

Para mí... eres adúltero.

Ahora, mientras me miras hacerlo sabes que te toca, y que al final, quieras o no quieras, vas a saborearme. Te entrego ambos dedos... uno con semen y el otro con los fluidos de mi boca y mi

coño. Los dejo justo sobre tus labios, en el primer contacto entre tu piel y la mía, cuando tan cerca hemos estado el uno del otro tantas veces... sin atrevernos a dar el paso. Y allí esperan hasta que con lengua dubitativa los envuelves y los llevas al interior de tu boca. Allí me pruebas por vez primera también, y siento que se te pone otra vez tiesa ante la perversión que se te ha ido de las manos...

— Ahora eres infiel...

FANTASÍA II

Algunas veces me traigo un libro al parque. No es que lea mucho, ya que me entretengo demasiado con las pequeñas cosas cotidianas que pasan entre sus bancos, sobre la hierba, o en las zonas deportivas. Voy cambiando de sitio, como imaginas, según la temporada. En invierno, antes de que aparezca la nieve, la zona más agradable suele ser la terraza de la cafetería, con un chocolate humeante sobre la mesa, y un buen libro en el regazo.

Aunque no lea en todo el rato, es cierto que un libro a la altura de los ojos te proporciona cierta intimidad a la hora de observar a los demás.

Esa tarde, mientras mi perrita rebuscaba entre las migas que las palomas aún no habían encontrado, localicé a una mujer haciendo lo mismo que yo.

Observaba.

Iba provocativamente vestida, con un conjunto que para mí hubiera querido, si tuviera dinero para pagarlo. Tomaba algo caliente, y tenía un libro en la mesa, que no leía. Una pequeña maleta la

acompañaba en la silla de al lado. Un viaje de fin de semana, imaginé por el día y lo escueto del equipaje. Estaría esperando al taxi que la dejara en el aeropuerto, para disfrutar un rato de la sala vip y posteriormente embarcar en primera hacia un destino con el que yo únicamente podía soñar.

Pero soñar se me daba muy bien.

Entre tanto, unos cuantos papeles pasaban de una mano a otra, también de forma distraída. Parecía que se los sabía de memoria y no le aportaban nada nuevo. ¿Por qué no guardarlos, entonces? Un sorbo de

la taza, y una ojeada rápida a un folio, encabezado por una fotografía. ¿Currículum?

¿Pertenece al departamento de contratación de alguna empresa?

Debía ser muy interesante entrevistar candidatos, mirarlos a los ojos y averiguar si darán la talla para... el trabajo requerido.

Y el trabajo requerido no podía ser otro que estar enterrado entre sus piernas.

¿En qué habría que fijarse? En la presencia, por supuesto. Nadie se acercaba a nadie con esa intención si no se sentía atraída. En la soltura

al hablar, sin duda. A las mujeres, sobre todo, había que ganárselas en las distancias cortas, y con una muy buena conversación. En lo resolutivo que podía ser, pues claro. Siempre había que estar preparados por si se resistía alguna de las prenda de ropa, imposibles de quitar. Que se le diera bien trabajar en equipo... bueno, siempre que nos gustaran las orgías...

Pero, ¿no estaba pensando hacía nada en entrevistas de trabajo? Elegir al compañero sexual, muchas veces, podía parecersele. Si no, no estaría la barra de los pubs de ligue

lentos de tíos haciéndose el interesante, y nosotras no pensaríamos, en base a lo que nos resultara más excitante, que con aquel del fondo nos iríamos a la cama. Si tenía que elegir yo, desde luego, elegiría para hablar primero al que llevara guantes y me estuviera ocultando sus manos...

Me perdían las manos masculinas. Las imaginaba en todo acto púdico o impúdico, y siempre acababa de la misma forma. Deseando meter esos dedos en mi boca.

Sí. Aquella mujer podía ir a entrevistar a candidatos serios para

puestos importantes y de responsabilidad de una gran empresa. Sin embargo, a mí me apetecía que fuera a elegir... otra cosa.

Si es que, al final, mi mente siempre volvía a pecar.

LECTORES

Acabo de llegar a la terminal del aeropuerto. Llevo poco equipaje, lo imprescindible para pasar dos noches en una ciudad nueva... pero tal vez demasiado debido a las circunstancias.

Y las circunstancias son que no tengo ni puñetera idea de lo que voy a hacer el fin de semana en esta maldita ciudad. Rectifico, sé perfectamente lo que quiero hacer, y sé que para ello necesito muy poca ropa. Lo que no tengo nada

claro es con quién voy a hacerlo.

Pero he de decidirlo pronto, porque siento que todo el mundo me está mirando. Y porque alguno de los cuatro hombres que me observa fijamente, cada uno con un libro diferente, pero bien expuesto para que la portada sea de fácil acceso para mí, puede ser el que tome la iniciativa.

Y en ese momento elijo yo.

He pasado por un tormentoso divorcio hace unos meses. Mi marido se ha quedado con casi todo, incluso con nuestro perro, al que realmente echo mucho de

menos. El resto de las pertenencias... bueno. Todo es reemplazable en esta vida. Y sin abandonar mis vestidos de marca y mi lencería fina, decidí que iba a poner tierra de por medio. Nuevo apartamento, nuevo puesto de trabajo en una ciudad nueva.

Pero no ésta. Aquí... solamente vengo a pasar un fin de semana.

Y a follar, como no.

No es que no hubiera follado mucho en mi matrimonio, ni que hubiera dejado de hacerlo tras mi separación. En verdad no podía quejarme de la cantidad ni de la

calidad del sexo del que había disfrutado casi toda mi vida. De lo que sí podía quejarme era de la conversación de antes, y sobre todo, de las gilipolleces de los hombres después.

El más gilipollas, por supuesto, había sido mi marido. El muy capullo seguía llamándome de vez en cuando, a pesar de haberme dejado prácticamente sin blanca y sin estabilidad de ningún tipo. Podía imaginar que deseaba volver a arrancarme con los dientes la lencería que ahora escogía para sacarme fotos picantes, que luego colgaba con gran soltura en mis

perfiles de las redes sociales. Que te desee aún tu ex, después de todo, había días que a una le subía mucho la moral. Sobre todo cuando tu nuevo jefe se creía que por ser tal tenía derecho a solicitar, y que le aceptara, una de las invitaciones a una sauna que había tres calles más abajo saliendo de la oficina.

A él también lo había metido en mi círculo de amigos en el Facebook, y también le gustaban mis fotos.

Gilipollas. Todos gilipollas.

Me apunté a una de esas páginas web para conocer gente hace un par de meses. De primeras, pensé en

comerme el mundo y salir con todos los tíos que me lo propusieran. Alguno de ellos, probablemente, acabaría gustándome, y no quería que se me escapara la oportunidad de tener buenos ratos mientras esperaba al hombre perfecto. Porque, aunque hubiera tenido un primer fracaso matrimonial, no renunciaba a volver a tener a un hombre comprensivo, atento y buen amante a mi lado. Pero las citas fueron casi siempre malas... o muy malas. Las conversaciones se hicieron pobres en la mayoría de los casos, los tíos no sabían lo que querían, y yo tenía las cosas muy

claras. Quería pasarlo bien en principio y olvidar los malos ratos, y ellos no sabían si buscaban en mí una amiga, un polvo rápido o una pareja estable.

De esas opciones... lo que menos sé ser es una amiga.

Dos meses más tarde, y tras darme cuenta de que los perfiles de los hombres con los que me citaban no se acercaban ni mucho menos a la realidad... decidí cambiar de táctica.

Y allí estaba yo, a la aventura. Sabiendo que ese fin de semana solamente quería sexo.

Lo que había que averiguar era qué tipo de sexo me apetecía tener.

Por ello, me había alejado de mi ciudad, para evitar luego caer en la tentación de repetir de forma sistemática. Ya que lo que buscaba era sexo, lo podía encontrar en cualquier sitio. Pero mejor no acostarse con un vecino, o con un compañero de trabajo... por si las moscas.

Nunca sabías si te ibas a tener que esconder de tu compañero de despacho tras una planta porque fuera el peor amante de la historia, para evitar que volviera a pedirte

una cita, o tal vez te invitara directamente a pasar por su cama como si tal cosa.

Y allí estaban ellos. Cuatro hombres de los cuales sólo conocía las mentiras que contaban en sus perfiles, y que no ponían una foto a rostro descubierto en la web ni aunque se la cambiaras tú por una de tu coño bien abierto y mojado.

¡Hombres!

Los estaba identificando ahora por los títulos de los libros que portaban. Eran tan diferentes entre sí que me había parecido gracioso decidir en el último momento con

cual me apetecería perderme ese fin de semana. Dependía, sin duda alguna, del humor que tuviera al bajarme del avión. Y mi humor en ese momento era magnífico. Me sentía poderosa, deseada, y una gran hija de puta.

Me follaría a uno de esos cuatro... y los otros tres se quedarían sin saber por qué nunca di señales de vida. O tal vez los reuniera en otro fin de semana, siendo sólo tres... para poder volver a elegir. ¿Quién podía decirlo?

Allí estaban ellos. Los libros, y los lectores.

Crepúsculo, para el romántico. Una putada como otra cualquiera. Ningún hombre se atrevería a portar ese libro en público si podía evitarlo. Pero el romántico no había podido negarse.

50 sombras de Grey, para el dominante. Desde mi punto de vista, más putada aún para éste. Decir que ese libro tenía algo que ver con la dominación era como desafiar a la ley que dice que si se te cae la tostada con mantequilla al suelo, lamerás la mantequilla con pelos de gato si tienes uno en casa. Siempre cae hacia abajo, y el libro era una patraña de principio a fin.

Las edades de Lulú, para el vicioso. Ese libro me había gustado mucho en su momento. Pero era verdad que su momento había sido a los 18 años, y hacía muchos años de eso. Aun así, creía que en comparación su lector había tenido suerte.

El ocho... para el que no comprendía. Ese hombre era un enigma. Y yo estaba empezando a jugar al ajedrez... y tampoco entendía mucho más del juego que mover las piezas sobre el maldito tablero. Lo de la estrategia lo dejaba para mi profesor, que cada día me daba jaque y me pedía una

cita por si yo llegaba a caer. Por hacer cosas nuevas en la vida. Era el único libro que no me había leído

¿Qué tipo de sexo quería yo hoy?

Al levantarme por la mañana y elegir la ropa que llevaría ese día al trabajo ya empecé a apuntar mis preferencias. Me sentía... una chica mala. Un vestido negro, corto y escotado, nada apropiado para el tipo de puesto que estaba desempeñando en la actualidad y que había hecho las delicias de mi jefe y del resto del personal de la planta. Un vestido que, tras

terminar mi jornada laboral había complementado con un par de accesorios del todo llamativos, para que ninguno de los lectores pudiera dejar de desearme aquella tarde. Iba a pasar un par de horas en un atestado avión con rumbo a una ciudad cálida, de hombres fogosos y pollas más que dispuestas a darme lo que me hacía falta.

Por lo tanto, y por muy mono que me resultara ahora mismo Carlos, el romántico del libro de Crepúsculo, estaba casi convencida de que no sería mi elección de hoy. Aun así, traté de imaginarme la velada con él. Un ratito en la barra

de algún bar con mucho olor a madera, esperando a que nos prepararan la mesa para cenar algún tipo de verdura ligera aderezado con foie, acompañada de un buen vino. Velas a diferentes alturas, miradas caídas esquivando ser directa... y sus dedos extendidos sobre el blanco mantel, buscando el contacto con mi mano. Un beso robado a la salida del restaurante, esperando el taxi. Su mano tras mi nuca, atrayendo mi boca a la suya. La otra mano... perdida en mi cintura, deseando bajar hasta mis nalgas, pero sin dar el paso. Ojos cerrados de ambos...

¿Qué podía tener de malo dejarme conducir hasta la habitación del hotel, perfumada para la ocasión, donde me esperaría un baño de agua tibia, una cama con dosel y un hombre que me desvestiría con mimo, acariciando mi piel anhelante de las manos masculinas? Dejarme caer sobre las sábanas de seda, permitirle cubrir mi cuerpo con el suyo, y separar las piernas lo justo para que sus caderas se frotaran contra mi vulva enrojecida por el deseo. Allí donde necesitaba su plenitud acabaría entrando, suavemente, en profundidad... haciendo que notara la dureza de su

miembro henchido y caliente, presionando, mientras su boca se perdía en la mía, y sus manos entrelazaban los dedos en mi pelo. Sentirle frotarse contra mí, jadear necesitando su apremio... y explorar a su alrededor al notar que estallaba dentro de mí, muy al fondo, llenándome...

Sexo romántico en semipenumbra...

¿Me correría yo así, después de tanto tiempo sin practicar sexo ligero?

La verdad es que Carlos había resultado ser bastante guapo. Si no fuera que no me apetece que

intenten enamorarme...

Voy vestida para que me follen. Para que me acorralen en el ascensor del aeropuerto, me obliguen a inclinarme de espalda ofreciendo el trasero y me empotren contra el espejo, sintiendo una enorme polla entrar y salir, dilatando las paredes de mi coño, haciéndome gemir mirando mi imagen... y su rostro contraído por el morbo de poseerme sin más, disfrutando de la humedad y estrechez de mi entrepierna.

Me despido mentalmente de Carlos pensando que, tal vez en otro viaje,

pueda dejarme acariciar a la luz de la luna por los pétalos de rosas que me había prometido. Pero esta noche... no.

No me interesaba lo que me había prometido el romántico.

Me quedan tres. ¿Y qué me habían prometido estos salidos? ¡Ah! Ya...
Orgasmos.

Vamos a analizar esas caritas, a ver qué lengua es la que más me apetece que se pierda entre mis pliegues...

Iván, el que tiene el libro de las 50 Sombras de Grey, me mira con bastante curiosidad. Es rubio, alto,

y con una figura esbelta y atlética. Tiene unos ojos profundos, pero en verdad no esconden nada. Me atará a la cama, dejándome la piel marcada por la cuerda y la palma de sus manos. Lo imaginé en su momento azotándome las nalgas, calentando mi piel antes de aferrar mis piernas para separarlas y hundirse dentro. Lo imaginé pellizcando mis pezones, tirándome del pelo para que abriera la boca y aceptara su beso, y llamándome zorra, exigiendo que gimiera para él. Quería una chica a la que dominar, a la que golpear con la punta de la verga en la comisura de

la boca mientras la aferraba de los cabellos; una mujer contra la que restregar la polla para derramarse en su cara, jadeando con los dientes apretados y los ojos bien abiertos, reteniendo la imagen en la memoria. Ver los chorretones de leche resbalar por las mejillas hasta los labios entreabiertos, exigiendo que la voz femenina suplicara por la leche salpicando el rostro. Y en un último empujón meter la polla en su boca hasta el fondo, cortando el aire, para que se la limpiaran...

El típico tío que se piensa que el bondage son un par de nudos, y que

nunca disfrutará de las delicias de vestir a una mujer con una soga, tensando y acariciando, para luego suspenderla y sodomizarla.

El típico tío que pensaba que el Amo era el que mandaba, y no que la sumisa era la que tenía el poder...

Iván quería someterme... pero para eso ya había tenido yo un marido, que me usó todas las veces que le dio la gana, llamándome su zorrita. Probablemente disfrutaría otra vez del sexo pasivo, de un hombre que me abriera el culo de un empujón contra el cabecero de la cama, y

que me dejara sin correr varias horas, mientras jugaba con mi cuerpo tembloroso por la excitación y la impotencia.

Un hombre que me hiciera rogar...

Pero aquella noche no iba a ser la noche. Ni Iván tenía pinta de buen dominador... ni el libro que tenía en las manos era un buen libro de dominación. Si él fuera verdaderamente un hombre dominante nunca se habría dejado identificar con aquel libro. Curioso, sin duda, que los hombres tuvieran tan buena imagen de sí mismos...

Éste se las daba de Amo, pero al

final era un sumiso capaz de dejarse dominar por la mujer para conseguir un coñito caliente que recibiera su polla tiesa. Decepcionante...

Quedaban dos.

¿Cuánto tiempo llevaba allí parada, observando? Empezaba a ser bastante incómodo para todos. A mi espalda, el resto de pasajeros sigue saliendo por la puerta, reencontrándose con sus seres queridos. Saco de mi bolso el teléfono móvil y simulo que hago una llamada. Sin duda, con eso ganaré algunos minutos, pero no

demasiados. Me alegra no haber mandado nunca una foto de mi rostro a esa web. El juego habría tenido poco sentido.

Y yo me estaba divirtiendo mucho.

Las edades de Lulú...

José era de los hombres que disfrutaban con casi todo. Con las extensas conversaciones que habíamos mantenido por correo electrónico podía llegar a decir que era, sin duda, mi pareja ideal para ese fin de semana. Lo conocía mejor que a cualquiera de los otros. Me había divertido mucho con él, masturbándonos por cam, mientras

en las pantallas de ambos sólo se enfocaban nuestros sexos ardientes y húmedos. Me gustaba su voz, varonil y aterciopelada, y me lo imaginaba susurrando palabras suaves y dulces mientras me sujetaba la cabeza para que un tercero me follara con fuerza la boca. Muchas veces me había dormido con la sensación de sus manos a ambos lados de mi rostro, y sus palabras de aliento complacido por verme disfrutar, mientras los ojos, llenos de lágrimas por el esfuerzo de acoger toda la polla entre los labios, lo miraban con perversión.

José me había prometido sexo y desenfreno. Tríos, orgías, mi cuerpo bañado en leche de varios hombres, pollas muy hinchadas turnándose para follarme. Me había prometido masturbarse para mí mientras yo gozaba de otros hombres. Me encantaba la idea de fijar mis ojos en sus manos, que tantas veces había visto por cam aferradas a su polla dura, y verlo subir y bajar sobre ella, dándose placer, disfrutando de la visión de mi cuerpo desnudo y poseído por dos o tres vergas al tiempo.

Nunca había follado con más de dos tíos a la vez. Mi marido una

vez me propuso un trío, y yo había aceptado por no llevarle la contraria. Había sido una situación excitante, sin duda... pero yo no estaba preparada para ella, y al final me había cortado bastante tener la polla de otro hombre en la boca mientras él me follaba salvajemente el culo. Me había costado correrme, por miedo a que él se disgustara pensando que me había excitado más el tamaño de la otra polla que el de la suya. Al fin y al cabo, nuestra relación empezaba a hacer aguas, y no sabía ya lo que acabaría provocando una discusión entre los dos. Aquella vez, sin

embargo, no acabamos peleados, pero yo había tenido reparos durante todo el tiempo, y me habría gustado mucho haberlo disfrutado con libertad. Por ello, ahora... me llamaba tanto la proposición de José.

Me había confesado que tenía un par de primos muy bien dotados con los que solía montar fiestecillas privadas en el apartamento de uno de ellos. Me había prometido una cena muy intensa para los cuatro en algún local de tapas rápidas, con bastante alcohol en la mesa y mucho morbo en las palabras. Quería hacerme sentir una reina,

adorada por los tres pares de ojos masculinos, ocupados por no perderse detalle de la amplitud de mi escote. Le encantaba la idea de fantasear durante la cena entre los cuatro, verbalizando las opciones de posturas que podíamos adoptar para darnos placer entre todos. Mirarme a los ojos y verme ruborizar mientras me explicaba cómo restregaría su polla sobre mis pechos mientras uno de sus familiares me follaría el coño muy lentamente, y yo masturbaría al tercero con una mano. ¡Había tantas posibilidades!

Sentir las manos de varios

desconocidos deslizarse bajo la minifalda de mi vestido, entre el gentío que abarrotaría el local de copas, y disfrutar de los dedos recorriendo la humedad despertada. Intercambiar miradas, sin tener muy claro si los dedos que me torturaban el clítoris eran del de la izquierda o del de la derecha... y sin poder identificar tampoco al que había inundado mi vagina con un par de ellos, gruesos y rudos.

¿Podría yo con tres pollas?

Había, seguramente, pocas mujeres que tuvieran que hacerse esa pregunta en un aeropuerto. No temía

que al final pudiera dolerme alguna de las embestidas, o que uno de los primos no me resultara atractivo y me diera asco que me metiera su enorme, según José, polla en la boca. Me preocupaba más el hecho de la desorganización, que al final fuera un caos de miembros que no conseguían moverse de forma coordinada para que yo pudiera, por fin, correrme a gusto mientras era usada a placer por aquellos pervertidos.

Porque, sin duda... quería correrme.

No, no iba a salir mal. Si tenía que

fiarme de algo, me fiaría de que José había hecho ya unos cuantos tríos, y no de que trabajara de buzo recuperando objetos perdidos por el gobierno en aguas internacionales. ¡Menudo trabajo! Antes me creería que estaba seguro que podía darme un orgasmo con sólo soplar sobre mis pliegues ardientes.

Sexo y desenfreno. En verdad creía que aquella iba a ser una noche memorable. Tenía muchas ganas de volver a sentirme como imaginé que iba a ser aquel primer trío con mi marido... Ritmo, cadencia, mientras cada uno de los

participantes se introducía en mi cuerpo, profundamente, dejándome sin opción de movimientos.

Pero mi vista se iba hacia el libro de El ocho.

Julio.

No tenía ni puñetera idea de lo que le iba. Siempre que le había introducido el tema sexual en la conversación me esquivaba de forma sutil pero contundente. No iba a hablar de sexo conmigo sino cara a cara. El correo electrónico no le parecía para nada adecuado. No conseguí un solo dato de él. Si era romántico o su sexo era brutal y

rápido. No podía saber si me follaría hasta dejarme agotada o por el contrario me mantendría a raya, haciéndose desear.

Si le iban los hombres o las mujeres. Si se dejaba los calcetines en la cama, o si se la ponía dura que le metiera un par de dedos en el culo mientras me la introducía hasta el fondo en la boca. Si era de los que follaban en la calle para que otros pudieran verlo bombear contra unas piernas abiertas subidas en unas cajas de madera amontonadas en el puerto. O si le ponían escuchar porno y ver a un actor escupiendo sobre el agujero

dilatado del culo de una rubia mientras él hacía lo propio sobre el agujero que se follaba en ese momento, aferrando las nalgas y separándolas para ver su verga entrar y salir con todo lujo de detalles, brillante y a punto de llenarla de leche espesa y caliente.

No sabía nada de él.

Economista, cáncer, conducía un Audi. Estaba rapado al cero, seguía llevando gafas oscuras aun dentro del aeropuerto y portaba el libro con una sola mano, mientras que la otra la tenía metida dentro del bolsillo de la chaqueta de pana azul

oscuro.

La otra mano estaba cubierta por un guante de ante marrón.

Me moría por ver esas manos...

No sabía nada de él. Y eso era, simplemente, un mundo de posibilidades...

La orgía tendría que esperar. No sabía si acabaría follando esa noche, o la siguiente... o si tendría el coño caliente y mojado sin consuelo durante las cuarenta y ocho horas que iba a durar ese viaje. Pero sabía que aquella mañana me había vestido para Julio, y había estado pensando en él

en el avión, aunque no quisiera reconocerlo.

Lo deseaba...

Con suerte... mancharía la tapicería de su coche antes de salir del aeropuerto. O, en el peor de los casos, pasaría luego el viaje de vuelta en el avión metida en el baño con un enorme consolador follándome el coño, desesperada por correrme.

— ¿Julio?

Parece que he conseguido sorprenderlo. De los cuatro tíos, es el único que no me había mirado más de dos veces seguidas.

Aunque... ¿quién sabe? Podría haber cualquier cosa debajo de esas gafas oscuras... incluso unos ojos que no me hubieran quitado la vista de encima en todo el tiempo desde que salí por la puerta acristalada...

Unos ojos que se hubieran distraído pensando en follarme de mil maneras posibles. Pero, desgraciadamente, no se podía follarse mil veces en un fin de semana. Tendría que contentarme con ocho o diez a lo sumo. No iba a permitirle rebajar esa cifra. Después de todo, una no hacía un viaje de cuatro horas sentada en

turista y pagando a precio de primera clase para pasar la noche jugando al ajedrez. Para eso ya tenía a mi profesor... que me pedía una cita todos los días, cada vez que me daba jaque.

Acerca de Magela Gracia

Si es la primera vez que lees algo mío te doy la bienvenida a mis fantasías, a mis realidades, a mis historias.

Soy escritora erótica desde hace diez años. Por aquella época mis relatos los escribía para mí, o como mucho para compartirlos con mi pequeño grupo de amigos. Llegó un momento en el que alguien me incitó a abrir mi primer blog, hace ya cinco años. Se llamó Cartas de

mi Puta, y aunque era un pequeño proyecto se fue haciendo grande gracias a los lectores que fui atesorando. También, coincidiendo con el inicio de mi incursión en el mundo virtual, fui cambiando el género, y del erotismo pasé a algo que podría catalogarse más bien como pornografía con sentido.

No es sólo sexo... pero yo no insinúo nada.

Puedo gustarte, puedo horrorizarte... pero siempre espero que sientas algo con lo que escribo.

En el 2014 lancé mi propia web, con varios blogs que abarcan

temáticas tan dispares como el humor o el relato corto, pasando por mi especialidad, el sexo. Te invito a que te acerques al mundo **magelagracia.com**, una web hecha para olvidarte de todo y volver a lo primero, a los instintos más básicos, a la excitación sin más... aunque no sólo va de eso.

Espero verte por allí, y que quieras compartir mis fantasías.

También, en 2014, lancé mi primera recopilación de relatos cortos, *“Una Mancha En La Cama”*, un libro lleno de morbo, contado por una voyeur que

encuentra sexo allá donde mira, porque tiene la mente perversa. Espero que si llegas a leerlo te guste este libro, a la venta en Amazon, y que disfrutes al meterte en sus historias tanto como yo disfruté al escribirlo.

En 2015 terminé de escribir ***“La Otra, Historia De La Amante”***, mi segunda novela. También la tienes en Amazon, y en él cuento las desventuras de una mujer que se entera que su novio tiene novia, y que ella es simplemente su amante. Me encantaría que le dieras una oportunidad a la historia de Olivia, Octavio y Oziel. Pasiona

pocas... Allí podrás volver a ver a Oziel, en su faceta mucho más adulta y canalla.

“Aunque Sea Su Hermano...” es una historia que llevaba muchos años escrita, y que mucha gente me había pedido que terminara y publicara. En principio eran sólo cuatro capítulos muy cortos, por lo que los lectores me pedían que la completara. Nunca había escrito nada sobre este tema, y sigue siendo lo único que he hecho hasta la fecha. Después de los problemas que encontré para publicarlo tuve que cambiar la temática, pero si te interesa saber de la obra original

puedes ponerte en contacto conmigo a través del correo electrónico. Ha sido maravilloso encontrar a tantos lectores que estaban deseando saber qué pasaría con Víctor y Bea. ¡Y siguen sus aventuras! Tengo la cabeza llena de estos dos personajes. Les queda mucho por pasar aún.

Espero que te haya gustado.

Y aquí sigo, siempre con ideas en la cabeza, siempre pensando en tener un ratito para ponerme a escribir palabras a un folio en blanco.

Espero que vuelvas a buscarme.

Tengo muchas ganas de que lo
hagas.

Besos perversos.

Magela Gracia

"No esperes erotismo, yo
imagino pornografía"